PBT

Año XV. N.º 685

9 de Enero de 1918

COMERCIO DE ARENQUES

Cuadro de Colín Hunter, de las colecciones de Manchester.


PBT

JUANCITO EL CONQUISTADOR



En todos los números se publicará una de estas historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.



Salón de humoristas



CONCURSO DE CHISTES

P B T pagará cinco pesos moneda nacional *al chiste que, a juicio de la Dirección resulte el más ingenioso de los que se publiquen en esta página.*

PREMIO DEL NUMERO ANTERIOR

De los insertos en el número anterior, ha sido premiado el que lleva el título *Entre vecinos*, firmado por M. P.

ORGANOFOGIA

Profesor. — A ver, Chiappe, ¿qué quiere decir, orgánico?

Alumno. — Orgánico es todo aquel ser que tiene órganos.

Profesor. — ¿Y qué es órgano?

Alumno. — ¡Organo es... un piano con manija! — *Antonio D. A.*

EN UN MANICOMIO

El director. — Este loco es un pobre diablo que ha perdido la razón porque amaba a una mujer que se casó con otro.

El visitante. — ¿Y este otro, que está más lejos y que parece que está furioso?

El director. — Ese es el otro que se casó con la mujer a quien amaba el primero. — *Una lectora.*

EN EL CAFE

— Esa moneda me parece falsa — decía un mozo de café, haciéndola sonar sobre una mesa de mármol. — Ya ve usted, no puede tener peor sonido.

— Y diga usted, ¿no podría ser falso el mármol. — *Una lectora.*

EN LA ESCUELA

Maestro. — ¿No sabes que al entrar en la escuela hay que sacarse el sombrero?

Alumno. — ¿No vé, señor, que es una gorra? — *Una lectora.*

COLMO

— ¿Cuál es el colmo de un tenorio?

— Esperar la salida de los artistas, en la puerta del cinematógrafo. — *Dora.*

ERA IMBECIL

— No, señor, dice el padre de la muchacha, no puedo concederle a usted la mano de mi hija.

— Pero, ¿por qué?

— Es un secreto de familia. La pobrecita es imbécil.

— Pues no lo he notado. ¿En qué consiste la imbecilidad?

— En haberse enamorado de usted. — *Charming.*

LOGICA

Maestra (explicando un problema). — «Si seis muchachos comen un barril de manzanas en doce días, doce muchachos lo comerán en seis días.»

Un muchacho inteligente. — Entonces, supongo que si un vapor cruza el océano en diez días, diez vapores lo cruzarán en un día. — *Ranún.*

EN LA GUERRA

— Al atravesar un río, una granada enemiga arrojó al agua a mi tío, arrancándole los dos brazos y las dos piernas. Afortunadamente mi tío sabía nadar... — *Dora.*

BUENA MEMORIA

La patrona. — ¿Cómo diablo te has olvidado de la manteca, la grasa y las velas que te mandé comprar?

La sirvienta. — ¡Quién sabe, señora! Tal vez habrá sido porque como eran tan grasientas...

La patrona. — ¿Y?

La sirvienta. — Se habrán resbalado de la memoria. — *E. L.*

RECIPROCIDAD

— Cochero, haga usted ir más de prisa al caballo.

— Imposible; soy miembro de la Sociedad Protectora de Animales.

Poco después, al llegar.

— ¿Pero no me da usted la propina?

— Imposible; soy miembro de la Sociedad de Templanza. — *Ravengar.*

ENTRE ARTISTAS

— Yo pinté en un telón una puerta tan admirablemente, que los actores, creyendo que era practicable, querían salir por ella.

— Pues yo he pintado un jardín tan a la perfección, que la característica, que padece de reuma, se ha negado a trabajar por miedo a la humedad. — *R. A. L.*

¡ESO NUNCA!...

— Es insostenible esta situación. Siempre riñendo con tu marido. Vale más que le dejes y te vayas a vivir con tus padres.

— ¿Irme de casa y dejarle que haga su santa voluntad? Eso nunca. Prefiero que me maltrate. — *R. A. L.*

VERACIDAD



— ¡Socorro, socorro! ¡No sé nadar!

— Pero termine usted, mi amigo; yo tampoco sé nadar, y, sin embargo, no armo semejante barullo! — *Juan Fresni.*

PROBLEMA RESUELTO



— Sí, mi querido Resoplínez: mientras tomo el café amargo, pienso en las dulces miradas y en las melosas palabras de mi novia, ¡y me río yo de la carestía del azúcar! — *L. Rissol.*

EN LA COCINA

La señora. — ¿Ha lavado ese pescado antes de cocinarlo?

La cocinera. — ¿Para qué, señora?, si se ha pasado toda su vida en el agua. — *Jesús García Blanco.*

COLMOS

El colmo de un diputado, es orar en la cámara de... un automóvil.

El de un panadero, es hacer un pan... teón.

El de un lustrador de botas, es lustrar la bota... manga del saco.

El de un albañil, es revocar un cuarto... kilo de azúcar.

El colmo de un cirujano, es hacer una operación... de dividir.

El colmo de un ladrón, es hacer un plan... eta. — *El pibe A. G.*

RAZON DE PESO

— Mire, lechero, que si sigue trayéndome la leche aguada, no le voy a comprar más.

— No enoja, patrona; no estar culpa mía; estar culpa la tiempo, qué llovió mucho y me empapó todos vacas hasta las güesos... — *E. L.*

NO HABIA CASO

El médico. — Y, sobre todo, nada de trabajo de cabeza.

El enfermo. — Doctor, eso sí que me es imposible; necesito ganarme la vida.

El médico. — ¿....?

El enfermo. — Soy peluquero. — *Eugenio.*

EN UN EXAMEN

El profesor. — Si usted tiene ocho naranjas y yo le doy cuatro, ¿cuál será la suma de dichas naranjas?

El alumno (aturdido). — ¡Hum...! ¡hum...! Un canasto lleno. — *Orlando el furioso.*



PÁGINAS FEMENINAS

FILANTROPIA Y AFECTOS. Después de haber reservado para nosotros las horas más preciosas, conviene dedicar siquiera algunos instantes de nuestra existencia a los diversos elementos que nos rodean. No podemos rehusar nuestra simpatía, nuestro interés y hasta protección a los que hacen llamamiento a nuestros sentimientos. La humanidad es solidaria, todos formamos uno de los rodajes del movimiento general, y si estamos autorizados a trabajar para nuestra satisfacción personal, debemos también concurrir en parte al bienestar, al placer y al interés de los demás. Debemos acudir a las fiestas mundanas cuando estamos invitados y prestar el complemento de nuestra presencia, de nuestra elegancia, y dar a esas fiestas una animación indispensable. Nos debemos a los que sufren, les debemos nuestra piedad, nuestro consuelo, nuestro óbolo. Debemos a nuestros parientes, a nuestros amigos, nuestra afección, nuestra abnegación, nuestro interés, hasta nuestros consejos — aunque a veces sean mal recibidos, — pero así habremos obrado según nuestra conciencia, y, a la corta o a la larga, el que recibió mal el consejo desinteresado y sincero, volverá de su error.

La mujer, sobre todo, debe pasar en la vida como un rayo luminoso, esparciendo la luz y no la obscuridad. Su vida debe ser límpida, se la debe a los suyos; su propia personalidad desaparece. Es el sacrificio viviente, la abnegación y la resignación perpetuos. Su papel es el más hermoso que se pueda soñar sobre esta tierra en que las zozobras, las decepciones y los dolores la aniquilan muchas veces, proporcionando a su alma inexorables pesares. Para curar estas crueles heridas se posee la abnegación, la bondad y la caridad. Del deber saca fuerzas supremas, gastando sin contar fuerza y energía, prestando su concurso, aceptando el papel tan grande, tan noble y tan complejo de animar en los desfallecimientos, de sostener a los descorazonados y de consolar siempre.

Desgraciadamente, nuestra época ha difundido teorías disolventes. La mujer ha bebido el veneno y no quiere ya ser mujer. No quiere ya sufrir, ser el ángel del hogar, pasar como una visión de gracia y de esperanza. Quiere la igualdad imposible, la igualdad que su fragilidad misma hace quimérica, la que le quita toda igualdad en poesía, el respeto, la protección del hombre. La igualdad que mata el amor de aquel de quien su corazón no puede prescindir, a pesar de sus aspiraciones de virilidad.

Nuestra existencia de mujer no nos pertenece, pertenece a todos, a todos los que sufren física y moralmente. Somos las hermanas de la caridad de la humanidad, y querer substraernos a este misterio sagrado es faltar a todos nuestros deberes, es renegar de nuestro sexo, desertar en presencia del peligro. Somos el consuelo; nuestra debilidad es para dispensar la ternura; la armonía de nuestra voz no debe murmurar más que palabras de amor, de paz. Nuestros brazos no son bastante fuertes para llevar otros fardos más que los pequeños seres que nos deben la vida sin haberla solicitado. Nuestro deber es dirigirlos, conducirlos, preservarlos a través de los escollos que ya conocemos.

¿Acaso la mujer no afirma bastante sus derechos al crear hombres? El crear, el modelar cerebros, conciencias, despertar sanas y buenas aspiraciones, ser la iniciadora de la belleza moral, la inspiradora de sentimientos elevados, nobles, heroicos, ponerse el casco de Minerva, armar su brazo del paladium para defender a la familia contra la desmoralización, ¿no es este el feminismo en toda su belleza, en su concepción más absoluta, el que le concede la suprema autoridad sobre todos los seres, que la crea reina y ama del mundo?

LOS CUIDADOS MATERNALES. La madre, digna de este nombre, la que paso a paso sigue el desarrollo de la criatura a quien dió el ser, no debe desfallecer en su tarea y velar con prudencia las menores acciones del niño.

Al lado de los cuidados corporales hay también los cuidados morales, no diremos intelectuales, aunque el cerebro del niño deba ya recibir la impresión destinada a fortificarlo y a desarrollarlo.

La moral de los niños es frágil como todo su ser. Por eso hay que evitarle sacudidas muy duras, no excitar demasiado su sensibilidad, a veces excesiva, sino reprenderlo dulcemente, sin reñirle muy fuerte. Se apaciguarán con caricias los grandes dolores sin causa, pero no irritarles los nervios con demasiadas caricias. Se debe dejar a la naturaleza su calma y su serenidad. No exigir esfuerzos penosos de una naturaleza aun sin formar; procurar darle quietud y no despertar terrores inútiles y peligrosos. En una palabra, equilibrar la naturaleza en formación y que necesita una gran tranquilidad para alcanzar el período que ha de producir otra transformación.

Cuando el niño ha llegado a la edad de los estudios — estudio es una palabra muy grave para designar los pocos elementos que se van inculcándole gradualmente, — cuando ha llegado el momento, cuando el desarrollo físico y cerebral permite iniciarlo en las primeras nociones, se comienza por enseñarle el alfabeto bajo una forma divertida que deje grabadas las cosas en su cerebro, sin causarle cansancio. Y hablándole, divirtiéndole, la madre llegará a leer en su corazón y sondeará su entendimiento. Las reflexiones, las respuestas infantiles indican pronto el carácter y la inclinación de su naturaleza. Una vez adquirido este conocimiento, será muy fácil reformar y dirigir su espíritu y su corazón, sujetar, si es necesario, su naturaleza demasiado ardiente, conteniendo las grandes expansiones. Lo esencial es no permitir exageraciones en nada, sino formar una naturaleza y atraerla hacia la ponderación. Se debe rectificar el modo de pensar y, sobre todo, obtener siempre la verdad y no

CONSULTORIO

A Mitológica. — Minerva es la diosa de la sabiduría. Hay varios manuales de mitología, y en ellos encontrará ampliamente explicado lo que desea. Aquí ocuparía mucho espacio.

A Clavel reventón. — Para los cabellos negros le conviene el adorno de claveles rojos. Van sobre la oreja y sujetos con un horquillón de carey.

A Antipholis. — Carácter complejo, nerviosidad, inconstancia.

A Flor de durazno. — Temperamento aniñado, algo de terquedad, coquetería. Para el cutis, usará la siguiente preparación: Aceite de almendras dulces, 150 gramos; blanco de ballena, 32 gramos; cera blanca, 16 gramos; agua de rosas, 30 gramos; tintura de benjuí, un gramo. Se aplica antes de ponerse los polvos.

Viuda de B. — Ya van dos personas que me preguntan por ese señor «José, de Chivilcoy». Ignoro si el apellido será con F, porque sólo puso su nombre. En la carta preguntaba cómo le sería posible encontrar una persona que respondiese a las aspiraciones de su espíritu. No se refería a ninguna señora o señorita. Es esto lo único que puedo responderle.

A Mimosa. — Sirve.

A Violeta. — Para blanquear las manos, lavarlas siempre con agua tibia y usar la siguiente preparación: Vaselina, 30 gramos; lanolina, 10 gramos; óxido de cinc, 8 gramos. Para ondular el cabello, fricciones diarias con: alcohol, 50 gramos; agua de rosas, 450 gramos; goma tragacanta, 20 gramos.

A Una subscriptora, Gualeguay. — 1.ª Método no creo que haya. Hay variedad en las especies. 2.ª Diríjase al Consultorio de agricultura y veterinaria, atendido por el doctor Grossi.

A A. de Ferreira. — Locionarse el rostro con: licor de Hoffman, 50 gramos; aguardiente de espliego, 25 gramos; agua de rosas, 10 gramos; esencia de bergamota, un gramo.

A Una curiosa, Córdoba. — Firmeza, resolución, energía, buen corazón, rectitud de miras, afectividad.

A Novia puntana. — Debe invitar su hermano, aunque esté ausente, pues es el representante de la familia. Para el Registro Civil, traje de vestir y pocas alhajas. Debe quitarse el guante en el momento de firmar el acta.

Benicia. — Una buena brillantina es la siguiente: Glicerina, 100 gramos; Aceite de tuberosa, 100 gramos; alcohol, 200 gramos; esencia de geranio, 2 gramos.

Inesita. — Creo, según lo que usted me dice, que ese muchacho anda «pasando el tiempo». Exíjale el cumplimiento de su promesa, pues una vez terminada su carrera ya no hay pretexto, y si se niega o fija otro plazo, rompa ese compromiso. Las situaciones hay que definirlas claramente.

permitirle la costumbre de mentir. Los niños pequeños experimentan la necesidad de mentir sin razón y de disvirtuar las cosas, no porque su cerebro lo sienta así, sino porque tienen una imperiosa necesidad de mentir.

La madre debe dirigir el corazón hacia la bondad y reprimir severamente la maldad. Muchos niños son crueles, inconscientes a veces, pero invenciblemente crueles. A éstos hay que hacerles comprender cuán odioso es este sentimiento, encaminar su alma hacia el bien, hacia lo bello, dejarles entrever la grandeza de la caridad y sin exageración excitar su interés hacia los desgraciados. No permitirles nunca ser groseros, exigir de ellos suma cortesía, no sólo con sus compañeros, sino con las personas y hasta con los criados y los inferiores. La madre debe ser firme, enérgica, aunque tierna y cariñosa. Para sí debe ser el lucero que le guíe a través de la vida, por eso ha de procurar que la siga con amor, convencido de que de su boca amada no pueden salir más que palabras de verdad y de bondad. Este es el único medio de conquistar la ternura y la confianza del niño.

FLORES. Las flores cortadas, destrozadas, separadas de sus tallos como los decapitados, no pueden vivir mucho, su savia desaparece y las priva pronto de la vida. Sin embargo, se puede alargarles la existencia aislándolas de su follaje, cuya absorción de oxígeno es más violenta que la de la flor.

También dicen que se conservan metiendo un puñado de sal o de polvo de carbón en el agua que baña sus tallos. Pero sobre esto aun no se ha hecho ningún experimento terminante. Hay flores que se obstinan en vivir después de la ejecución y otras que no pueden resistir.

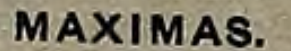
Hay flores que en el ramo duran mucho tiempo, y estas mismas flores, sueltas en el agua, se ajan en seguida. Pero la mejor precaución es renovar el agua todos los días y refrescar la herida, es decir, cortar un poco del tallo. Entonces la flor recobra un impulso de vida, y dura más con estas precauciones, pero poco después agoniza y se muere; también se puede prolongarlas clavándolas en un canastillo lleno de tierra bien mojada y entreteniendo la humedad.

Las flores esbeltas, hieráticas, son muy decorativas, y entre los sombríos tapices medioevales hacen el mejor efecto. Su ornamentación es según el estilo. El estilo gótico, el gótico flamante, con sus volutas y sus adornos en forma de ramas encorvadas, nos recuerdan a las flores exóticas tan queridas de Bizancio. También el lirio se encuentra en él. Fino, esbelto sobre su tallo, completa la armonía de este estilo que orgulloso parece lanzar un desafío al cielo.

Menos delicado que el lirio heráldico es el *arum*, o lirio del Nilo; su flor y su follaje son más opacos, pero no por esto son menos decorativos, y la cría de esta flor no ofrece grandes dificultades. Nace en la primavera y se deja en plena tierra hasta los primeros fríos; después se ponen en tiestos con muy buena tierra, y, sobre todo, en cantidad suficiente, y cuando ya se ha refugiado en sus cuarteles de invierno, hay que darle agua suficiente para que no se deteriore. Es preciso dejarle su majestad. El lirio del Nilo es dominante y altanero; cualquier retoño debe ser cortado sin piedad, a fin de que toda la fuerza vaya a su tallo único y hermoso, que es su gloria.

Nada hay más lindo que el helecho, esa planta ligera con sus espinas singulares y encogidas, helecho de los bosques, tan fáciles de obtener y de conservar si se tiene cuidado de darles la humedad que les es indispensable; helechos capilares con un follaje de ensueño, tan ligero, tan delicado; pero, ¡cuán frágil! Agua, siempre agua; pero dosificada, para que no pudra la raíz: El helecho capilar es una planta de lujo, no por su precio, que no es excesivo, sino por su fragilidad, pues es preciso renovarla con frecuencia; mas si su ligero follaje es el adorno delicado y soñado para nuestras casas, éste nos causa un gasto apreciable, que, empleado en una planta más fuerte, permitiría procurarse un hermoso ejemplar de las varias clases de plantas de salón.

Vestido de tul blanco, saco bordado en tonos vivos y cortado en faldones sobre un cinturón de terciopelo; borde de terciopelo en los faldones. — Vestido en tul de seda blanca guarnecida de flecos que marcan una túnica, «corsage» en fichú, que cae sobre los brazos.



MAXIMAS.

Un corazón muy triste está dispuesto siempre a cometer los mayores desatinos. *(Almeida).*

* La mujer se burla de los hombres como quiere, cuando quiere y mientras quiere. *(Balzac).*

* Se puede amar a una mujer sin ser feliz; se puede ser feliz sin amar a una mujer; pero amar a una mujer y ser feliz, sería un prodigio. *(Balzac).*

* Hablad mal de la mujer en general, y todas se pondrán en contra vuestra; hablad mal de una mujer en particular, y todas harán coro. *(Bougeart).*

* Educar o instruir a los hijos es un deber cuyo cumplimiento no puede delegarse por lujo o egoísmo, y la falta de aptitudes educadoras o docentes no parece excusa valedera en los favorecidos de la fortuna. *(Canalejas).*

INFORMACIÓN CINEMATOGRÁFICA

TODA LA CORRESPONDENCIA
a PBT Sección CINES
Av. Julio A. Roca 531

EL AÑO CINEMATOGRÁFICO

(Continuación)

Los yanquis, tan fríos, tan flemáticos, tan metalizados, son en sus creaciones y en sus artistas del film espirituales, delicados, ingenuos, en sus empresas osados, colosales... A ellos se debe este prodigioso avance del arte cinematográfico mundial. Paramount, Fox, son marcas que en cinco o seis meses se han impuesto por sus méritos, conquistando en legítima lid el favor del público.

En cambio Pathé Frères, que tuvo algunos años la soberanía, no obstante que su sucursal en Nueva York podía seguir el progreso de los norteamericanos, con su medrosa cautela dejó invadir sus dominios, y cuando quiso reaccionar ya era tarde. Sólo en películas en series, amparado por el arte y la belleza de Pearl White, Mollie Kind, Ruth Roland y algunas más, y con tímida reclame, consiguió mantener el crédito adquirido.

Hoy los principales biógrafos anuncian como atractivo «Todos los días un estreno Fox», «Todos los días una nueva cinta Paramount». Ninguno, a no ser los de propiedad de Max Glucksman, el representante de Pathé, anuncia como atracción las cintas de esta marca.

Y no será porque la cinta norteamericana cueste más barata. Es porque en esta época de crisis la gente está por lo positivo. El público no protesta, pero si no le gusta no va.

(Continuará).

PELÍCULAS ARGENTINAS

Como dijimos, presentó privadamente su primer película la nueva empresa argentina Austral Film.

En el asunto de «La mejor justicia» predomina la parte sentimental hábilmente distribuída.

Correcta la interpretación y bien presentadas las escenas.

* Después de un breve descanso, la compañía de la Lux ha reanudado la filmación de las pocas escenas que faltan para dar por terminada la película «Ironías del destino», original de don Carlos Morando, y en cuya obra tiene saliente actuación la señorita Margarita Celestini.

SOCIEDAD DE OPERADORES

La Sociedad de Operadores Cinematográficos nos comunica que ha establecido su secretaría, oficina de trabajo y sala de lectura en la calle Cevallos 555, donde pueden dirigirse los pedidos y ofertas de operadores efectivos y suplentes para la ciudad y campaña. Las horas de oficina son de 9 a 11 ½ y de 2 a 5 p.m.

CORREO

Es tal el número de cartas que recibimos preguntándonos detalles o domicilios de artistas cinematográficos, que nos vemos en la precisión de no contestar tales preguntas, pues la falta material de tiempo nos lo impide.

Sólo facilitaremos domicilios o datos referentes a empresas filmadoras del país o extranjeras, a revistas cinematográficas, nombres de representantes o asuntos de índole cinematográfico comercial.

Doris. — El precio de la subscripción a Cine Mundial por un año es de dos dólares. Puede remitir dicha suma en giro postal o en estampillas de este país, recargando entonces un 25 por 100 más. — Si quiere comprar sólo retratos, diríjase a Kraus Mfg. Co., 220 West 42d. St. New York, quienes venden fotografías en colores de 11x14 pulgadas y postales de los principales artistas. No sabemos la dirección de ese actor.

Angélica. — Haga el favor de leer la contestación que damos a Doris. Para la subscripción por un año a «Cine Mundial» envíele en estampillas de cinco centavos la cantidad de seis pesos moneda nacional, pues las estampillas, al ser canjeadas, tienen un 25 por 100 de depreciación.

Joxi. — Aunque el cambio de peinado altere mucho la fisonomía, comparando el que nos envía con varios retratos de June Caprice, creemos que es ella misma.

Nelly. — Agradecemos la distinción que nos otorga haciéndonos objeto de sus bromitas y de sus refranes. Tenga la seguridad de que cumpliremos nuestra promesa. ¿Cuándo? Quizá en el próximo número.

Operador. — Por correo se le enviaron los datos que pedía.

Hilda.—Nada tiene que agradecernos. Lamentamos no poder enviarle la dirección del artista que solicita, pues nos lo impide la resolución que, sin excepciones, hemos tenido que adoptar en vista del diluvio de cartas que llegaban con peticiones semejantes. Discúlpenos.

D. C.—«¡Federación o Muerte!» no se ha publicado en volumen. Si lo desea, podemos enviarle los números de P B T en que apareció dicha novela. El precio es de 40 cts. el número.

Cloti. — ¿Con que es usted admiradora de June Caprice? Pues es una casualidad que para la presente página tuviéramos ya preparado su retrato con el de otras dos artistas no menos célebres que aquélla.

Bozi. — Se publicará.

Julio Benamor. — 1.° En la forma que usted dice: Brevísimos diálogos muy comprensivos, casi telegráficos, e intercalando las leyendas y descripción del lugar de acción y del movimiento de figuras. — 2.° Puede dirigirse a las siguientes empresas: Platense Film, Bartolomé Mitre 1658; Argentina Film, Tucumán 721; Lux Film, Lavalle 812; Austral Film, Cangallo 827; Jack Film, Maipú 62.

Julia Ester. — Accediendo a su deseo, prometémosle satisfacerlo en la primera oportunidad. Cuando la actuación de dicha artista en algún film nuevo dé motivo para publicar su retrato.

Estrella. — Solicite un número a la administración de «La Película», Lavalle 1161.

Perla. — No tardaremos en publicar los retratos de los artistas que tantas simpatías le inspiran.

C. S., Teodelina. — «La marca de fuego» es de la General Cinematográfica, Lavalle 464.

A. B. — Pida catálogos a: Max Glucksmann, Callao 45; General Cinematográfica, Lavalle 464; Cinematográfica Sud Americana, Sarmiento 1755.

La Princesita. — Diríjase a la casa Kraus Mfg. Co. 220 West and 42d. St. New York.

June, Lomas. — Lea lo que decimos a Princesita.

Mimí. — Las oficinas centrales de la Fox Film Corporation están situadas en: 130 West 46th. St. New York.

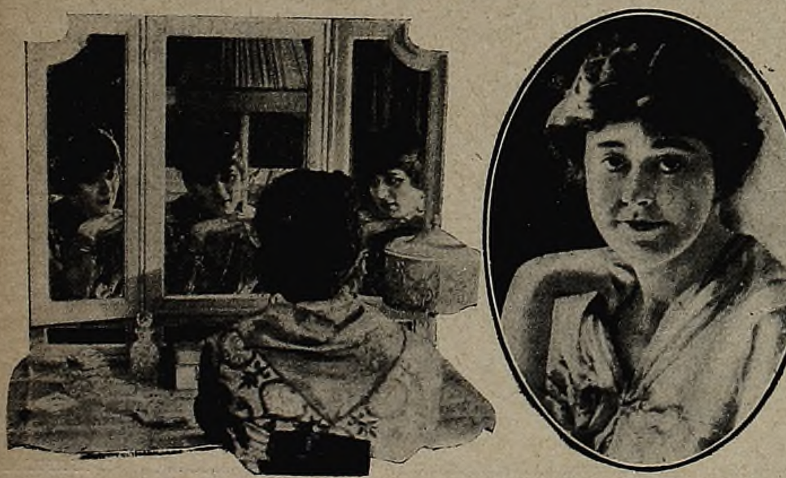
H. M., Montevideo. — Rogamos se fije en la contestación que damos a Doris, unas líneas antes.

Admiradora. — Idem, ídem, ídem.

J. C. E., Temperley. — La dirección de «Cinema» es 25 de Mayo 371, Montevideo.

SALONES BIÓGRAFOS

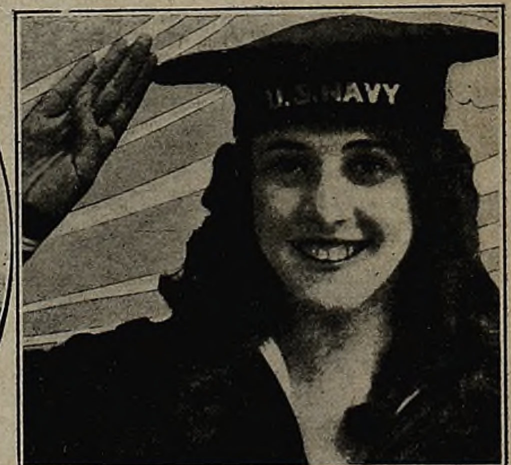
TRES CELEBRES ESTRELLAS DEL FILM YANQUI



Theda Bara.



Virginia Pearson.



June Caprice.



Señoritas que tomaron parte en el concierto benéfico celebrado en el teatro Olimpo.



Durante el te en honor de la comisión de damas organizadora de la lotería de Navidad a beneficio del Hospital Español.



Los nuevos concejales señores Rosenthal, Morra, Rossi, Benítez, Oroño, Micheletti, Lejarza, Siquot, Colombo, Colomar, Arselli y Carreras, después de haber prestado el juramento de ley.



La concurrencia en el Edén Parck durante el brillante festival a beneficio de la Cruz Roja británica.

Fot. Ortiz.

EGRESADOS DE LA ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO DE LA NACION



Orestes S. Luppi. José Sanguinetti. Jaime Scornich. Pedro A. Darrieux. Agustín Pozzo.








Alfredo Cobos. Armando Martucci. Eugenio Costas. Roque Schiaffino. Emilio Lamarca. César A. Zapavelli.








Fulgencio Colomer. José D. Rossini. Agustín R. Brancen. Pedro H. Arné. Antonio Muscillo. Héctor A. Réboli.

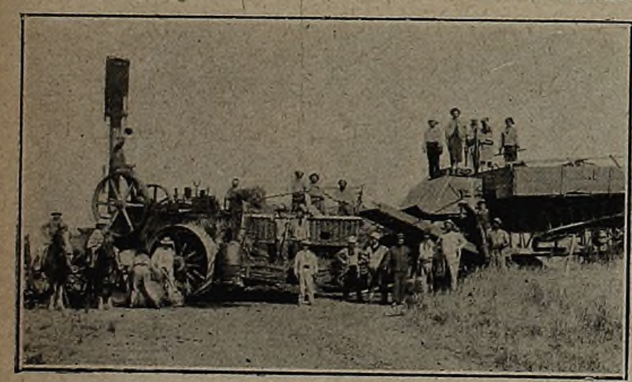




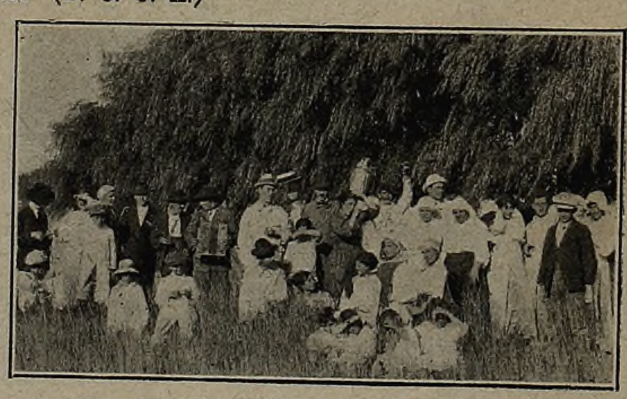



Emilio E. Gaillard. Blas Balsategui. A. Lavista. Hugo P. Schioppetto. Enrique Siewers. Pedro C. Gastaldi.

DE LAS LIEBRES (F. C. C. A.)



Máquina trilladora de los señores Galani hermanos con el personal encargado de su funcionamiento.



Picnic realizado el 24 de diciembre, al que concurrieron conocidas familias de la localidad.

Fot. Soressi.

¿FUERON PIGMEOS NUESTROS ANTEPASADOS?

Así parece que se deduce del notable descubrimiento que acaba de hacerse en Suiza de restos de una raza extraña que vivió hace 20.000 años.

Este descubrimiento viene a ser un nuevo eslabón forjado en la cadena que enlaza las distintas evoluciones humanas, explicando uno de los jeroglíficos que los antropologistas encontraban en el camino de sus investigaciones.

Sabido es que existieron razas de hombres pequeñísimos en Africa y en la India; mas nadie había indicado que estas razas pudieran constituir lazo de unión entre el hombre y los diminutos monos. Pero el descubrimiento de una raza europea de pigmeos ha venido a completar el círculo de las razas pequeñas, viéndose obligados los científicos investigadores a reconocer que en ese descubrimiento está la solución de uno de los más arduos problemas de la evolución.

Débese el descubrimiento al doctor Jakob Nuesch, que lo ha hecho cerca del conocido Schafthansen, en el Rhin.

Como ha ocurrido siempre en los más notables descubrimientos de restos prehistóricos, lo mismo en Francia, que en Alemania, que en la remota Patagonia, una cueva natural ha sido el depósito donde se han hallado estos tesoros de antigüedades remotísimas. El nombre de esta cueva es Schweizersbild, y los restos encontrados en ella han excitado el interés de todos los hombres de ciencia de Europa y del mundo entero.

La primera averiguación que la Sociedad Helvética de Ciencias Naturales se propone llevar a cabo es la de la antigüedad de la cueva y el siglo probable de su primera ocupación por el hombre. A esto ayudarán en gran parte los estudios en los estratos o capas térreas de la cueva. En estas capas, removidas con gran cuidado, yace la historia de miles de años escrita en los restos de animales y hombres que vivieron en aquellos tiempos. En ellas se desarrolla ante los ojos del naturalista toda la línea progresiva desde las primeras edades, cuando los utensilios y herramientas eran de piedras groseras y en bruto, hasta las de las piedras pulimentadas y la que supo ya utilizar el hierro y el bronce. El espesor de esos estratos constituye una especie de cronómetro por el que puede calcularse la extensión o duración de las distintas edades.

Nada menos que 14.000 herramientas de pedernal se han encontrado en una de las capas de tierra, además de 1.304 de hueso y de cuerno.

También se ha descubierto en la misma capa un hogar con hornillo, que sin duda es el ejemplar de la cocina primitiva. En este hogar se calentaban primero las piedras y después se colocaban los alimentos sobre ellas.

En cuanto a restos de seres humanos se han encontrado sepulturas de catorce individuos, pigmeos indudablemente, pues así lo han demostrado los cráneos hallados, así como otros huesos.

La fábula universal de que en tiempos remotísimos existió una raza de liliputienses en las cuevas y en las guaridas de las montañas, encuentra al fin su explicación como hecho de historia natural en los descubrimientos de la roca de Suiza.

Se ha supuesto que las razas pigmeas de los tiempos más modernos eran degeneraciones de razas más potentes y desarrolladas, porque siempre se ha sostenido que los hombres de la antigüedad eran gigantes.

El asunto tiene gran importancia, pues la existencia de una raza de pigmeos en Europa, se señalará como un gran paso en la resolución de los problemas que el nuevo siglo ha de estudiar.



Lo que se ve... en el mar.

CONSULTORIO DE AGRICULTURA Y VETERINARIA

Clotilde. — Si con el tratamiento que usted menciona no ha obtenido mejoría en la afección de sus canarios, conviene que los haga ver por un especialista.

F. Ronconi, San Isidro. — Para evitar la propagación del «taladro», se deberá conservar bien limpia la corteza de los árboles; se cortará toda rama seca y destruirán por el fuego las ramazones abandonadas en el suelo del plantío: se destruirá también la corteza atacada y se pintarán estas zonas desprovistas de corteza con alquitrán. En lugar de la descortezación completa del tronco, si el árbol no está muy atacado, se extraerán lonjas longitudinales de las partes enfermas. En todos los meses del invierno conviene hacer esta operación.

El tratamiento se puede iniciar desde que las lonjas comienzan a amarillear y caer. Un procedimiento práctico para «taladros» de galería interiores consiste en arrimar a los árboles atacados troncos de árboles recientemente cortados y provistos de su corteza; el parásito sale del árbol para invadir los troncos puestos a la entrada de las galerías; en tal forma se hace una limpieza rápida del parásito.

J. Pérez. — Tratará a sus plantas de apio enfermas con una solución de sulfato de cobre al 2 por ciento en agua. Si las plantas atacadas son un poco numerosas, lo mejor es destruirlas.

Juan Herrera, Montevideo. — El animal de su interés que se encuentra enfermo, lo someterá al siguiente tratamiento: estará a dieta veinticuatro horas, luego, por la mañana, le dará a beber la siguiente medicación: jarabe de genciana, 15 gramos; agua de malvas, 100 gramos; tanoformo, 50 centigramos. Después de ocho horas tomará un poco de leche, que aumentará y cambiará con otros alimentos líquidos y pastosos.

Aurora, Buenos Aires. — Por los antecedentes que remite usted sobre las gallinas que se comen las plumas, ese vicio es debido a falta de espacio y deficiencia de los alimentos; por lo tanto, proceda a corregirlos dándole mayor espacio y mezclando con los alimentos carne picada, cáscara de huevos, arena y revoque de pared desmenuzado.

Celia B. Mariette. — A los conejos de su interés no se acostumbra bañarlos, ni cortarles el pelo; lo que corresponde es criarlos en locales limpios y ventilados.

S. Molinari. — A su perro enfermo le administrará el tratamiento que sigue: Le dará tres baños de agua tibia en 5 litros de agua y 4 gramos de ácido clorhídrico, por semana. Todas las mañanas le untará las partes enfermas con el siguiente remedio: glicerina, 200 gramos; óxido de cinc, 1 gramo; creolina, 4 gotas; alcanfor, 1 gramo; éter, 100 gramos. Si es posible le envolverá esas partes a fin de evitar las suciedades. Si después de algún tiempo no notara mejoría, ocurra a un veterinario, para que practique un prolijo examen del perro.

R. Villafañe. — Tal vez sus gallinas necesitan una buena aireación y ningún frío en invierno, y, sobre todo, limpieza en el local, a fin de evitar las plagas de insectos, tan dañinas a esas aves. Cuando note a un pichón enfermo, dele a beber unas gotas de vino caliente.

Rogelio Piaggio, Chivilcoy. — A su perro lo curará con el siguiente medicamento. Echará en un recipiente dos litros de agua y un puñado de hojas de eucalipto; una vez hervido, hará aspirar al perro sus vapores durante quince minutos; esta operación se repetirá por la mañana y tarde. Buena alimentación y temperatura templada.

Luis Rossotti. — Para su padrillo seguirá el siguiente tratamiento: Licor de Fowler, un gramo de ácido arsenioso, un gramo de carbonato de potasio y cien gramos de agua. Comenzará a darlo este licor por gotas, desde 10, 20, 30, hasta 50 gotas, en el transcurso de una semana; disminuyendo luego diariamente de diez en diez gotas, hasta llegar a diez gotas. Se suspenderá por quince días, reanudando el tratamiento en la misma forma de antes; se lo dará en un balde con agua, por la mañana. Para la tos le dará cinco gramos de yoduro de potasio por día, mezclado con agua o afrecho mojado, durante diez días. Alimentación de fácil digestión, mucha avena, poco pasto seco. Conviene que el animal no sea utilizado para la monta; trabajo en general, pero muy moderado.

Chacarero, Monje. — La herida que tiene en el anca su caballo la tratará con el siguiente remedio: Limpiará la herida con algodón mojado en una solución tibia de bicloruro de mercurio al uno por mil; después de secarla bien, le aplicará con algodón seco una porción de una mezcla de veinticinco gramos de yodoformo y veinticinco gramos de tanino, la que formará una costra; si no se desprende la deja, y si se levanta la sacará y repetirá la operación anterior. El enfermo guardará reposo.

Mariano Farías, Villa Juárez. — La poda de árboles, como todas las prácticas de la agricultura, está sometida a reglas y procedimientos cuyos principios son esencialmente científicos, y ajenos, por lo tanto, a los cuartos menguantes de la luna, cuya influencia, si la tiene, es muy relativa.

Samuel Rodríguez, Puán. — La lesión que tiene su caballo es casi imposible de curar; con objeto de calmar la inflamación y el dolor, conviene recurrir a la irrigación continua; aplíquele, también, ungüento vejigatorio; dése reposo al animal.

Juan Miranda, Ezpeleta. — A su caballo enfermo lo tratará con la siguiente medicación: Por la mañana le dará un baño a las cuatro patas, durante treinta minutos, para reblandecer el vaso; luego se le adelgazará la suela y se le aplicará en la planta de los vasos un paño empapado en una solución de sulfato de cobre al 3 por 100 y un poco de sal común. Lo envolverá bien con una bolsa vacía y lo dejará que guarde reposo. Alimentación liviana; a los ocho días un purgante liviano: doscientos cincuenta gramos de sulfato de magnesia.

Z. Palma, Rufino. — A su perrita maltesa le aplicará el siguiente medicamento: Proseguirá, día por medio, por la mañana, con baños de agua tibia y jabón sulfuroso, secándola bien. Para la comezón le aplicará todas las noches una porción del siguiente compuesto: glicolado de almidón, 250 gramos; hidrato de cloral, 5 gramos. Después del baño, y una vez bien secada, le aplicará una porción de la siguiente mixtura: glicerina, 150 gramos; óxido de cinc, 50 centigramos; creolina, tres gotas; alcanfor, 80 centigramos; éter, 8 gramos. Buena alimentación, ejercicios.

*

La correspondencia será dirigida así: Doctor Antonio Grossi, Consultorio de Agricultura y Veterinaria de P B T, Avenida Julio A. Roca 531. Consultorio particular: Maza 188 (Unión Telefónica 3773, Mitre).

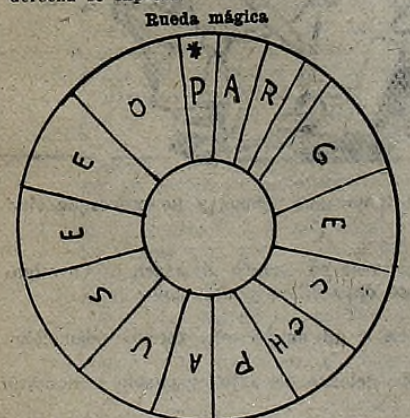


Metagrama.

* * * * — En ciertos animales.
* * * * — Tiempo verbal.
* * * * — Escaso.
* * * * — Conjunto de algo.
* * * * — Notable.
* * * * — Tejido.
* * * * — Momento.

Las estrellas son letras que no varían; los asteriscos son letras distintas que, unidas a las anteriores, formarán lo que a la derecha se expresa.

Rueda mágica



¿De qué modo se han de tomar las letras de esta rueda para que resulte una frase muy conocida?

Charadas

I

2.ª 1.ª — En poesía.
1.ª 4.ª — En pastelería.
4.ª 3.ª — En zoología.
2.ª 4.ª — Alegría.
3.ª 1.ª — Nombre poético.
3.ª 4.ª — Tiempo verbal.

Todo: En zoología.

II

1.ª 2.ª — Mueble.
4.ª 2.ª — Ciudad.
3.ª 2.ª — Tiempo verbal.
4.ª 1.ª — En las costas.
1.ª 4.ª — De precio.

Todo: Doméstico.

SOLUCIONES A LOS ENTRETENIMIENTOS del N.° 684.

Al Rompecabezas:

TANTO VA EL CANTARO A LA FUENTE QUE AL FIN SE ROMPE.

A Ensalada histórica:

TERMÓPILAS — WATERLOO — TRAFALGAR — RIVOLI.

Al Logogrifo jeroglífico:

DISNEA
123456

A la Charada:

QUERANDÍ.

A la Tarjeta:

VICTOR HUGO.

Solucionistas

Manuel Vergara, Lázaro Solís, Clara Malter, Luis Tancredi, Isaac Dromiky, León Tielsen, Margarita Tielsen, José María Alberdi, Federico Rayner, Manuel Ortega, Fermín Bisaña, Enrique Talmi, Julio A. Gomila, Pedro Artechea, Virgilio Basail, Luis Canteri, Onofre Tadeo, Jaime Ariza, etc.

TEATROS DE LA COMEDIA, MAYO, AVENIDA Y BUENOS AIRES.

Por acuerdo de las empresas de estos teatros, obsequiaremos con un palco sin entradas a los primeros 224 lectores de P B T que reconstituyan la frase:

El libro es el mejor amigo del hombre,

con palabras tomadas de los avisos de este número, indicando la página en que cada palabra aparece, o solucionen acertadamente cualquiera de los entretenimientos contenidos en esta página.

Para optar al premio de los palcos, es necesario acompañar esta hoja entera con la nota de las soluciones y remitirla antes del 12 del corriente; también debe unirse una estampilla de cinco centavos para el envío del vale por correo.

Los sobres deben venir dirigidos al señor "Redactor encargado de la sección Entretenimientos".

Los vales de palco sirven para una función durante la temporada.



EL MONSTRUO. Al leer este título, más de alguno creerá que se trata de un lobo enorme, de algún oso enfurecido, de un hambriento león o de algún animal de raza desconocida. Ninguna de estas cosas; pero era verdaderamente un monstruo horrible el que aterrorizaba por allá en los años 1766 a los pacíficos habitantes de una región de Europa.

Se habían organizado verdaderas cruzadas de campesinos, que usaban las armas más extrañas y más pintorescas para combatir al raro animal. Los hombres no andaban más que en grupo; y las madres rara vez se asomaban a las puertas de sus viviendas; cuando esto llegaba a suceder, lo hacían llevando a sus hijos sólidamente sujetos, y ellas mismas iban bien armadas con un afilado cuchillo de cocina u otro utensilio semejante, que les permitiese defenderse en caso de un repentino ataque del monstruo.



Y tal era el espanto de aquellas pacíficas personas, que, al divisar la menor silueta sospechosa, corrían apresuradamente en busca de sus armamentos.

A la salida del pueblo existía un viejo caserón, semiderruído. Eran unas ruinas de aspecto lúgubre y melancólico, cuya silueta parecía agrandarse desmesuradamente cuando llegaban las sombras de la noche, y tomaba fantásticas y siniestras formas.

Allí, en medio de aquella casa abandonada y triste, vivía Sacatantos, viejo avaro, prestamista de dinero, que facilitaba su oro a los hijos de familia a condición de que le devolviesen quince veces lo que él daba.

Este viejo cruzaba las calles del pueblo, arrastrando su desastrosa y repugnante figura, en medio del odio de cuantos lo encontraban y lo conocían.

En ese mismo pueblo y por aquella misma época, vivían una dama llamada Grifolina, la cual se parecía mucho al viejo avaro.

Como él, tenía ademanes extraños y duros, y también se dedicaba a negocios muy parecidos a los del viejo.

Según se corría la voz por el pueblo, esta vieja hacía sus manejos en compañía del avaro Sacatantos; pero Grifolina negaba terminantemente tales afirmaciones, diciendo que no conocía al mencionado prestamista, y cuando lo encontraba en la calle, le volvía la cara con desprecio.

Un día, un sobrino de la vieja se presentó en su casa, y con tono suplicante y afligido ademán, le dijo:

— Querida tía; présteme usted trescientos escudos para pagar el arriendo de mi casa.

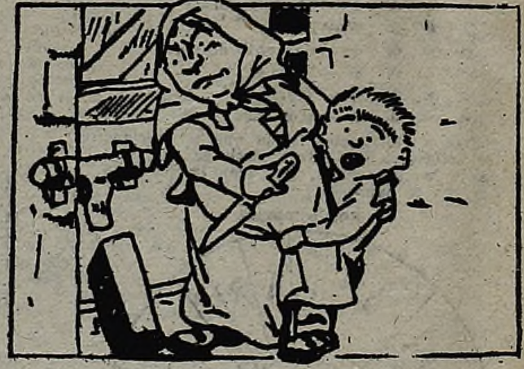
— ¡Tú estás loco, sobrino! Yo no tengo un solo centavo; tú sabes que yo soy pobre.

— ¡Pero, tía!...

— ¡Déjame tranquila!

— ¡Vamos a ser echados a la calle, mi mujer, mis hijos y yo!

— Tanto mejor.



Todas las súplicas del infeliz joven fueron inútiles ante la tenaz negativa de la avara, quien, no viendo un negocio seguro, no quería dejar salir un solo centavo de su bolsillo.

Tres días más tarde, muy de mañana, Grifolina se envolvió en una amplia capa y se encaminó a casa de su asociado Sacatantos.

Por una gran casualidad, la divisó su sobrino, al cual ella había rechazado tan despiadadamente.

El joven tuvo una repentina idea y salió corriendo por las calles del pueblo y gritando:

— ¡Socorro! ¡El monstruo! ¡El monstruo! ¡Todos a las armas! ¡Alerta! ¡A muerte!

Ante tan enérgico y tan desesperado llamamiento, todos los aldeanos corrieron a tomar sus armas, y no menos de cien salieron en busca del monstruo terrible.

Las mujeres y los niños se encerraron, para evitar cualquier desgracia.

Pronto llegó un refuerzo de gendarmes, cuyo capitán dió a su gente la orden de atacar en cuanto divisasen al enemigo.

La infeliz Grifolina, al verse rodeada de tanta gente con aire amenazador, cayó de rodillas exclamando:

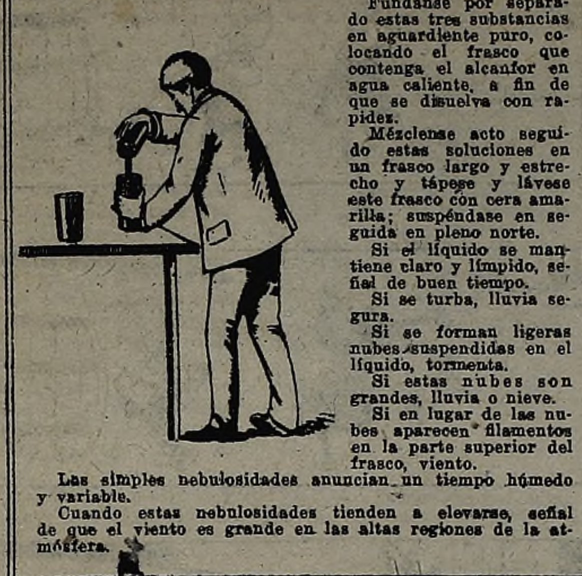
— ¡Piedad! Yo soy Grifolina y no un monstruo.

— ¡Sí! — exclamó entonces su sobrino, — usted es un monstruo, porque viéndome a mí en la más terrible situación, no ha querido socorrerme.

Entonces la anciana comprendió lo feo de su acción y se arrepintió sinceramente delante de todo el pueblo y nombró su único heredero a su astuto sobrino.

La gente se divirtió mucho con aquel suceso, y como lo del monstruo no era más que una leyenda, aquella broma les sacudió su miedo, y desde entonces vivieron en paz.

(Versión de Magister).



TERMOMETRO ECONOMICO

Tómense 50 centigramos de alcanfor, 50 más de nitro y otros 50 de sal amoníaco.

Fúndanse por separado estas tres substancias en aguardiente puro, colocando el frasco que contenga el alcanfor en agua caliente, a fin de que se disuelva con rapidez.

Mézclense acto seguido estas soluciones en un frasco largo y estrecho y tápese y lávese este frasco con cera amarilla; suspéndase en seguida en pleno norte.

Si el líquido se mantiene claro y límpido, señal de buen tiempo.

Si se turba, lluvia segura.

Si se forman ligeras nubes suspendidas en el líquido, tormenta.

Si estas nubes son grandes, lluvia o nieve.

Si en lugar de las nubes aparecen filamentos en la parte superior del frasco, viento.

Las simples nebulosidades anuncian un tiempo húmedo y variable.

Cuando estas nebulosidades tienden a elevarse, señal de que el viento es grande en las altas regiones de la atmósfera.

LA VERDAD. La verdad constituye el verdadero vínculo de la sociedad, sin el cual cesaría de existir y caería en la anarquía y en el caos. Una casa no puede ser gobernada por la mentira; ni tampoco una nación. En cierta ocasión se le preguntó a sir Tomás Browne si los demonios mentían. «¡No! — fué su respuesta, — porque entonces el infierno mismo no podría subsistir.» No hay consideraciones que justifiquen el sacrificio de la verdad: debe reinar soberanamente en todas las circunstancias de la vida.

De todos los defectos vergonzosos, la mentira es acaso el más vil. En ciertos casos es el fruto de la perversidad y del vicio, y en muchos otros el resultado de una gran cobardía moral. Y, sin embargo, algunas personas la consideran con tanta ligereza, que enseñan a sus sirvientes a mentir por ellos; no hay, pues, que sorprenderse cuando en esta triste escuela, los sirvientes se ponen a mentir por cuenta propia.

La mentira reviste múltiples formas, tales como la diplomacia, las conveniencias, las restricciones mentales, o bajo un disfraz o bajo otro, se la encuentra penetrando más o menos todas las clases de la sociedad. En ocasiones se disfraza con el equívoco, los rodeos, expone o enreda los hechos de manera que hace nacer una falsa apreciación; es ese un género de mentira al que un francés ha denominado «pasearse alrededor de la verdad». Hasta hay personas de un espíritu estrecho y una naturaleza deshonesta que se vanaglorian de su humildad jesuítica y su modo rastrero de eludir la verdad, y reservarse las puertas escapatorias para disimular sus verdaderas opiniones y evitar las consecuencias que podrían tener para ellas el sostenerlas y profesarlas resueltamente. Instituciones o sistemas fundados sobre tales expedientes deben necesariamente ser huecos y falsos. «Por bien que haya sido vestida una mentira — dice Jorge Herbert, — acaba siempre por ser descubierta.» La mentira franca, aunque más atrevida y más viciosa, es quizá menos despreciable que ese género de sutileza y de equívoco.

Algunos son falsos en sus pretensiones y fingen méritos que no poseen. El hombre sincero, por el contrario, es modesto, y no hace ostentación de sí mismo, ni de sus actos. Cuando Pitt estaba ya enfermo del mal que le llevó al sepulcro; se recibió en Inglaterra la noticia de los grandes hechos de Wellington en la India. «Cuanto más oigo hablar de sus éxitos — dijo Pitt, — más admiro la modestia con que recibe los elogios que merece. Es el único hombre que he conocido que no se engría de lo que ha hecho; ¡y, sin embargo, tiene tantas razones para hacerlo!»

No existe virtud alguna que el doctor Arnold se esforzara más en hacer penetrar en el espíritu de los jóvenes, que la virtud de la sinceridad, que consideraba la más noble, y que es, efectivamente, el fundamento de toda verdadera dignidad.

LA FOTOGRAFIA. Amena, instructiva y sobremanera delicada diversión, que contribuye a desarrollar en el alma el instinto de la belleza. Para el afortunado niño propietario de una cámara fotográfica, parece que el mundo sensible renace a nueva vida y despierta en el corazón gratísimas impresiones.

En varios colegios se permite a los que estudian o han estudiado física, tener alguna maquinita, tan fácil hoy de adquirir en todas partes. ¡Qué afán, los días de campo, por encontrar puntos magníficos de vista, paisajes interesantes, conjuntos artísticos! ¿Cuánto no se distraen y recrean al formar los grupos de sus compañeros, al sorprender en una instantánea las escena más animada de un combate al marro o de otros juegos mayores? ¿Cuántas discusiones no suscitan las posturas de unos, los gestos de otros, el empeño de todos por salir en el sitio más importante, etc.?

¡Qué ansiedad la del incipiente artista al revelar los días siguientes sus negativos! ¡Qué satisfacción y qué aplausos si ha conseguido su intento, y qué chubasco de bromas si, por el contrario, el éxito ha sido desgraciado! Los compañeros gozan también mucho al verse tal como habían pretendido y al contemplar el variado conjunto de gestos y posiciones. No termina con esto el entretenimiento: se renueva después al obtener las positivas, al colocar una de las mejores en el álbum de la división con la fecha, el sitio, el asunto y el nombre del autor; al revisar después en los estudios libres la colección de escenas, vistas, etc., y recordar las peripecias que precedieron y acompañaron a cada fotografía.

A esto hay que añadir todavía la satisfacción de enviar a sus padres y hermanitos una positiva y enseñarles después en las vacaciones toda la serie, explicando minuciosamente los detalles de cada vista y otras mil circunstancias de las excursiones y paseos.

En una palabra, desde que se abre la caja de placas para cargar el *chassis* hasta hojear, mucho tiempo después, el álbum formado con las positivas, la fotografía ofrece muy gratas distracciones. Y el día de mañana, ¿qué riqueza de sentimientos puros e inocentes no atesora uno de esos álbumes, donde al par que las facciones se conservan retratados los recuerdos de los más sinceros y amorosos amigos, los amigos de la infancia?

No es necesario detenernos a dar instrucciones prácticas sobre esta materia. Todos los niños pueden hallar las suficientes para obtener buenas negativas y positivas, en los catálogos de objetos fotográficos, y las dudas que al principio encuentren en la ejecución, se las resolverán con más claridad los señores profesores de física y los inspectores.



EL PENDULO MAGICO

Es cosa olvidada de puro sabida que si llenamos una vasija de agua y le ponemos por tapadera un papel recio o una hoja de cartulina, no habrá inconveniente en volver la vasija boca abajo sin que se derrame el agua, pues la presión del aire, que equivale a 1'330 kilogramos de peso por centímetro cuadrado de superficie, bastará para mantener adherido el papel a la boca de la vasija contra el peso del agua que ésta contiene. Pero este experimento de física casera es demasiado conocido y no vale apuntarlo como novedad. En cambio, podemos invertir los términos y resultará una curiosa diversión, algo menos divulgada entre los aficionados a física recreativa. Al efecto, emplearemos una hoja de cartón algo engrasado por los bordes, para que, sin pegarse, se adhiera a los del vaso y no deje intersticios que malograrían el experimento. Por un agujerito abierto en el centro del cartón se pasa un bramante con un nudo que sirva de sostén. Después se obstruye este agujerito con lacre, y entonces, sosteniendo el conjunto por medio del cordel, veremos que en vez de levantarse la tapadera de cartón, como sin duda parece a primera vista, se levanta la vasija y puede oscilar como un péndulo. Es condición indispensable que entre la hoja de cartón y el agua contenida en el vaso no pueda penetrar el aire, pues entonces se invalidarían los efectos de la presión atmosférica.

HISTORIETAS MUDAS

EL FIN DE UN PAJARO ATREVIDO


1.


2.


3.

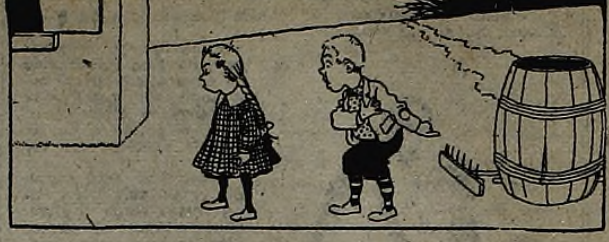

4.

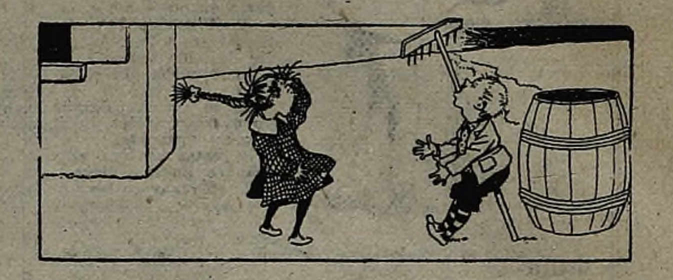

5.

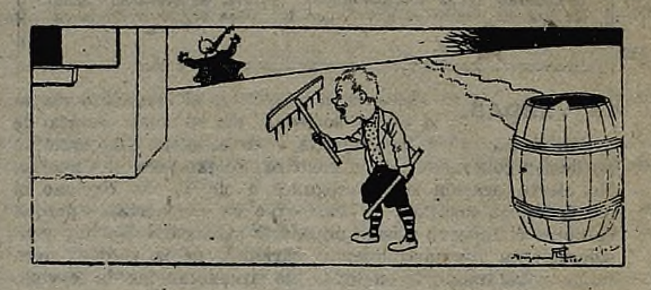

6.

AMOR TRAGICO









LA CARICIA DE TOM



EL REGALO DEL SEÑOR TACAÑO











LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN



ROCA. — Hay varias familias apellidadas Roca en España, al parecer de orígenes muy diferentes. El escudo que aquí doy, de azur con una roca de oro, es de los Roca mallorquines, los cuales empiezan a figurar a mediados del siglo XIV, con ocasión de haber facilitado el caballero Ramón Roca la venida del rey de Aragón, Pedro IV, contra Jaime III, y haber sido posteriormente enviado como embajador a Túnez y Constantinopla.



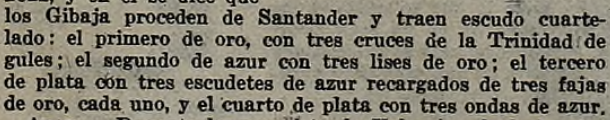
En 1521, era regente de Mallorca Miguel Jaime Roca, que luchó contra los comuneros, y en 1618 se hizo famoso el nombre de Pedro Roca, que enviado por Felipe IV con unos despachos al rey de Cuco, fué aprehendido y martirizado por los moros de Argel.

GRANERO. — Son muy pocos los datos que se han podido encontrar acerca de este apellido, que ofrece en su blasón la curiosa circunstancia de presentar combinados los colores y las figuras de Castilla y León, aunque en distinta forma. A pesar de ello, hay algún autor que tiene este linaje por navarro, si bien es verdad que no figura en el *Nobiliario y Armería general de Navarra* de Argamasilla de La Cerda, lo cual induce a creer que más bien puede ser simplemente la forma castellanizada del catalán Graner. Las armas de Granero son de plata, con un león de gules coronado, y bordura de gules con cinco castillos de oro.



GIBAJA. — Aunque es de lamentar, nada se puede decir al curioso sobre la historia de este apellido, pues no se encuentra por parte alguna. Aun su origen y armas ha costado mil trabajos buscarlos, por no estar en ninguno de los nobiliarios y genealogías que andan al alcance de todos, y al fin fueron hallados en un curiosísimo libro del que parece no existe sino un solo ejemplar, que el señor marqués de Laurencín ha dado a conocer en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia en España.

Es este libro la *Primera parte de los Quatro Libros de la Ovandina*, por Pedro Mejía de Ovando, publicada en Lima en 1621, y en él se dice que los Gibaja proceden de Santander y traen escudo cuartelado: el primero de oro, con tres cruces de la Trinidad de gules; el segundo de azur con tres lises de oro; el tercero de plata con tres escudetes de azur recargados de tres fajas de oro, cada uno, y el cuarto de plata con tres ondas de azur.



ABAD. — Durante la conquista de Valencia, el abad y los monjes del monasterio de Ripoll enviaron a sus expensas un tercio de tropas, acaudilladas por un soldado llamado Pedro, a quien el rey don Jaime llamaba Pedro el Abad.

Las armas de este apellido son: un perro rapante en campo azul.

EL PROBLEMA DEL COMBUSTIBLE RESUELTO

Uno de los grandes problemas actuales es el que se refiere al combustible.

Y este problema es aun más grave en lo que respecta al hogar. Por eso dedicamos esta información a las amas de casa, a las mujeres hacendosas que no desdeñarán estos recursos que permiten aprovechar en forma práctica y económica los procedimientos antiguos.

Un pequeño soporte de alambre colocado en el tubo de una lámpara nos permite apoyar en él una cacerola con medio litro de agua, que hervirá al poco tiempo y nos servirá para hacer el café, el te, una infusión cualquiera, pasar unos huevos por agua, etc., etc., sin haber gastado otro combustible que el que nos alumbra.

La antigua lámpara de petróleo; sin más aditamento que un pequeño soporte de alambre, sirve para pasar por agua un par de huevos.

El 95 por ciento del calor producido por el gas se pierde; una manera de aprovecharlo todo o casi todo consiste en tapar la cacerola, puchero o recipiente que sea, con un cilindro, que puede ser la caja de un sombrero, en cuyo fondo se abre un agujero. De esta manera, con menos llama en la cocinilla de gas obtenemos los mismos resultados que con toda la llama abierta; es decir, que economizamos combustible.

Con la marmita Noruega se ahorra un 60 por 100 de combustible.

Pero es necesario que nos preparemos combustible barato. Pónganse en maceración papeles viejos, periódicos, hasta que adquieran por el agua consistencia de papilla espesa, con la cual se hacen pelotas que se dejan secar al sol. Si a esta pasta le añadimos polvo de carbón o aserrín, el combustible mejora grandemente.

Mezclando, por ejemplo, 50 kilos de polvo de carbón, 35 de tierra y 10 ó 12 litros de agua, se obtiene una mezcla con la que se pueden hacer briquetas muy bien; como con la anterior, si se le echa un poco de aserrín, el combustible es mucho mejor.

Un aglomerado de 50 kilos de polvo de carbón y 5 kilos de silicato de sosa, que es un producto barato, hacen un excelente combustible. A todos estos combustibles de fabricación casera se les da, con moldes pequeños, la forma que se desee.

Para la cocina, siempre que no se exija una comida complicada y de numerosos platos, vamos a indicar la manera de prepararla sin que se gaste un centavo.

Para ello no hace falta sino un sencillo y baratísimo aparato: dos platos de metal que encajan ajustando perfectamente, formando un recipiente y un trípode o soporte cualquiera, como el que indica nuestro grabado; todo lo cual puede obtenerse por poco dinero.

Con esto podemos preparar unos bifes, pescado y huevos fritos, calentar cualquier comida ya hecha, en una palabra, todo aquello que no necesita una larga preparación.

Para freir unos bifes, por ejemplo, se engrasan ligeramente los platos con aceite, manteca o mantequilla; se meten dos bifes de a cien gramos; se cierran herméticamente los platos metálicos, formando una especie de cacerola, y se coloca el recipiente en el trípode, que se calienta con una tira de papel de periódicos de 8 a 10 centímetros de ancho, doblado en forma de V con el vértice hacia arriba, como se ve en nuestro grabado. Con una sola hoja de periódico corriente se pueden hacer cuatro tiras de éstas, lo que es suficiente para cocinar lo que hemos indicado. En dos, tres o cuatro minutos tenemos hecho el plato, sin que nada cueste el combustible, y mejor hecho que con el gas, pues ni se requema, ni toma gusto alguno extraño.

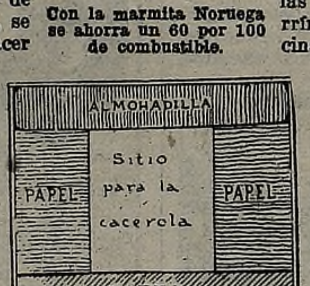


La cocina de papel de periódicos es la más sencilla. En tres minutos se hace un bife, sin necesidad de carbón.

Las personas que tengan facilidad en procurarse aserrín, pueden utilizar el siguiente sistema:

En una gran lata circular o en un balde viejo se hacen dos agujeros por los que se mete un palo, el de la escoba, por ejemplo, y otro palo, del mismo tamaño, se coloca verticalmente en el centro de la lata y se llena el recipiente de aserrín, apisonándolo un poco, y esto hecho, se quitan los palos, dejando así unas chimeneas huecas. Con un pedazo de papel encendido se prende fuego al aserrín por uno de los agujeros, y se colocarán encima las comidas que se hayan de cocinar. Como el aserrín tarda seis horas en consumirse, con esta cocina improvisada podemos preparar cuanto se quiera y tenemos un poco de calefacción.

La llamada marmita noruega economiza un 60 por ciento de combustible, y su fabricación es sencillísima, pues basta llenar una caja de cartón o de madera, con recortes de periódicos bien apisonados dejando un agujero en el centro, suficientemente grande para que quepa el puchero o las cacerolas necesarias. Las capas o paredes de papel han de tener un espesor de 10 a 12 centímetros.



Corte de la marmita Noruega.

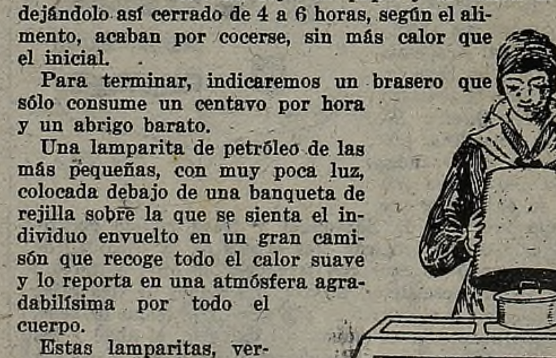
Se hace hervir la comida en el fogón corriente durante 15 ó 20 minutos y entonces se mete en el agujero de la marmita, se tapa con un cojín de papel y se cierra la caja; dejándolo así cerrado de 4 a 6 horas, según el alimento, acaban por cocerse, sin más calor que el inicial.

Para terminar, indicaremos un brasero que sólo consume un centavo por hora y un abrigo barato.

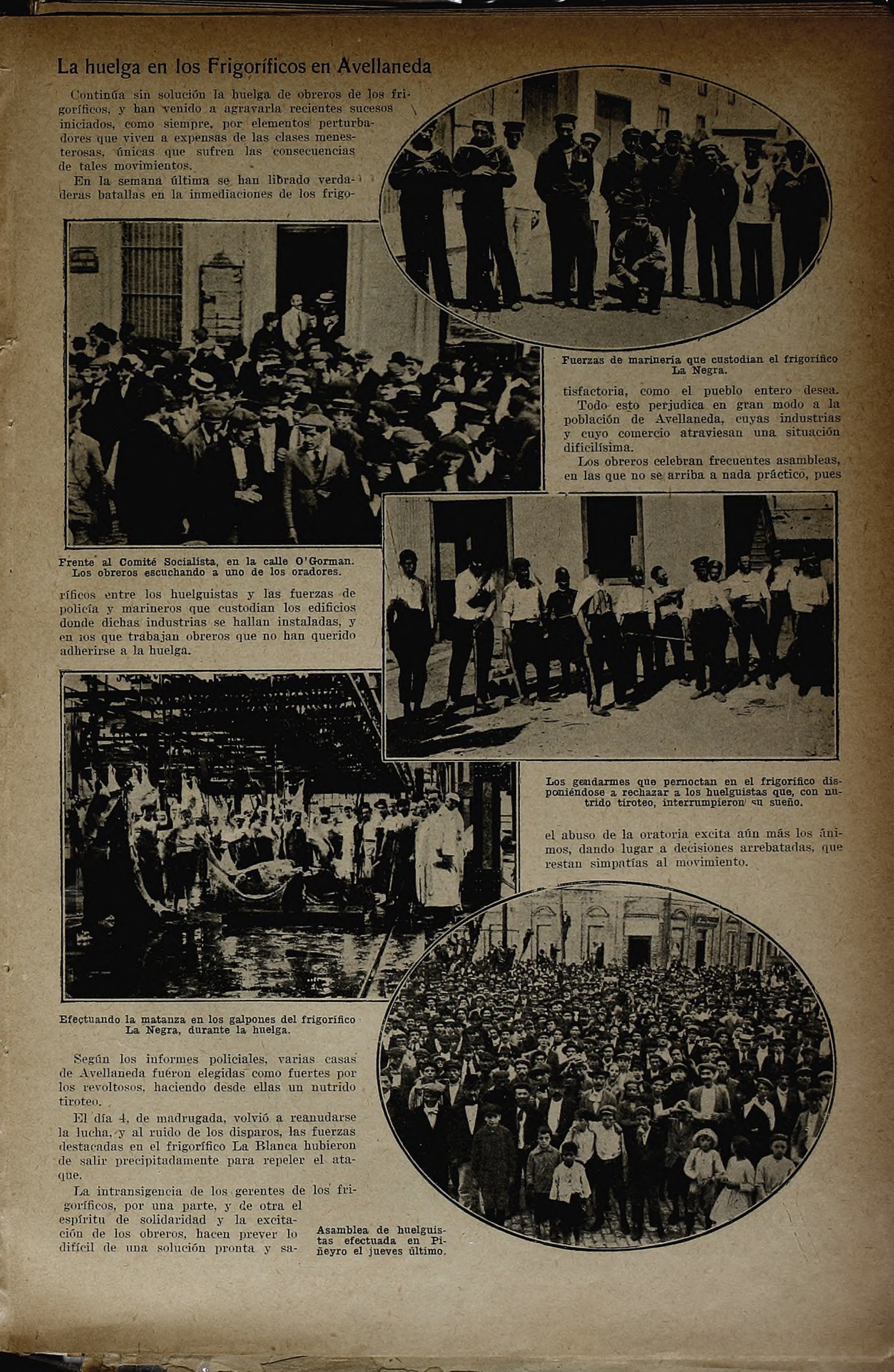
Una lamparita de petróleo de las más pequeñas, con muy poca luz, colocada debajo de una banqueta de rejilla sobre la que se sienta el individuo envuelto en un gran camisón que recoge todo el calor suave y lo reporta en una atmósfera agradabilísima por todo el cuerpo.

Estas lamparitas, verdaderos juguetes, consumen poquísimo petróleo, pues la mecha es muy pequeñita.

Un cubo viejo lleno de aserrín: he ahí una excelente cocina, que arde durante seis horas.



Una tapadera fácil de construir. Reduce enormemente el consumo de una cocina de gas.



La huelga en los Frigoríficos en Avellaneda

Continúa sin solución la huelga de obreros de los frigoríficos, y han venido a agravarla recientes sucesos iniciados, como siempre, por elementos perturbadores que viven a expensas de las clases menesterosas, únicas que sufren las consecuencias de tales movimientos.

En la semana última se han librado verdaderas batallas en la inmediaciones de los frigoríficos entre los huelguistas y las fuerzas de policía y marineros que custodian los edificios donde dichas industrias se hallan instaladas, y en los que trabajan obreros que no han querido adherirse a la huelga.

Fuerzas de marinería que custodian el frigorífico La Negra.

Frente al Comité Socialista, en la calle O'Gorman. Los obreros escuchando a uno de los oradores.

Los gendarmes que pernoctan en el frigorífico disponiéndose a rechazar a los huelguistas que, con nutrido tiroteo, interrumpieron su sueño.

Efectuando la matanza en los galpones del frigorífico La Negra, durante la huelga.

Según los informes policiales, varias casas de Avellaneda fueron elegidas como fuertes por los revoltosos, haciendo desde ellas un nutrido tiroteo.

El día 4, de madrugada, volvió a reanudarse la lucha, y al ruido de los disparos, las fuerzas destacadas en el frigorífico La Blanca hubieron de salir precipitadamente para repeler el ataque.

La intransigencia de los gerentes de los frigoríficos, por una parte, y de otra el espíritu de solidaridad y la excitación de los obreros, hacen prever lo difícil de una solución pronta y satisfactoria, como el pueblo entero desea.

Todo esto perjudica en gran modo a la población de Avellaneda, cuyas industrias y cuyo comercio atraviesan una situación dificilísima.

Los obreros celebran frecuentes asambleas, en las que no se arriba a nada práctico, pues el abuso de la oratoria excita aún más los ánimos, dando lugar a decisiones arrebatadas, que restan simpatías al movimiento.

Asamblea de huelguistas efectuada en Piñeyro el jueves último.

PBT turfista

EN LAS POPULARES DEL HIPODROMO.



Media hora antes de cada reunión hípica, aunque aplaste el rigor de la canícula o se desencadene una tormenta borrascosa, la Avenida Vértiz, en toda la extensión del frente del Hipódromo Argentino, es un maremagnum de coches, tranvías y automóviles, que descargan aficionados recogidos en todos los barrios de la metrópoli y en la estaciones de ferrocarriles. Verdaderos catedráticos, empapados en el estudio de las probabilidades de triunfo que lleva cada caballo a la carrera, tomando como base su respectiva performance anterior y los informes de la prensa turfista, penetran en el recinto, entusiastas y bulliciosos, y densifican una multitud que bulle, se agita y circula o se estaciona, anotando los últimos detalles. Principian por examinar, durante el desfile previo de los caballos, si caminan, trotan o corren con acción desenvuelta; si van ceñidos de carnes; si les brilla el pelo; si ostentan una preparación esmerada y completa. Se trasladan en seguida al sitio en que se pueden ver y comparar las montas definitivas, y, en la duda sobre la chance de dos o más caballos que tienen performances anteriores parecidas, analizan el valor, la energía, la audacia y la honestidad de cada jockey y miden la ventaja o la desventaja que puede significar para un caballo el descargo o la impericia del jockey aprendiz. Siguen, luego, en circulación cada vez más dificultosa, hacia la pizarras que anuncian la segunda cotización. La mayor parte de los aficionados se orienta o cree orientarse por el rumbo de las primeras apuestas que marcan estas pizarras, y se estacionan ante ellas al is a sacar los boletos. Es el momento decisivo, y vacila; da su opinión y la pide a todos los conocidos. P B T somete entonces la oreja a la mayor tensión:

Dos veteranos resuelven jugar al cuatro «porque el entraineur — uno de ellos lo sabe de muy buena fuente — despidió un peón y no le paga hasta el lunes; anda sin plata.» Un coruñés corre a la ventanilla del dos, «porque ha visto que le juega un paisano que tiene la prima sirviendo en casa de un compadre del jockey, y... cuando él le juega...» Un criollito, tipo oficinista de juzgado, convence y arrastra a dos compañeros hacia las taquillas del siete, «porque este número ganó en las dos reuniones anteriores la primera carrera, y... no hay dos sin tres.» Tres mujeres reúnen por escote el importe de un boleto a placé para el número cinco, porque lo lleva Acosta, y una de ellas informa que el día anterior lo encontró en una tienda comprando música para piano automático «*a las cinco en punto*, y en el preciso instante en que recibía un *vuelto de cinco pesos*.»

Cerradas las taquillas, cada carrerista, con los boletos jugados, al fin, por datos, observaciones o cábalas, que anulan su estudio previo del programa, corren a tomar en las tribunas la mejor ubicación posible para no perder detalle del desarrollo de la carrera. En este momento ofrecen las tribunas populares del hipódromo el espectáculo más interesante. Los millares de aficionados, vibrantes de esperanza en el triunfo de su candidato, comentan y discuten, alegres y entusiastas, sin alteración, sin acritud, sin una nota discordante, los motivos de su elección y de su fe; y un panorama, embellicido por los bosques, los paseos, los jardines y los lagos, lleno de luz, de color y de vida, formando marco, hacen de aquella gran familia sportiva la expresión más gráfica de la sana alegría popular.

De pronto principian a escribir en las pizarras la cotización tercera y final de cada caballo, y todos los jugadores se incorporan, se encaraman, se estiran y proclaman la de su respectivo candidato; calculan con rapidez el sport que pagará y reflejan su satisfacción, su sorpresa o su desencanto. En seguida suena la campana, se levanta la bandera, se alínean los caballos ante el *starting gate* y, en un momento más o menos feliz, se da la orden de partida.

— ¡ Largaron ! — exclama la muchedumbre en un murmullo que resuena potente por todo el recinto.

— El cinco último; ¡ qué desgracia ! — dice una de las tres mujeres; Acosta, si no corre de punta, pierde.

— ¿ Quién es el puntero ?

— El dos. ¡ Qué robo ! ¡ Qué le echen galgos !

— ¿ Dónde va el cuatro ?

— Segundo; por el lado de afuera; se va quedandó; no mueve las patas.

— ¡ Fripona ! ¡ Vean Fripona cómo se aproxima ! ¡ Altamiranda por los palos ! ¡ Fripona sola ! ¡ ¡ Fripona vieja ! !

— Mollie ! ¡ ¡ Mollie por el centro de la pista ! ! ¡ ¡ ¡ Acosta arriba ! ! ! ¡ ¡ ¡ ¡ Mollie para todos ! ! ! !

Y trabadas en lucha encarnizada, Fripona y Mollie pasan juntas, provocando aclamaciones ensordecedoras, que se prolongan hasta que la exaltación del número triunfante anuncia el fallo del juez de raya.

— ¡ El cinco ! ¡ ¡ Con Acosta ! !

— ¡ Era una fija ! No podía fallar la cábala. Yo había encontrado a Acosta en una tienda comprando música para piano automático, *a las cinco en punto*, y en el preciso instante en que recibía un *vuelto de cinco pesos*.

— ¿ A quién jugaste, Santiago ?

— Al cuatro. Iva a jugar a la que ganó, y me la quitó de la cabeza Ramón, que es mi sombra negra.

— ¿ Acertaste, Julio ?

— Debí de acertar; venía derecho a jugar al cinco, que ya había ganado a Fripona, en la misma escala de peso, en 1'37"2|5. Me hicieron cambiar, y jugué al siete. No vuelvo a levar el apunte a nadie.

En las siete carreras restantes ocurre exactamente lo mismo. Dos terceras partes de concurrentes, por lo menos, son verdaderos catedráticos, que, sin embargo, se marean en el momento decisivo por la influencia del dato, del parecer del amigo, de la orientación de las primeras cotizaciones y hasta de las mismas cábalas, que, por ser numerosas respecto de cada caso, tienen que resultar algunas veces, y no pasan desapercibidas como las que no se producen.

La carrera final, la del desquite, es la última esperanza de los que han perdido en las anteriores. Algunos, los menos, la aciertan, y permanecen un momento en el recinto para cobrar. Los demás, los que no se desquitaron o dejaron en la última carrera lo ganado en las anteriores, se apresuran a salir. Es la salida de los *patos*, a pie, por la Avenida Vértiz, en medio de una algarabía de ofrecimientos que provocan las muecas más variedas de los que salen *sin medio*.

— ¿ Cepillo para la ropa ?

— ¿ Limpio los botines ? ¿ Saco la tierra ?

— ¿ Maní ? ¿ Maní caliente ?

— ¿ Empanadas, señor ?

— ¿ Un automóvil ?

Uno solo de los innumerables ofrecimientos que gritan los chicuelos despierta por igual la atención de los *patos*:

— *¡ La Revista !*

Es decir: El programa para la siguiente reunión.

WAMBA.



JUNIN. — Team Junín: Señores Ania, Martignoni, Trejo, Ogna, Trinca, León, MacCourey, Davones, Jáuregui, Peralta y Ferraresi.



ESPERANZA. — Team Argentino: Señores Nicetri, Nihoul, Antomy, Pavanni, González, Smitendorff, Borla, Renaldo, Sanchat y Mathieu.



ESTACION ABASTO (F. C. S.). — Team Abastense Argentino: Señores Lastei, Jaca, López, Altabegoytia, Campanera, Villalba, Hernández, Havas y Larcinaga.



RUFINO. — Club Atlético Sarmiento: Señores A. Genero (capitán), Pashetta, Durini, Lemenato, Delabio, Urbanejo, Bertonesi, Arrues, Fregorri y Pizarro.

Fots. Cuenín, Espelli y Della Mattia.


EL CIGARRILLO
DE
CALIDAD
IDEALES
HABANO SUPERIOR
SIN PALO

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

PBT

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. Buenos Aires, 9 de enero de 1918 N.° 685.

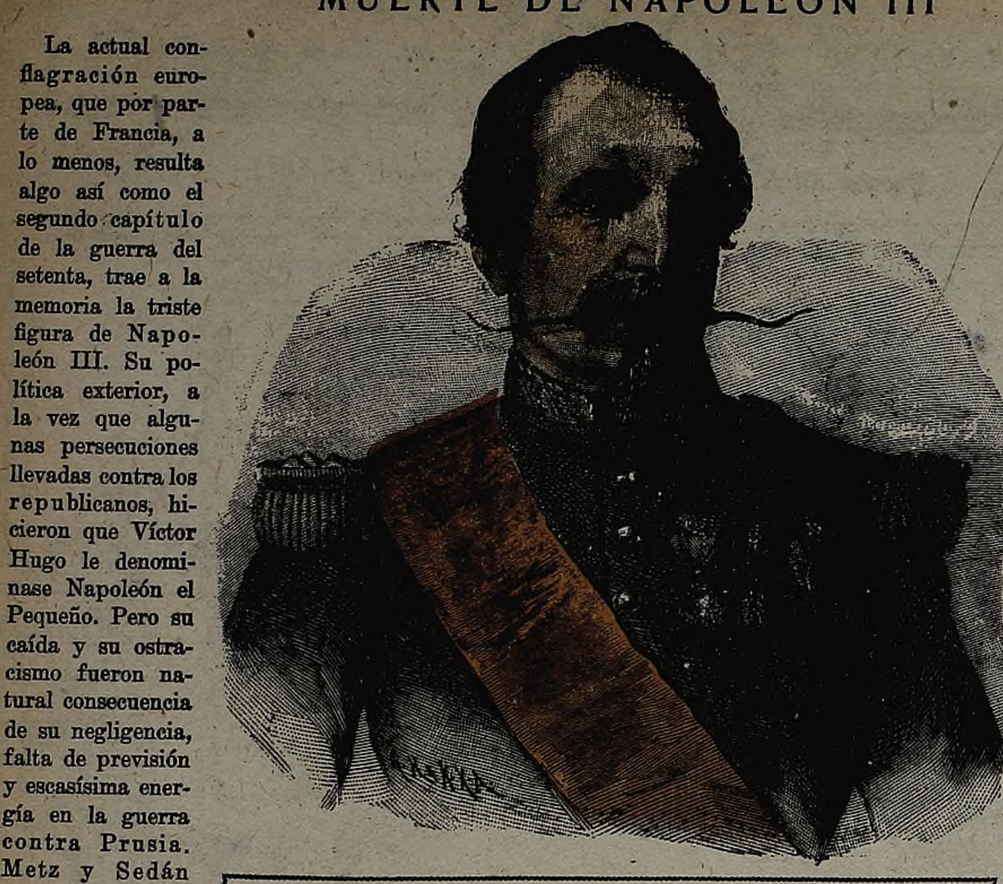


EL CHOQUE DE AUTOS OFICIALES

Cantilo. — No sé a qué atribuir mi suerte: ¿será porque soy interventor o será porque soy religioso?
El chauffeur. — Será porque es interventor, pues yo también soy religioso, y *manye* cómo me he *quedao* del dedo!

MUERTE DE NAPOLEÓN III

La actual conflagración europea, que por parte de Francia, a lo menos, resulta algo así como el segundo capítulo de la guerra del setenta, trae a la memoria la triste figura de Napoleón III. Su política exterior, a la vez que algunas persecuciones llevadas contra los republicanos, hicieron que Víctor Hugo le denominase Napoleón el Pequeño. Pero su caída y su ostracismo fueron natural consecuencia de su negligencia, falta de previsión y escasísima energía en la guerra contra Prusia. Metz y Sedán echaron por tierra la corona imperial, que, sesenta y seis años antes, Napoleón I levantara con su genio militar.



Napoleón III, emperador de los franceses.

Expatriado en Chislehurst (Inglaterra), Napoleón III, acompañado de la emperatriz Eugenia y del príncipe imperial, pasó dos años, quizá lamentando sus errores, hasta que llegó el momento de descender a la tumba, como aconteció el 9 de enero de 1873. Todavía no ha llegado el momento de juzgar sus actos como gobernante, porque si bien el desastre de 1870 se debe en gran parte a él, su carácter generoso y elevado, como asimismo los esfuerzos que hizo para asegurar el bienestar del mayor número, con objeto de afirmar la prosperidad moral y material de Francia, le colocan, en medio de sus graves errores, entre los gobernantes no mal intencionados.

A pesar de las probabilidades de buena intención, se ha dicho, no obstante, que en los últimos días de su vida deliraba, lamentándose de haber llevado a Francia al desastre del setenta, que si bien no fué provocado por él, podría haberlo evitado, entorpeciendo a la vez los planes de Bismarck.

Mucho más triste hubieran resultado los últimos tiempos de Napoleón III, si hubiese sospechado que Prusia aprovecharía la oportunidad que se le presentaba, no sólo para engrandecer y llevar al más alto grado su poderío militar, sino que con ello aspiraría a la hegemonía política sobre el mundo entero, tal como lo han venido predicando sus sociólogos, juristas, historiadores y militares. Porque si pesar motivan las faltas y errores cometidos, muchísimo más se intensifican éstos cuando las consecuencias de las faltas y errores llegan a ser causas, aunque lejanas y no únicas, de la más grande y destructora guerra que se registra en las páginas de la historia.

Napoleón III, pues, bajó al sepulcro con la relativa felicidad, de no haber vislumbrado el sacrificio enorme que cuesta a Francia, en vidas y bienes, para deshacerse los entuertos que él hizo y reivindicar el derecho que los hijos de Alsacia y Lorena tienen de llamarse franceses.

Pasarán los días y los años de trabajo, esfuerzo y sacrificio, se olvidarán los tristes momentos de destrucción y muerte, para recordar que Francia marchó hacia la victoria, sostenida por el valor y el patriotismo de sus hijos; pero siempre volverá a la memoria de los franceses el desastre del 70 bajo el imperio de Napoleón III, donde todo se perdió, menos el valor, el patriotismo y el honor de Francia.

Después de 47 años, cuando ya ha pasado la hiriente y dolorosa impresión de los desastres de Sedán y Metz, y los padecimientos sufridos en el sitio de París, no es posible olvidar la malhadada persona de Napoleón III. Su recuerdo se aviva, y vuelve a surgir en la memoria, porque en los actuales momentos Francia hace ingentes sacrificios para reparar los errores de su último emperador, saliendo, a la vez, y de acuerdo con el genio de sus hijos, en defensa de la libertad y el derecho de todos los pueblos de la tierra. Nada menos se podía pedir a los herederos de quienes donaron al mundo, como sagrado tesoro político y social, *la declaración de los derechos del hombre.*

Al cumplirse hoy los 45 años del día en que Luis Bonaparte, emperador de los franceses, bajó a la tumba, olvidado en el destierro, y hasta execrado por la mayoría de sus conciudadanos, aceptemos que los males que produjo fueron fruto de sus errores más bien que mala intención o perversidad egoísta de su parte. Nadie ha probado, por otra parte, que las faltas de Napoleón III no fueron del círculo cortesano que le rodeaba, ni que para nada intervino en el desastre del 70 el egoísmo y la enemistad de Bazaine y Mac-Mahon.

JUAN MAYO.

Disidencias

(CARTAS A LA AMADA)

Laura: Tu carta me ha producido el efecto de un rayo. Unes a tus reproches tímidos, a tus llorosas protestas, arranques violentos, recriminaciones duras.

Cuando concluí de leerla, quedé largo rato sumergido en hondas reflexiones, sumido en un abismo de dudas.

Sentía cierta pesadez, cierto sabor amargo. Ganas furiosas de reir e irresistibles deseos de llorar.

A una idea alegre y consoladora se sucedía otra negra, y, por instantes, me parecía que mi cerebro iba a estallar.

Después de mucho cavilar, he hecho esta deducción: no eres la mujer que soñé, que creía encontrar en ti.

Un momento: no me condenes, no me recrimines. Sigue leyendo.

Al escribir la fatal conclusión, lo hago con el profundo convencimiento de que no cabe otra. No quiero decir que eres imperfecta. No. Eres, simplemente, distinta del ideal que acaricio. Muy posible es que seas demasiado perfecta para mí. No busco una perfección que, por lo demás, no existe, sino una mujer que llene mi corazón y mi cerebro.

Esa violencia de que haces alarde, quizá sin comprenderlo bien, me encantaría si fuera provocada por otros motivos. Ese orgullo inconcebible, que todo lo pospone a él, nacido al calor de prejuicios absurdos, me subleva.

Quiero una mujer orgullosa, pero con el orgullo de la bondad y la virtud, de la inocencia y la pureza; que veneno, demasiado tengo yo. Quiero una mujer apasionada, no violenta.

Tus ímpetus de enamorada me dejan frío. Tus celos infundados se me antojan falsos. No alcanzo su consistencia y no los comprendo. Son impulsos de niña mimada, no de mujer amante.

El continuo relumbrar de tus riquezas y el brillo de tu nombre, en los que, perdóname la franqueza, para nada has intervenido, te revelan vana, frívola. Veo que te enorgulleces, más que de mí mismo y de mi amor, del apellido que llevo, que yo, por otra parte, me avergüenzo de poseer sin contribuir a su lustre, o, por lo menos, a justificarlo.

El cuidadoso empeño que pones en encuadrar escrupulosamente tu conducta a los convencionalismos sociales, me induce a pensar que te ocupas demasiado de los demás y poco de mí y de tus propios sentimientos. Estos, cuando son profundos y sinceros, cuando llenan con su intensidad un pecho noble, no se detienen en pequeñeces que los oprimen y achican. No se supeditan más que a sus solas órdenes.

No mueves tú un dedo, no pronuncias una palabra que no esté de perfecto acuerdo con los reglamentos y normas de la sociedad. Eso, que te agranda ante ella, te empequeñece a mis ojos. Te coloco en la alternativa de elegir entre ambos, y sé que la preferirás. Sé que preferirás los goces insubstanciales que ella te brinda a los menos brillantes pero más elevados que yo podría proporcionarte si me amaras y nos comprendiéramos.

Eres una esclava de la vida mundana, en la que no hay términos medios: o se encenagan en el libertinaje o se convierten en autómatas que no viven más que para el prejuicio.

Te preocupas extremadamente de deslumbrarme con tus innúmeros vestidos y joyas, o con la relación de tus costosas diversiones. Ofendes mi pobreza y me apenas, no porque no me encuentre en condiciones de proporcionarte todo eso, sino porque no comprendo la satisfacción que pueden llevar al espíritu semejantes frivolidades, es decir: la concibo en cabecitas que no me merecen atención alguna.

Esto que he venido acumulando en el tiempo que han durado nuestros amoríos, se ha visto colmado por la carta que me enviaste ayer.

Nada podrá ya revivir las impresiones del primer momento. Hemos concluído. Tú, olvidarás pronto. Yo, quizás tarde en borrar tu recuerdo. En mí arraigan muy profundamente los sucesos... del pasado. Tu amor ya no es para mi corazón más que una vaga añoranza... muy querida, eso sí.

C. A. LOPEZ BLOMBERG.

Dib. de Soldati.

PA QUE APRIENDA



—¡Qué vergüenza si te viera tu finadito padre con esa ropa! ¿No te d'asco? Tu padre murió peliando con la policía, y vos, ni bien has largao la teta, ¡sas!... ¡de vigilante! ¡Lindo modo de honrar la memoria de tus mayores!

¡A mí cómo no me va'doler, che!... Quisiera que te me hubieras presentao juyendo de la policía porque habías robao —q'es lo último— y no con uniforme de milico. ¡Salí de ay, hombre! Debía darte vergüenza y no presentarte delant'e tu tía.

Después de este *rosario*, se levantó doña Manuela y salió al patio en son de protesta, dejando a su sobrino con la cara encendida y la vista clavada en la punta de las botas milicas, gruesas y largas hasta el fin de la pantorrilla, pero brillonas por efecto del betún.

—No li hagás caso a mama, Jacinto. ¿Qué tiene que ver lo q'era tu padre? ¿No es cierto?—le dijo Asunción, viendo la difícil situación en que había quedado su pretendiente con el collar de apóstrofes que le había puesto al cuello doña Manuela.

—Sí, es claro... ¿qué tiene que ver?...—contestó el mozo, sin poder disimular la turbación que le había producido, no tanto el reproche de su tía, como el haberse visto reprochado en presencia de Asunción, pues no era hombre que se avergonzara ni sintiera arrepentimiento por su acción claudicante, en pugna con la integridad gaucha que sostuviera toda su vida su padre con la punta del facón.

El desconocía esa vida.

Hijo de gaucho, cuando vino a la ciudad, donde todo le era hostil y donde había que ocuparse en algo para satisfacer las exigencias del estómago, entró de mayoral en una empresa de tranvías, luego fué cochero de plaza, carrero, changador; recorrió toda la escala de oficios callejeriles. Ultimamente, cuando se comprometió con su prima Asunción, manejaba una *victoria* particular. Pero la familia se ausentó, y quedó sin trabajo.

El medio en que durante varios años actuara había transformado las costumbres austeras traídas del campo, y el mocetón que, a su llegada a la ciudad, miraba con desconfianza innata al policiano, hoy, pervertido por efecto del roce continuo con la gentualla callejera, habíase convertido en un elemento apropiado para desempeñar las funciones más viles.

Cuando le propusieron la plaza de agente de policía, no vaciló; sin embargo, por un fondo de delicadeza que aun quedaba en él, le habló del asunto a su prima; ésta, como toda novia de veinte años, no estaba para escrúpulos, y no halló nada que objetar al respecto; al contrario, se manifestó encantada, tanto por el empleo, que, en su opinión, tenía gran significación social, como porque aquel puesto le aseguraba el matrimonio para en breve. El le había hablado de algunos recursos con que contaban los agentes que «no eran sonsos»: los ebrios saben llevar dinero en los bolsillos... y hay algunos que prefieren dar una buena propina a caer en un calabozo. Aquélla era una fuente, si no segura, por lo menos probable.

Pero aquel día en que por primera vez iba a casa de su prometida metido entre la librea de la benemérita—en donde quedaba como un pie grande en un zapato chico—y sintiendo como una oleada de superioridad que le subía a la coronilla al ver brillar el sable tieso a su izquierda, no pensaba Jacinto en el recibimiento poco amable que le reservaba su tía y futura suegra. Jamás hubo imaginado que aquella *evolución* en su vivir pueblero no fuese aceptada por su parienta.

—Sí, es claro... ¿qué tiene que ver?...—había respondido por decir algo delante de su novia y para no aparecer como aplastado por el responso de su tía.

—¿Qué tiene que ver?... ¡Sinvergüenza!

Y la criolla, que desde el patio había oído la pobre justificación de su sobrino, entró violentamente y, cuadrándose frente al representante de la autoridad, sin mayores miramientos para la institución del orden y de la seguridad, levantó los puños cerrados al tiempo que le gritaba:

—Estos puños, señor vigilante, no le tienen miedo a ese machete y ese mojoso que tien'en la cintura. Y ya que usté no sabe honrar la memoria de su padre, yo, su hermana, le digo a usté: ¡afuera, milico sarnoso! Y le hago así:—y sonó un formidable sopapo. La mano gorda de doña Manuela, abierta, había caído como una maza sobre un carrillo de Jacinto; éste, que no había previsto el caso, quedó tumbado, pero se incorporó rápido y quiso echar mano al sable; la mano lista de la criolla le tomó el puño y con la otra le dió un empellón que lo echó puerta afuera.

—Y se va prontito de mi casa, si no quiere que agarre la cuchilla e la cocina, le dé unos cuantos planasos y lo desarme... ¡Qué tiene que ver! ¡Yo le vi'a'dar, pa que aprienda!

—¡Pero, mama! ¿Qué hacés? ¡Pobre Jacinto!—lloraba Asunción sin saber a qué atinar en medio de aquella escena.

—Le enseño a ser hombre. Cuando deje de ser milico se casará con usté. Y cuidesé muy bien usté, porque le voy a cortar la trenza y la voy a largar a la calle como caballo inglés.

HÉCTOR MARINO.

EL PASEO DE LA RECOLETA

Las callejas amplias que dan a los jardines de la Recoleta, en estos días estivales tienen un aspecto encantador.

Entre el monocorde acento de las bocinas y el ruido de carruajes, despaciosamente pasean y cruzan los senderos arenosos infinidad de niñas, que alegran con los arpegios de sus risas aquel parque de sones románticos que, bajo horizontes serenos, parece que aviva en los espíritus la emoción.

Pasan como raudas mariposas en una risueña hilaridad, cuando emana la frescura de la arboleda, y la existencia se hace más bella entre aquel laberinto de pájaros que cantan a la estación estival. Sus bellos sombreros ocultan la cascada de sus rizos, que la brisa agita, mientras de sus miradas surge la dulzura que hay en el poema de los ojos de cada mujer.



La gruta, guarecida entre el follaje y acariciada por grandes ramas de viejos árboles, se pierde en aquel lugar sombrío donde no llegan los rayos del sol: está en comunicación con el lago que le sirve de pedestal, y en cuyas aguas quietas flotan las hojas marchitas desprendidas de la arboleda.

Esa gruta tiene su acento orquestal, cuando su torrente de agua clara va despeñándose desde lo alto y al chocar en los riscos abruptos o en las estalactitas, deja un manto bruñido de espuma que, paulatinamente, va cayendo sobre la superficie azul del lago.

Las estatuas, frías, sin alma, como empurpuradas por el sol, cúbrense con el ropaje de las hojas que las cercan, ocultando la pureza de sus líneas que ha concebido el escultor.

Muchas flores ostentan su belleza, y su perfume enervante se expande en los jardines; rosas que esperan las alas del céfiro, después de haber pasado el reinado de Primavera. Rosas rojas y blancas, que tanto alegran esas horas en que un silencio profundo diríase que llena el corazón.



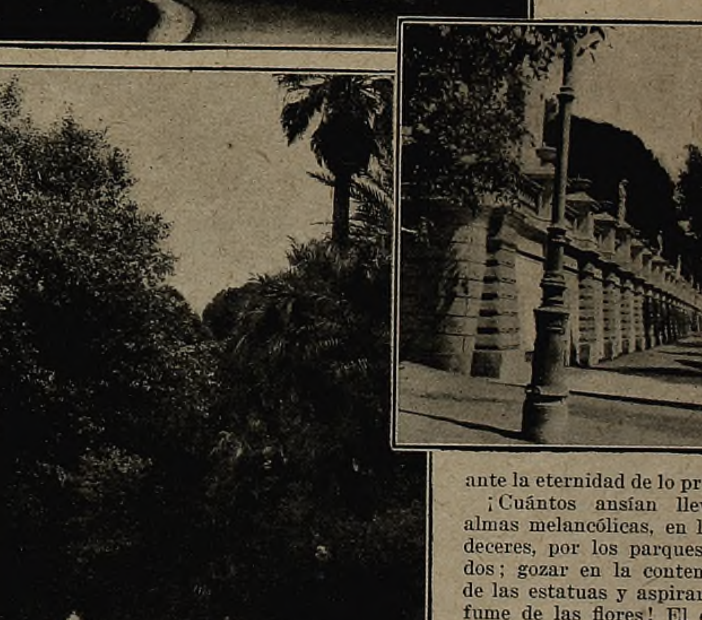
En estas tardes tranquilas en que el parque de la Recoleta tiene una atracción inexplicable, piadosas ninfas y divinas hadas rondan los senderos y luego se ocultan en las frondas.

Tornó el verano, estación del amor y las flores, en que las cantarinas gotas que caen del torrente de la gruta, dejan rumores extraños. Naturaleza vístese con mayores galas; los sueños de los poetas son más ardorosos, y en las almas femeninas que pasean el tesoro de su bondad por las callejuelas, canta un salmo el Amor, fuente de vida.

El cementerio, solo, melancólico, de tarde, cuando el sol hunde su risco en el poniente, parece quitar al parque algo de su idealidad; las altas bóvedas de pequeñas puertas, con sus fachadas góticas, ostentan sobre los muros que las cercan las cruces de mármol, que simbolizan la figura de Jesús.

Si mañana hemos de hundirnos en la nada y dormir nuestro sueño en la soledad de un cementerio, ¿a qué pensar en él?; dejémonos llevar por las glorias de la vida y repitamos aquel verso de Darío:

«El placer de vivir hasta la muerte — y ante la eternidad de lo probable.»



¡Cuántos ansían llevar sus almas melancólicas, en los atardeceres, por los parques olvidados; gozar en la contemplación de las estatuas y aspirar el perfume de las flores! El espíritu, sediento de panteísmo, parece mecerse por las auras y ascender hasta el trono del sol.

FÉLIX B. VISILLAC.

Información gráfica de actualidad



NEW YEAR'S EVE

El comedor del Plaza Hotel durante la fiesta con que las colectividades británica y norteamericana celebraron el advenimiento del nuevo año.

Simbólico cortejo del «Father Christinas» que al dar las 12 de la noche recorrió los salones, siendo acogido con desbordantes manifestaciones de entusiasmo por parte de los concurrentes.

El nuevo ministro de Portugal, señor de Martens Ferrao, acompañado de la comisión directiva del Círculo Social Portugués, donde se efectuó la recepción en honor de aquél.

CIRCULO SOCIAL PORTUGUES

Grupo de distinguidas familias de la colectividad portuguesa, que asistieron a la fiesta social en honor del nuevo ministro de Portugal, señor de Martens Ferrao.



FIESTA VENECIANA EN PALERMO

Concurrencia que presenció las regatas nocturnas en el lago de Palermo, uno de los números de la fiesta celebrada el 29 de diciembre a beneficio del hospital Pirovano.

Alberto Solari, Emilio Schomberg y otros tripulantes de los clubs de regatas de Avellaneda y de remeros escandinavos, vencedores en las regatas nocturnas.

Uno de los palcos, ocupado por las familias de Cigorriaga, Weiss y Fuchs.

PRO OBRA CONSERVACION DE LA FE

Parte de la concurrencia que, en el Frontón Buenos Aires, presenció el festival benéfico organizado por la comisión de damas que preside la señora Emilia Martínez de Pirán.

Los pelotaris que jugaron dos partidos a cesta en el expresado festival: Hermanos Ermúa, Cecilio, Irún, Machín, Ernina, Aizpurúa y Criollito.



HOMENAJE AL DOCTOR ALSINA

En el cementerio del Norte: Piquete de marinería conduciendo la corona del Centro Militar de Expedicionarios al Desierto, que fué depositada ante la tumba del insigne patriota.

El doctor Juan José Araujo, presidente de la comisión de homenaje, haciendo una breve apología del doctor Adolfo Alsina durante el acto conmemorativo del 40.º aniversario de la muerte del ilustre hombre público.

LA NAVIDAD EN EL HOSPITAL DE NIÑOS.

Grupo de enfermitos que presenciaron la representación dada el día 28 por el cuadro artístico del Teatro Infantil Municipal.

Durante la representación de una de las obritas. Fueron intérpretes de los diversos números del programa las niñas López, Aisa, Bedia, Finkistein y Beguerie, y los niños Valenti, Terrible, Lanza, Peralta, López, Franza, Katzen, Mamscalso, Mazzoncini, Brea y González.



ACADEMIA MERCANTIL MERCURIO

Grupo de alumnos recibidos del curso de teneduría de libros, pertenecientes a la Academia Mercantil Mercurio, situada en la calle Rivadavia 2475, que dirige el contador y balanceador público don Cayetano Pagano. Alumnos: señores Vázquez, Cacciatore, Reduzzi, Fernández, Escalante, Santo Nogué, Manghi, Gómez, Courant, Olivera, Montanelli, Arzeno, Meersohm, Vannini, Giorgi, Debais, Olivella y Marcet.

CÍRCULO DE ARAGON

Parte de la concurrencia en el festival artístico con que el Círculo Aragón conmemoró la entrada del nuevo año.

LOS ASPIRANTES A OFICIALES

Grupo de aspirantes a oficiales de la reserva, en el cuartel de la calle Pichincha, disponiéndose a someterse al reconocimiento médico para su ingreso en filas.

CÍRCULOS DE OBREROS

Delegación de conferencistas populares de los Círculos de Obreros, presidida por monseñor de Andrea, después de presentar sus respetos al arzobispo monseñor Espinosa, quien aprobó la propaganda pública y permanente que dichos centros vienen realizando, con carácter exclusivamente social. En 1917 se celebraron doscientas asambleas, pronunciándose quinientas noventa y seis conferencias.



Comida a ciento cincuenta pobres, dada por el Ejército de Salvación, el día 26, en su local avenida Sáenz 923.



Cuadro plástico «Europa desolada», en el festival celebrado por el Círculo Central de Obreros a beneficio de la Obra de Hermanas de la Misericordia.



Público que presenció la velada que en el Cine del Plata llevó a efecto el Círculo Social General San Martín.



Durante la matinee celebrada el 30 en el salón Giuseppe Garibaldi por el Centro Unión de Dependientes de Comercio.

TORNEO DEPORTIVO



Un buen salto a la garrocha.



La tribuna oficial en el torneo organizado por el Club Sindical de Empleados.



Abelardo F. Piovano y Eduardo Albe, ganadores de las carreras de cien metros y cien yardas, respectivamente.



Bombardeo a las trincheras, divertido número de actualidad que entretuvo agradablemente al público.



Teams Chacabuco y Centenario, que jugaron un partido de pelota a cesta, ganando el primero por dos tantos a uno.



ESCUELA NORMAL DEL PROFESORADO DE LENGUAS VIVAS.

Alumnas que han obtenido el diploma de profesoras: Señoritas Costa, Rodriguez, Ortelli, Arsalini, Magariños, González, Bonas, Cora, Goristidi, Berra, Viñuela, Ibarreta, Fornasi, Samengo, Núñez, Beranger, Polinelli, Licastro, Canoza, Barlier, Fresia, Zabalegui y Masera.

ESCUELA PROFESIONAL NUMERO 1.

Grupo de alumnas del Colegio de la Misericordia diplomadas en la Escuela Profesional número 1, de profesoras de dibujo, pintura y labores: Señoritas Flesia, González, Malugani, Lugano, Lineno, Padilla, García Becerra, Bernard, Cúneo, Elía, Bassi Nicora y Comes.

Fot. F. Bixio y Cía.

COLEGIO NACIONAL BUENOS AIRES.

Banquete celebrado el día 21 de diciembre en el Londres Hotel por los bachilleres egresados recientemente del citado Colegio Nacional.

COLEGIO CALASANZ

Nuevos bachilleres: Señores Rancese, Biscayart, Pintos, Galmarini, A. Crises, Ponisio, Fernández, di Vita y Mordeglia.



Team del Club Fortunato Delrío, campeón de segunda división en la Federación Comercial de Football.



Team Almagro, campeón de segunda división en la Asociación Argentina de Football.



Parte de la tribuna oficial. — Dirigentes y familias.



R. Pepe, del C. Racing, notable half.

Virtu Bidone, guardavalla del Club Ministerio de Agricultura.

Croce, Castagnola, Reyes y Vivaldo (defensa de Racing).

Con los partidos jugados el 30 del pasado, se dió por concluído el campeonato de football.

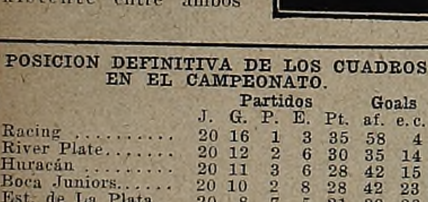
El más importante de dichos partidos fué el de Independiente v. Racing, venciendo el primero por un goal a cero.

Debido a la rivalidad existente entre ambos clubs, la lucha atrajo numeroso público. El referée, señor Palma, correctísimo. En la defensa se distinguió el guardavalla Míguez, siendo calurosamente aplaudido al atajar el penal, con lo que dió el triunfo a su team. En toda la temporada, la única derrota de Racing fué la de este match.

* Después de una meritoria campaña, ha obtenido el honroso título de campeón de segunda división, el team Fortunato Delrío, afiliado a la Federación Comercial de Football.

Igualmente el de segunda división del club Almagro se ha clasificado campeón, después de derrotar al poderoso equipo del club General Mitre.

P. Y.



POSICION DEFINITIVA DE LOS CUADROS EN EL CAMPEONATO.

	Partidos					Goals	
	J.	G.	P.	E.	Pt.	af.	e.c.
Racing	20	16	1	3	35	58	4
River Plate.......	20	12	2	6	30	35	14
Huracán	20	11	3	6	28	42	15
Boca Juniors......	20	10	2	8	28	42	23
Est. de La Plata..	20	8	7	5	21	29	28
Estudiantil Porteño	20	6	5	9	21	26	26
Sportivo Barracas..	20	6	5	9	21	25	21
San Isidro........	20	7	7	6	20	31	35
Independiente	20	7	7	6	20	28	24
G. y E. de La Plata	20	4	5	11	19	18	23
F. C. Oeste.......	20	6	7	7	19	18	24
Columbian	20	8	10	2	18	18	37
Porteño	20	7	9	4	18	20	30
S. L. de Almagro..	20	6	8	6	18	29	27
Platense	20	4	7	9	17	21	26
Tigre	20	6	10	4	16	23	36
Arg. de Quilmes...	20	6	10	4	16	21	37
Atlanta	20	6	10	4	16	29	41
Estudiantes	20	6	11	3	15	24	31
Gimnasia y Esgrima	20	4	12	4	12	23	44
Bánfield	20	4	12	4	12	17	33



Los hermanos Perinetti.



CUENTOS DE LA GUERRA

LA VUELTA DEL PRISIONERO

Atardece. Y mientras los compañeros fuman despreocupados, satisfechos de atravesar los campos de la patria, Jean Bergé, junto a la portezuela del vagón, siente la atroz congoja desgarrándole el alma.

Es en vano que, ante sus ojos amustiados, sonría la campiña. Surge de tiempo en tiempo un pueblecillo pintoresco; recortánse colinas y bosques en el horizonte de plata, que tiñe un glorioso crepúsculo autumnal. La tierra, fecunda y cultivada, parece henchirse de gozo, hablando a los soldados que retornan:

—¡Bravos hijos de Francia: a vuestro esfuerzo heroico se debe el que los invasores no hollaran este suelo!

«¡A vuestro esfuerzo!»—repite Jean, exceptuándose con amargura. Porque en aquella resistencia triunfal él tuvo poca parte.

¡Adverso sino, cien veces más odiado que si le hubiera correspondido caer maltrecho en un combate!

*

Capturáronle a las pocas semanas de principiar la guerra. Fué junto al Aisne, en una posición avanzada. Por dormirse, haciendo servicio de centinela, los alemanes coparon todo su destacamento. ¡No podía perdonarse aquello! Pero es que una quincena soportando el frío, el agua y la fatiga lo rindieron como a un decrépito.

¡Sufrió tanto en el campo de concentración!

Sabiéndole herrero, los alemanes pusieron bajo su custodia una fragua. Lo trataban con esas consideraciones a que se hace acreedor todo individuo útil.

Viéndose mimado entre los enemigos, Jean Bergé pensó en su padre, un veterano a quien fué preciso amputar ambos brazos en la campaña del 70. El inválido, despidiéndolo en Pau, le dijo concluyente:

—No te pido que vuelvas: reclamo que seas digno de mí.

*

¡Si al menos lo hubiera acribillado una de aquellas granadas explosivas de los «boches»!...

Pero no: volvía intacto, casi rozagante, a pesar del sufrimiento. Volvía sin pelear. E imaginaba algo que se le antojó cien veces más horrible que todo cuanto viera en la guerra: el momento en que aparecería ante el padre, que iba a maldecirle, alzando, como un testimonio irrecusable, sus trágicos muñones de sacrificado.

Lloró. Con tanto desconsuelo lloraba, que los compañeros viéronse en la necesidad de recluirlo dentro del compartimiento.

—¿Acaso te entregaste tú?...

Silbó la locomotora. Huían vertiginosos los sembrados, esos sembrados únicos de Francia, donde cada huerta se diría un jardín. Alzábanse gallardas las geométricas techumbres de las granjas. Mujeres de luto iban incansables tras el arado, del que tiraba, como antes de iniciarse la guerra, un sufrido percherón...

*

Cuando desciende en el andén, es entrada la noche. Nadie lo espera, a nadie comunicó su arribo...

Jean Bergé bendice esta obscuridad que impide le reconozcan los vecinos con los cuales se va topando. De lo contrario se le hubieran mofado en sus barbas:

—¡Este supo entenderla!

Otros vomitarían sarcásticos:

—No fué como nuestro hijo, nuestro hermano y nuestro padre, que perdieron la vida ingenuamente.

Maldeciríanle también.

La actitud del genitor, a quien sabe intransigente, fanático de puro patriota, le atemoriza, le obsede...

Avanza despacioso. Treman las luces del suburbio. Las piernas le niegan su sostén y tiene que apoyarse en las paredes.

*

Siente en el corazón un férreo sacudimiento. ¡Su casa! El umbral parece más sórdido al empujar la puerta, que vuelve a cerrarse con estrépito.

—¡Padre mío!... ¡Madre!...

Como un trueno elévase una voz fiera y amenazante:

—¡Vienes sin gloria!

Y una viejecita, débil y emocionada, llora con alegría:

—¡Hijo!... ¡Hijo de mis entrañas!... ¡Vienes con vida!

Vicente A. SALAVERRI.

UN HOMBRE VULGAR



LES veía a diario en el amplio paseo que bordeaba el río como una prolongación de la tranquila existencia provinciana. Una misma afición a la soledad nos llevaba todos los días, hacia la hora del crepúsculo, a discurrir por aquellas alamedas umbrosas que dejaban oír entre los álamos blancos un grato rumor de agua; la campana solemne de la catedral sonaba luego a nuestra espalda un tañido misterioso, diríase agorero, de la noche que rodeaba a la ciudad por los horizontes persiguiendo a los últimos resplandores del sol.

Ella era aún joven; los cuarenta años no habían llevado a su cuerpo el sello de esa madurez femenina que empieza a hacer pensar en el respeto; él constituía un tipo admirable de español clásico, algo de lo que hubieran sido en la vida los personajes de Lope y de Gabriel Téllez: una apostura firme lucía los arrestos de su buena edad, y al mismo tiempo cierta petulancia, no desprovista de distinción, prestaba a su porte caballeresco una atractiva simpatía.

Pero sobre todas sus cualidades aparentes, le caracterizaba la afabilidad incesante que tenía para su compañera en todos los instantes y con todos los motivos; era extraño ver a aquel matrimonio, lejos de las vehemencias juveniles, buscar los paseos solitarios y perderse a lo largo de sus alamedas sombrías, enlazados por los brazos como lo hubieran hecho en los primeros meses de su amor. Y tanto más extraño, cuanto que ella no parecía haber poseído nunca una belleza que justificase el entusiasmo; su cara venía a ser uno de esos rostros vulgares, poco animados, a través de los cuales fuera empeño vano buscar un destello de la vida anterior.

Yo tenía referencias de la vida anterior de éste, merced a una antigua amistad que largo tiempo le unió con mi tío durante la época de estudiantes y aun el primer ejercicio de la carrera, y aquellas noticias le acreditaban como hombre voluble y triunfador, inflexible en cuestión de mujeres, como el que, sabiéndose amado de muchas, se cree en el derecho de escoger. Tales antecedentes me hicieron juzgar aún más raro aquel amor, victorioso de la edad, para una mujer cuyo físico distaba de ser bello, y cuya sociedad era quizás poco agradable. Sin embargo, aunque ya nunca hubiera turbado aquel idilio perenne a que me hacía asistir todas las tardes mi afición al campo, y en especial hacia el solitario paseo de los álamos, día llegó en que las circunstancias me facilitaron el trato con él, y una alusión a su antigua amistad con mi familia contribuyó no poco a granjearme la de aquel hombre, a la vez orgulloso y rendido, como pudiera serlo un león que pareciese domesticado.

Durante las escasas horas que diariamente se veía obligado a robar a su mujer para cumplir los más ineludibles deberes de funcionario público, los cuales, por otra parte, procuraba disminuir todo lo posible, yo concurría frecuentemente a su despacho de jefe de negociado para pasar en amigable conversación aquellos largos ocios, también de jefe, que debía soportar no obstante junto a su mesa, en espera de la hora oficial. Hablábamos de arte, de países lejanos, de mujeres, tema inagotable en la vida anecdótica de mi amigo; su conversación era agradable y sincera; su gracejo, natural y sin afectación, presentaba en él al hombre versado como pocos en los secretos del vivir, y la suave ironía con que hablaba del amor añadía un misterio más a los que yo presentía en el secreto de sus entusiasmos conyugales.

Un día, un claro día de primavera, en que penetraban raudales de luz por el amplio balcón de la estancia, y en cuyo día, evacuados todos los asuntos, aguardábamos como tantas veces la hora de salir, disfrutando el beneficio del sol, tuvo un cruel escepticismo para la historia de un amigo enamorado que anunciaba por fin su boda tras una ruda lucha y una serie incesante de sinsabores. Yo no dejé escapar aquella ocasión, y le salí al encuentro.

—¡Alto ahí! —le dije; —no tiene usted derecho a no creer en el amor, y menos aún en sus ventajas.

—¡Bah!... ¿Y por qué no?

—Porque usted es quizás uno de los pocos hombres que pudieran servir de argumento en pro del matrimonio.

Mi amigo sonrió mirándome un instante, y sacudió la ceniza del cigarro, uno de aquellos buenos cigarros con los cuales alegraba sus horas de oficina.

—Vaya, vaya... —dijo luego; —resulta usted un observador.

—¿Y cómo no? —insistí yo, decidido a descubrir algo del misterio. —Todo el mundo lo sabe, y es usted el ejemplo que se pone hoy a muchos maridos, como su señora la envidia de tantas damas casadas, aun más jóvenes que ella.

Nuevamente sonrió mi amigo en silencio. Yo conocí que la confidencia rondaba en aquel momento su interior, a punto de salir, y veía transparentarse su semblante con una luz de sinceridad. Por fin, y sin mirarme, habló:

—Ya ve usted... Pues si a pesar de eso yo le dijera que no he amado nunca...

Yo repuse espontáneamente:

—Sería increíble, sería sólo una frase de usted para seguir dudando de los demás.

—Nada de eso, mi querido amigo; sería la verdad, aunque una verdad que sólo sabemos usted y yo. No he amado nunca... Vamos, he amado antes fácilmente, fugazmente, amores de aventura. ¿Me comprende usted? Pero nada más.

—Pero... ¿y su matrimonio... su esposa... lo que vemos todos?...

Miró mi amigo en rápida ojeada hacia la puerta y, como quien arranca un secreto arraigado, confesó, bajando la voz un tono:

—Yo no he querido jamás a mi mujer... Pero he sabido hacer que lo crea y aun que sea envidiada. A usted le extrañará —prosiguió tras una pausa de esas que a cada momento cortan como dudas la corriente de la sinceridad, —le extrañará, conociendo mi historia y mi carácter, no ya el sorprenderme en el desempeño de esta comedia, mentira al fin piadosa para una mujer unida a mí por toda la vida, y con derecho, pues, a ser amada, sino precisamente hallarme unido a ella en tales condiciones. Creerá usted en algún móvil interesado que me llevara a la boda; en algún desencanto posterior a mi matrimonio; en alguno de esos errores del corazón, que tantas veces nos engaña... Pues bien, ninguna de esas hipótesis le pondrá en posesión de la verdad: mis puntos de vista nunca me hubieran permitido sacrificarme al interés, y, por otra parte, nunca me creí enamorado de mi mujer, ni siquiera atraído por su físico, porque, hablando sinceramente, no fué nunca bella; y yo, sin embargo, implacable censor de las mujeres, me casé con la que menos me gustaba, sólo por creerlo un caso de conciencia.

—Es interesante... —dije yo, deseando escuchar una explicación de mi amigo.

—No —repuso éste —es un episodio vulgar, banal por completo. ¡Cuántas veces causaremos daño irreparable sin detener siquiera la atención. Sólo resulta curiosa la solución que yo tuve para aquel episodio, y es curiosa porque la generalidad de los hombres no tienen el valor de recoger el tanto de sus culpas.

Mi buen amigo, transfigurado por la clara expresión de confianza, que había llegado a animar su rostro, parecía otro en la aureola de sol que dibujaba la vidriera. Era, en efecto, una alegre mañana de esas que convidan a la sinceridad, porque hacen más pesados los secretos bajo el triunfo del sol y de la vida.

—Yo conocía a Margarita —comenzó a referir —por ese trato insubstancial de amigos, tan corriente, y sin que ningún indicio pudiera hacerme presumir que las circunstancias de un momento lograran hacer de ella mi mujer. Su cara, que sin ser repulsiva, no atraía tampoco; mi volubilidad eterna, que era mi historia, y mi firme decisión de no sujetarme jamás a los vínculos estrechos del matrimonio, eran causas más que suficientes para frecuentar su trato, en las visitas a que ambos concurríamos, con la tranquila afabilidad del hombre indiferente y seguro. Pero aquel momento llegó. Margarita había concertado de la noche a la mañana sus relaciones con un joven de buena posición y de formalidad probada; yo no lo sabía ni nadie se cuidó de decírmelo; así fué, que apenas la conversación me ofreció tema para deslizarle una broma, como tantas que me permitía siempre con todas mis amigas, no vacilé, aun en presencia del novio, a quien yo no conocía, en dedicarle uno de tales forzados rasgos de ingenio, en los que se prescinde a veces de toda conveniencia, aunque generalmente, en virtud de la confianza, son bien acogidos por las mujeres. Fué una broma si se quiere atrevida, principalmente porque se prestaba a una interpretación dudosa respecto a su formalidad, pero repito que no fué en ningún modo exceso de palabra.

Ella contestó seria; pues, en efecto, las circunstancias tan

especiales hacían impertinente aquel humorismo, y yo, claro es, me apresuré a excusarme, algo confuso, pero el mal estaba hecho: el novio, cuyo talento no era tan claro que distinguiese una genialidad banal de una ironía intencionada, habíase tornado serio; la amistad mía con Margarita, más antigua que la suya, le hizo atribuirme el conocimiento de noticias que él no poseía, y sobre ese tema tuvieron aquella noche una discusión agria, que terminó con la ruptura total en el siguiente día.

Todo esto, naturalmente, pasó para mí inadvertido, como pasarán tantas veces los efectos de nuestras genialidades, como pasa la muerte de la hormiga que aplastamos con el bastón; pero no faltó una cariñosa amiga que me descubriera prontamente el secreto, manifestándome la parte principal que, aunque inconscientemente, había tenido yo en la brusca terminación de aquellos amores. Créame usted, la indiscreción de esta amiga fué para mí rayo de luz que vino a iluminar mi conciencia, y merced a él, una obsesión para se apoderó de mí, señalándome culpable de un crimen así, de un crimen nada menos. Ya he dicho antes — prosiguió — que Margarita no fué nunca bella, y ahora le añado que no tenía fortuna; su primera juventud había transcurrido entre la más perfecta indiferencia de los hombres; sólo aquél había fijado sus ojos en ella, y yo acababa de ahuyentarle con una broma estúpida. No podía apartar de mi pensamiento aquella acusación, que llegó a preocuparme poderosamente. Yo he sido un hombre voluble, presuntuoso, fatuo si usted quiere, pero he tenido el punto débil que tarde o temprano debía entregarme, y ha sido mi conciencia; al hombre de conciencia yo le llamo hombre de honor, pues no he dado con otra definición más sólida para esta cualidad tan poco precisa. Y en aquella ocasión me declaré que mi conciencia en buena justicia me imponía la reparación del daño, ojo por ojo, hombre por hombre. No fué necesario más; yo hablé secretamente con Margarita, fingiendo por vez primera en mi vida un amor tranquilo, un amor permanente, como cuadraba a la pacífica existencia que había de ser en adelante la mía; procuré destruir con frases sinceras la desconfianza que mi pésima fama pudiera inspirar, y aun logré hábilmente — sin hablar de mi nefasta broma — hacerla parecer un torpe recurso puesto en práctica para separar de ella a aquel hombre. Después de todo, yo había tratado mucho a las mujeres, yo había dedicado largos años a observar con toda tranquilidad a mis amigas, y el día que yo me propusiera emplear en convencer a una todos los frutos de mi observación, tenía que lograr el triunfo. Margarita, en fin, quizás por un instinto de rehacer su porvenir, quizás por la inevitable vanidad femenina de reducir a su amor un hombre considerado generalmente irreductible, cedió pronto a mis requerimientos, y, con asombro de todos, unimos para siempre nuestra suerte en aquel mismo año: Margarita, creyéndose la mujer más amada del mundo; yo, por mi parte, decidido a que siempre lo creyera. De esto hace diez años, y hoy es el día en que no sólo ella, sino todos los demás, lo creen.

— Y ¿no ha sentido usted nunca vacilar su decisión, flaquear a veces su voluntad, al fin humana?

— ¡Oh!... — respondió mi amigo bajo la repentina conmoción de sus recuerdos. — No sabe usted cuántas variaciones y cuántas añoranzas y cuántos latigazos rudos del instinto he dejado crecer en plena libertad... Usted lo ha dicho: al fin humano... Pero no sólo se puede mortificar y dominar el cuerpo en el desierto; yo lo he conseguido en la vida corriente, delante de todos los atractivos que la casualidad me quiso ofrecer... Al fin, es una restitución: yo no sé toda la felicidad que aquel hombre le hubiera proporcionado, y tengo, por lo tanto, cierto deber de hacerla más feliz que nadie lo sea. Le conozco bien, y sé que no hallará pueril esto de seguir el humor a la conciencia; por eso es usted el primer confidente de este pequeño secreto que guardo a mi mujer.

Mi amigo, siempre sonriente, se había levantado; su apostura, bien conservada, de dibujaba sobre el papel obscuro de la estancia como la de un Tenorio o la de un Montemar; sólo en su rostro había una expresión apacible de alma limpia, de serena firmeza, que no debieron poseer los héroes de la aventura.

— En fin — terminó, — es ya la hora y voy a buscar de nuevo a mi mujer. La pobre no conoce ningún retraso mío, y tiene, pues, derecho a verme llegar con el postre y las golosinas de siempre. ¿No se lo dije?... Todo ello resulta al cabo muy vulgar.

Ricardo **DONOSO CORTÉS.**

CUANDO SE FUÉ

El día que se fué, vino a la alcoba,
tal como yo se lo pedí; traía,
con sencillas guirnaldas adornado,
fresco ramo de rosas y de lilas
— ella sabía que yo mucho amaba
a las rosas, mis flores preferidas, —
y me lo dió con temblorosa mano,
y vi que humedecieron sus pupilas...

Luego, en la silla se sentó a mi lado;
toda la estancia recorrió su vista,
y en mi retrato, que empolvado estaba,
enclavó su mirada, pensativa.

Yo, entretanto, besaba emocionado
aquel ramo de rosas y de lilas,
y pensaba, con íntima congoja,
en la dicha que tan fugaz se iba;
nunca, como esa vez, sentí más honda
ni más aguda la tristeza mía!...

Perder una mujer no es mucha cosa
en el gran escenario de la vida,
donde en constante ingratitud se vive
y se olvidan las cosas más queridas;
pero perder a la mujer amada,
a la mujer que en venturosos días,
sacrificando su virtud más grande,
todo nos lo brindó con hidalguía;
a la mujer que cariñosa y buena
restregó nuestra frente adolorida
y nuestros huracanes y borrascas
disipó con sus besos y caricias,
eso es mucho perder; es perder todo:
¡la esperanza, la fe y hasta la vida!...

Largo rato pasamos en silencio
esperando la amarga despedida,
ella siempre mirando mi retrato,
yo besando sus rosas y sus lilas.

Más tarde, con acento quejumbroso,
entre suspiros hondos me decía:
«Ha sido nuestra historia larga y triste;
mas, ¡qué le hemos de hacer!, ¡así es la vida!
Tal vez nuestra ventura abrió sus flores
en una noche demasiado fría,
y, en lugar de exhalar dulces aromas,
como el ramo de rosas y de lilas,
se quedó, en el jardín de nuestros sueños,
en su temprana floración, ¡marchita!»

Yo la escuché en silencio y pensativo:
y al advertir que enmudecido había,
alcé la vista y, de sus ojos tristes,
pude ver que las lágrimas caían...

Entonces comprendí que era el momento
llegado de la amarga despedida;
y abriendo un libro recargado en hojas
(en donde guardo las memorias mías),
al lado de mi firma quedó escrito
en carácter menudo: «Ana María»...

Después giró una puerta; silenciosa
se alejó la que fué la amada mía;
y al mirarla, ya fuera, por vez última,
pero sólo por tras de las cortinas,
en torrente mis lágrimas rodaron
sobre el ramo de rosas y de lilas.

Era otoño; una lluvia fina y lenta
sobre los mustios árboles caía...

JULIO DIAZ USANDIVARAS.

EL MAL DE NUESTROS PADRES

Era uno de esos días en que el ánimo, contristado por un raro presentimiento, inexplicable en mí, anulaba casi por completo mi facultad de pensar. Estaba perplejo. Las ideas bullían en mi cerebro sin poder coordinarlas, sin poder darles forma. Todas me parecían igualmente insulsas, desprovistas de fondo, insuficientes para un artículo.

Me hallaba en mi mesa de trabajo, haciéndome estas reflexiones, sin apercibir la presencia de un hombre, como de cuarenta años, alto, enjuto de carnes, de mirada penetrante y de rostro pálido, que seguía mis movimientos sin pronunciar palabra.

—¡Caballero! — le dije, incorporándome en mi asiento.

—¿No me reconoces? — contestó, acercándose lentamente.

—¡Alfredo! — exclamé, extendiéndole mis brazos.

—No me hubieras conocido si no hablo — me dijo, sin dejar de abrazarme.

—Tu voz no ha cambiado; sin embargo, tu cara, tu cabello.. Estás viejo, canoso. — En efecto, era él, pero no era el mismo. Los sufrimientos habían transformado de tal manera su rostro, que, ni remotamente, podría yo conocerlo al verle. — ¿Y cómo tú por aquí? ¿Qué es de tu vida? ¿Cuándo has venido?

—Ayer llegué con mi mujer de Europa, y mi primer visita ha sido para ti, para mi mejor amigo.

—¡Gracias! ¡Tanto tiempo que no nos vemos! ¿Te has casado?

—Sí.

—¿Y eres feliz?

—¡Sí! ¡Lo soy! ¡Lo somos! ¡Ella también lo es... después de haber sido muy desgraciados!

Había un fuego en sus palabras, un brillo en sus ojos y una expresión de felicidad y dolor a un mismo tiempo, que me hicieron dudar de su sinceridad por primera vez en mi vida.

—Amigo Alfredo — murmuré más que dije. — Podrán los años haber cambiado nuestras costumbres, tal vez nuestros caracteres, pero nunca nuestros sentimientos. Podrá la nieve que ya empieza a blanquear sobre nuestras cabezas haber enfriado nuestras pasiones, pero nunca nuestra amistad; ella, pues, me autoriza, si la tuya no ha cambiado, a compartir tus penas, si las tienes, o a sentir la alegría de verte dichoso, si lo eres, como dices.

—Tienes razón, y voy a probártelo contándote mi historia desde que nos separamos en Madrid, hace ya diez y siete años.

Ofrecí un cigarro a mi amigo y aproximé mi butaca a la suya, a fin de no perder ni un detalle, ni un gesto, ni un solo ademán suyo. No sé por qué me interesaba aquella historia que no conocía. El pareció haberlo comprendido así, y, arrellanándose en su asiento, empezó a hablar de este modo:

—Tú sabes que, aun dentro del respeto con que siempre traté a mi padre, nunca estuve de acuerdo con sus añejas costumbres. Sabes que era exagerado en todos sus actos. Un hombre que sufría el deseo de cualquier satisfacción en su vida, si era ajena a él o no había marcado el reloj la hora en que debía llevarla a cabo. Pues bien: para ese hombre, todo bondad, todo corazón, de una rectitud intachable, esposo amantísimo y padre modelo, era yo, a pesar de mi edad, el niño del colegio, el estudiante de la Universidad a lo sumo. No me concedía más libertades que salir de noche una vez por semana, exigiéndome regresar a las once y darle cuenta de dónde había estado. Comprenderás que su exigencia me hacía mentir cada vez que salía. Mi pobre madre, que era una santa, sufría horriblemente ante aquella férrea voluntad que esclavizaba la mía y también la de ella; sin embargo, sufrió en silencio hasta su muerte, ocurrida cuando yo tenía veintiún años. Mi padre supo ser fuerte ante el dolor que le causara la muerte de mi madre, pues era tal su fuerza de voluntad, que jamás exteriorizaba sus sentimientos. Le vi reir pocas veces; llorar, ninguna. Tenía el talento de sentir para él solo...

Yo, que por naturaleza, fuí siempre demasiado sensible a toda clase de afecciones, me sentía completamente huérfano al lado de mi padre, y un día, después del almuerzo, mientras le veía fumar un cigarro sin tener la libertad de hacer yo lo mismo, le dije en tono grave:

—Papá: Me he permitido pensar en mí, y quiero que usted lo sepa.

Una mirada de dominante interrogación, que me hizo sonrojarme, me demostró su desagrado. Tal vez ya había él dispuesto de mi porvenir y daba por aceptada, de mi parte, su resolución. Estaba acostumbrado a que jamás le desobedeciese.

—Ya que, al fin, he terminado provechosamente mi carrera y ella me asegura una posición independiente, he resuelto tomar estado.

—He pensado en eso, y ya tengo elegida la que ha de ser tu esposa.

—¿Mi esposa? — repetí lleno de asombro.

—Sí, tu esposa — me repitió en tono seco.

—Y... ¿quién es? — exclamé, sin poder contenerme.

—Tu prima Haydée, de cuyas virtudes y buena educación no necesito hacerte elogios, pues de sobra la conoces. Hace días hablé con su padre respecto de este asunto, y estamos perfectamente de acuerdo los dos. Pero ya hablaremos de eso; ahora tengo que hacer — y se levantó de la mesa, retirándose a sus habitaciones.

Yo quedé solo, en el comedor, recordando sus últimas palabras. Hubiera querido contestarle, confesarle mi amor por Eloísa, con quien, ante Dios, ya estaba casado, pero mis palabras se ahogaron en mi garganta. Mis sienes latían con gran violencia, y el corazón parecía querer saltárseme del pecho. Una fiebre devoradora me consumía. Como un autómata, me levanté de repente, tomé mi sombrero y salí a la calle, buscando aire puro para respirar a mis anchas. Mi primer impulso fué dirigirme a la casa de Haydée, pero lo rechacé en el acto. Su padre era tan inflexible como el mío.

—¿Te canso? — me preguntó.

—Me interesas — le respondí.

—Pues bien, abreviando. La boda se efectuó, y nuestra vida fué lo que tenía que ser. Yo toleraba la mujer que me habían impuesto, pero no la quería. La esclava sujeción de que fuí víctima mientras viví al lado de mi padre, dió como fruto el abuso de mi libertad una vez emancipado.

Durante los diez primeros meses de nuestro matrimonio, nuestra vida se desarrolló sin otras alternativas, hasta que una noche, a mi regreso del club, me dijo Haydée que se sentía madre, y me pedía, por aquel ser que llevaba en sus entrañas, que me regenerase. Había tomado mis manos entre las suyas, y su mirada inocente revelaba una profunda angustia. Sus lágrimas tuvieron la virtud de corregirme, y empecé a ser bueno.

Así vivimos felices durante algunos meses, pasados los cuales, y para colmar nuestra dicha, el cielo nos envió una preciosa criatura. El cariño que entonces sentía por mi mujer llegó a la adoración, al delirio. Pero la fatalidad, que parecía acecharnos desde la sombra, nos lo arrebató cuando apenas tenía nueve meses.

No sé qué efecto produjo en mí la muerte de aquel ser; sólo sé que, al morir, se llevó toda la felicidad que con su existencia había traído, que él fuera el único lazo capaz de mantener unido el hilo de nuestro amor, y empecé a aborrecer a Haydée.

Hizo una pequeña pausa, y prosiguió:

—Un día, por fin, decidí abandonarla. Haydée era una mujer que sólo sabía ser buena. No sabía hacer nada. Al verse sola, abandonada, sin recursos y frente a la miseria, resistió mientras tuvo fuerzas para ello, pero al fin cayó.

Así pasaron doce años, hasta que un día la suerte o la fatalidad nos puso frente a frente. ¡Pobre Haydée! ¡Al verla, comprendí toda la magnitud de mi delito!...

....

Hace un mes embarcamos con rumbo a América, buscando un refugio adonde nuestros oídos no puedan percibir la crítica de las gentes, y heme aquí, con ella, en Buenos Aires, unidos para siempre y por verdadero amor.

¿No me dices nada? ¿No me reprochas? ¿No me compadeces?...

—¡No! — le contesté. — ¡Te admiro!

Joaquín Frade Goitia.



Srta. María Luisa Etcheto

PBT de la semana

Robertito Grossi

Señorita Juana Helena Scanavino

Fots. Van Riel y R. S.



Por lo que no dijimos

Murió la tarde. Entonces,
Cuando los viejos bronces
Se dieron a llorar,
Mecidos en la barca
Miramos la comarca
Y el lago especular.

El mismo parque viejo
Donde flotaba un dejo
De nuestra ingenuidad;
La lírica fragancia
Que en tu risueña infancia
Te dió mi seriedad.

Y todo estaba entonces,
Como los viejos bronces
Dispuestos a vibrar:
El cielo azul, la barca,
La trémula comarca
Y el lago especular.

Y tu mano, temblando
Bajo la mía cuando
La estreché sin sentir;
Y tu alma en el lago
Sintiendo como un vago
Deseo de morir.

Y la vida... la vida
Que se quedó dormida
Sin conocer por qué,
Y en la azul lontananza
Un astro de esperanza
Que nos brindaba fe.

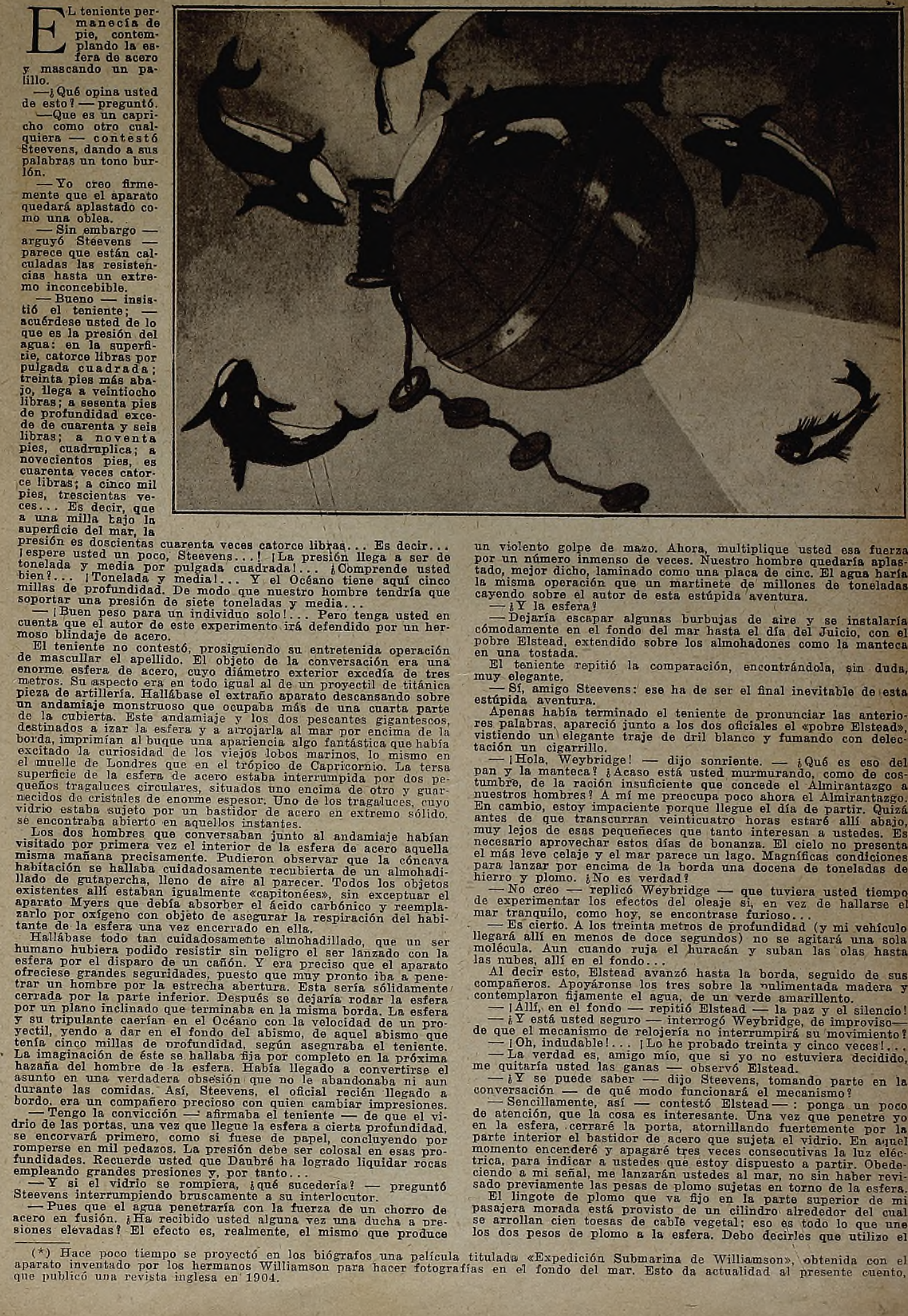
Yo no sé por qué entonces
Silenciaron los bronces
La olvidada canción;
Por qué nada dijimos
Cuando la voz oímos
De nuestro corazón!...

Octavio E. Lobo.

Paseo de los Lagos (Salta).

CUENTO FANTASTICO

LOS MONSTRUOS DEL ABISMO (*)



EL teniente permanecía de pie, contemplando la esfera de acero y mascando un palillo.

—¿Qué opina usted de esto? —preguntó.

—Que es un capricho como otro cualquiera — contestó Steevens, dando a sus palabras un tono burlón.

—Yo creo firmemente que el aparato quedará aplastado como una oblea.

—Sin embargo — arguyó Steevens — parece que están calculadas las resistencias hasta un extremo inconcebible.

—Bueno — insistió el teniente; — acuérdese usted de lo que es la presión del agua: en la superficie, catorce libras por pulgada cuadrada; treinta pies más abajo, llega a veintiocho libras; a sesenta pies de profundidad excede de cuarenta y seis libras; a noventa pies, cuadruplica; a novecientos pies, es cuarenta veces catorce libras; a cinco mil pies, trescientas veces... Es decir, que a una milla bajo la superficie del mar, la presión es doscientas cuarenta veces catorce libras... Es decir... ¡espere usted un poco, Steevens...! ¡La presión llega a ser de tonelada y media por pulgada cuadrada!... ¿Comprende usted bien?... ¡Tonelada y media!... Y el Océano tiene aquí cinco millas de profundidad. De modo que nuestro hombre tendría que soportar una presión de siete toneladas y media...

—¡Buen peso para un individuo solo!... Pero tenga usted en cuenta que el autor de este experimento irá defendido por un hermoso blindaje de acero.

El teniente no contestó, prosiguiendo su entretenida operación de mascullar el apellido. El objeto de la conversación era una enorme esfera de acero, cuyo diámetro exterior excedía de tres metros. Su aspecto era en todo igual al de un proyectil de titánica pieza de artillería. Hallábase el extraño aparato descansando sobre un andamiaje monstruoso que ocupaba más de una cuarta parte de la cubierta. Este andamiaje y los dos pescantes gigantescos, destinados a izar la esfera y a arrojarla al mar por encima de la borda, imprimían al buque una apariencia algo fantástica que había excitado la curiosidad de los viejos lobos marinos, lo mismo en el muelle de Londres que en el trópico de Capricornio. La tersa superficie de la esfera de acero estaba interrumpida por dos pequeños tragaluces circulares, situados uno encima de otro y guarnecidos de cristales de enorme espesor. Uno de los tragaluces, cuyo vidrio estaba sujeto por un bastidor de acero en extremo sólido, se encontraba abierto en aquellos instantes.

Los dos hombres que conversaban junto al andamiaje habían visitado por primera vez el interior de la esfera de acero aquella misma mañana precisamente. Pudieron observar que la cóncava habitación se hallaba cuidadosamente recubierta de un almohadillado de gutapercha, lleno de aire al parecer. Todos los objetos existentes allí estaban igualmente «capitonées», sin exceptuar el aparato Myers que debía absorber el ácido carbónico y reemplazarlo por oxígeno con objeto de asegurar la respiración del habitante de la esfera una vez encerrado en ella.

Hallábase todo tan cuidadosamente almohadillado, que un ser humano hubiera podido resistir sin peligro el ser lanzado con la esfera por el disparo de un cañón. Y era preciso que el aparato ofreciese grandes seguridades, puesto que muy pronto iba a penetrar un hombre por la estrecha abertura. Esta sería sólidamente cerrada por la parte inferior. Después se dejaría rodar la esfera por un plano inclinado que terminaba en la misma borda. La esfera y su tripulante caerían en el Océano con la velocidad de un proyectil, yendo a dar en el fondo del abismo, de aquel abismo que tenía cinco millas de profundidad, según aseguraba el teniente. La imaginación de éste se hallaba fija por completo en la próxima hazaña del hombre de la esfera. Había llegado a convertirse el asunto en una verdadera obsesión que no le abandonaba ni aun durante las comidas. Así, Steevens, el oficial recién llegado a bordo, era un compañero precioso con quien cambiar impresiones.

—Tengo la convicción — afirmaba el teniente — de que el vidrio de las portas, una vez que llegue la esfera a cierta profundidad, se encorvará primero, como si fuese de papel, concluyendo por romperse en mil pedazos. La presión debe ser colosal en esas profundidades. Recuerde usted que Daubré ha logrado liquidar rocas empleando grandes presiones y, por tanto...

—Y si el vidrio se rompiera, ¿qué sucedería? — preguntó Steevens interrumpiendo bruscamente a su interlocutor.

—Pues que el agua penetraría con la fuerza de un chorro de acero en fusión. ¿Ha recibido usted alguna vez una ducha a presiones elevadas? El efecto es, realmente, el mismo que produce un violento golpe de mazo. Ahora, multiplique usted esa fuerza por un número inmenso de veces. Nuestro hombre quedaría aplastado, mejor dicho, laminado como una placa de cinc. El agua haría la misma operación que un martinete de millones de toneladas cayendo sobre el autor de esta estúpida aventura.

—¿Y la esfera?

—Dejaría escapar algunas burbujas de aire y se instalaría cómodamente en el fondo del mar hasta el día del Juicio, con el pobre Elstead, extendido sobre los almohadones como la manteca en una tostada.

El teniente repitió la comparación, encontrándola, sin duda, muy elegante.

—Sí, amigo Steevens: ese ha de ser el final inevitable de esta estúpida aventura.

Apenas había terminado el teniente de pronunciar las anteriores palabras, apareció junto a los dos oficiales el «pobre Elstead», vistiendo un elegante traje de dril blanco y fumando con delectación un cigarrillo.

—¡Hola, Weybridge! — dijo sonriente. — ¿Qué es eso del pan y la manteca? ¿Acaso está usted murmurando, como de costumbre, de la ración insuficiente que concede el Almirantazgo a nuestros hombres? A mí me preocupa poco ahora el Almirantazgo. En cambio, estoy impaciente porque llegue el día de partir. Quizá antes de que transcurran veinticuatro horas estaré allí abajo, muy lejos de esas pequeñeces que tanto interesan a ustedes. Es necesario aprovechar estos días de bonanza. El cielo no presenta el más leve celaje y el mar parece un lago. Magníficas condiciones para lanzar por encima de la borda una docena de toneladas de hierro y plomo. ¿No es verdad?

—No creo — replicó Weybridge — que tuviera usted tiempo de experimentar los efectos del oleaje si, en vez de hallarse el mar tranquilo, como hoy, se encontrase furioso...

—Es cierto. A los treinta metros de profundidad (y mi vehículo llegará allí en menos de doce segundos) no se agitará una sola molécula. Aun cuando ruja el huracán y suban las olas hasta las nubes, allí en el fondo...

Al decir esto, Elstead avanzó hasta la borda, seguido de sus compañeros. Apoyáronse los tres sobre la pulimentada madera y contemplaron fijamente el agua, de un verde amarillento.

—¡Allí, en el fondo — repitió Elstead — la paz y el silencio!

—¿Y está usted seguro — interrogó Weybridge, de improviso— de que el mecanismo de relojería no interrumpirá su movimiento?

—¡Oh, indudable!... ¡Lo he probado treinta y cinco veces!...

—La verdad es, amigo mío, que si yo no estuviera decidido, me quitaría usted las ganas — observó Elstead.

—¿Y se puede saber — dijo Steevens, tomando parte en la conversación — de qué modo funcionará el mecanismo?

—Sencillamente, así — contestó Elstead —: ponga un poco de atención, que la cosa es interesante. Una vez que penetre yo en la esfera, cerraré la porta, atornillando fuertemente por la parte interior el bastidor de acero que sujeta el vidrio. En aquel momento encenderé y apagaré tres veces consecutivas la luz eléctrica, para indicar a ustedes que estoy dispuesto a partir. Obedeciendo a mi señal, me lanzarán ustedes al mar, no sin haber revisado previamente las pesas de plomo sujetas en torno de la esfera.

El lingote de plomo que va fijo en la parte superior de mi pasajera morada está provisto de un cilindro alrededor del cual se arrollan cien toesas de cable vegetal; eso es todo lo que une los dos pesos de plomo a la esfera. Debo decirles que utilizo el

(*) Hace poco tiempo se proyectó en los biógrafos una película titulada «Expedición Submarina de Williamson», obtenida con el aparato inventado por los hermanos Williamson para hacer fotografías en el fondo del mar. Esto da actualidad al presente cuento, que publicó una revista inglesa en 1904.

cable vegetal con preferencia al de alambre porque es más fácil de cortar, y, sobre esa ventaja, tiene la de poder flotar, como podrán ustedes ver. Ya habrán advertido que todos los pesos de plomo tienen un agujero. Pues bien; ese agujero tiene por objeto dejar paso a un triángulo de hierro, que desciende dos metros más abajo que la superficie inferior de la esfera. En cuanto el triángulo toque fondo, empujará una palanca, y ésta a su vez pondrá en movimiento el mecanismo de relojería... ¿Comprenden ustedes?... La esfera tiende a flotar por efecto del aire contenido en su interior, pero los pesos de plomo la obligan a sumergirse cada vez más mientras el cable continúa desarrollándose. Al acabarse el cable, la esfera seguirá hundiéndose.

—Y entonces — arguyó Steevens — ¿para qué diablos sirve el cable?... ¿No sería preferible unir directamente los pesos a la esfera?

—De ningún modo, Steevens. Hay que tener en cuenta el probable choque al llegar al fondo. No olvide usted que la esfera y sus pesas se hundirán con rapidez, alcanzando poco a poco una velocidad vertiginosa. Si no fuese por el cable, mi pobre habitación se haría una tortilla al llegar al fondo. Pero esto no puede ocurrir, porque una vez que los pesos descansen sobre la arena, entrará en juego la flotabilidad de la esfera. Obedeciendo ésta a dicha ley física, se sumergirá cada vez más lentamente, llegará a un punto en que se detenga y luego comenzará a ascender. En este instante precioso funcionará el mecanismo de relojería. Al tocar los pesos en el fondo del mar, transmitirán el choque al triángulo de hierro, que empujará a la palanca y ésta al resorte de relojería. El cable volverá a arrollarse sobre el cilindro y, como consecuencia, seré arrastrado hacia el fondo. Permaneceré allí media hora, con la luz encendida, examinando lo que me rodea. Luego, el mecanismo de relojería pondrá en movimiento una cuchilla, merced a la cual quedará cortado el cable en pocos segundos, y vuestro amigo y compañero subirá a la superficie como una burbuja de aire en un sifón de agua de Seltz.

—Muy bien — exclamó el pesimista Weybridge. — Pero supongamos que se le atraviesa en el crítico momento un buque cualquiera.

—Lo sentiría por los pasajeros. Mi choque les sería fatal. ¡Figúrese usted, Weybridge! La esfera llegará a la superficie con velocidad suficiente para atravesar el casco de parte a parte, como si fuera de «chantilly».

—¡Ciertamente! — afirmó Weybridge, quien no dándose aún por vencido, se atrevió a apuntar: — Supongamos, no obstante, que algún crustáceo indiscreto se introduce en el mecanismo de relojería...

—Eso equivaldría — concluyó Elstead — a una amable invitación a establecer mi residencia definitiva en el fondo del Océano.

. . . .

Elstead había sido lanzado al mar poco después de las once de la mañana. Era un día apacible y despejado. El horizonte aparecía esfumado por la bruma. A través de la ventanilla superior de la esfera habíase visto brillar tres veces consecutivas el fugitivo parpadeo de una luz eléctrica, señal convenida para efectuar el lanzamiento del aparato. Este había sido bajado lentamente hasta la superficie del agua. Un marinero permanecía de pie en la escala de babor, pronto a cortar el cable que retenía el complicado conjunto de la esfera y las pesas de plomo.

¡Cosa singular! La misma esfera, que en la cubierta había parecido tan enorme, semejaba en aquel momento, colocada junto a la popa del barco, un objeto ridículamente pequeño.

La esfera se balanceaba por efecto de las últimas sacudidas del descenso. Sus dos obscuros tragaluces, asomando por encima de la línea de flotación, parecían los ojos de algún monstruo marino fijos en la tripulación aglomerada sobre la borda.

De improviso oyóse una voz:

—¿Está todo corriente? — preguntó el comandante del buque.

—Sí, mi capitán — contestó otra voz.

—¡Picar cables!

La orden fué ejecutada en un abrir y cerrar de ojos. Un remolino de espuma jugueteó un momento sobre la esfera. Alguien agitó un pañuelo; el segundo intentó una aclamación que no tuvo eco; el contramaestre contó con lentitud «uno, dos... ocho, nueve y diez...» Luego se vió a la esfera, tras de unos instantes de absoluta inmovilidad, empezar a hundirse pausadamente. Todavía pudo distinguírsela algún tiempo bajo el agua, imprecisa y agrandada por la refracción. Antes de que el contramaestre hubiese llegado a la palabra «diez», la esfera había desaparecido completamente.

En las profundidades del agua hubo algo así como una reverberación de luz blanca, que fué disminuyendo por grados; llegó a ser un punto débilmente luminoso y se desvaneció al fin... Luego, nada; el abismo de agua tenebroso, agitado unos momentos por los coletazos de un tiburón...

La hélice del crucero se puso en movimiento, haciendo hervir las aguas. El tiburón desapareció en aquella repentina vorágine, y un torrente de espuma se extendió sobre la cristalina superficie que había devorado a Elstead.

—¿Y adónde vamos ahora? — preguntó un marinero a otro.

—Creo que nos vamos a alejar un par de millas de este sitio, con objeto de que no tropiece con nosotros el teniente, cuando regrese de su viaje.

El crucero se dirigió lentamente al lugar designado por el capitán. La emoción a bordo era extraordinaria. Todo el que no tenía deberes que llenar por el momento, permanecía asomado a la borda, contemplando el sitio en que había sido arrojada la esfera.

Durante la media hora siguiente al suceso cuanto hablaron los tripulantes del buque sólo se relacionó con la proeza del teniente Elstead.

El sol de aquel día de diciembre se hallaba entonces en el cenit. Se sentía un calor extremado.

—El bueno de Elstead — dijo Weybridge — no debe sudar mucho donde se encuentra. Aseguran, en efecto, los oceanógrafos, que pasada cierta profundidad, el agua del mar se encuentra siempre a una temperatura glacial.

—¿Por dónde saldrá Elstead? — preguntó Steevens.

—Sin duda por allí — contestó el capitán, que presumía de omnisciente.

Al pronunciar las anteriores palabras, señalaba con el dedo un punto del mar hacia el sudoeste.

—Y, según creo — añadió el capitán — no ha de tardar mucho. Hace treinta y cinco minutos que se sumergió.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar al fondo del Océano? — interrogó Steevens.

—Pues, tratándose de una profundidad de 8.000 metros, y suponiendo un movimiento de aceleración de centímetros 60 por segundo, tanto en la bajada como en la subida, unos cuarenta y cinco segundos.

—Entonces — dijo Weybridge — nuestro explorador se retrasa.

—Soy de la opinión de usted — replicó el capitán; — pero concedamos que es preciso algún tiempo para que se desarrolle la cuerda.

—Cierto — dijo Weybridge, algo tranquilizado por la observación de su jefe.

A partir de aquel instante, empezó a cundir entre la tripulación del crucero vivo malestar. Transcurrió un minuto que pareció un siglo, y luego otro, y luego otro, sin que la rizada superficie del mar se abriese para dejar paso a Elstead.

Los marineros, cada vez más intrigados por aquella tardanza, trataban de explicársela disertando sobre la importancia del devanado del cable. Las vergas estaban llenas de espectadores, en cuyas fisonomías se retrataba la ansiedad más viva.

—¡Arriba, teniente Elstead, arriba! — gritó un marinero, no pudiendo ya dominar su impaciencia.

Los demás hicieron coro, como si pidiesen en el teatro que se levantara el telón. El capitán impuso silencio con una mirada de enojo.

—Hay que convenir — dijo, luego de haber restablecido el orden entre sus subordinados — que Elstead puede tardar aún algunos segundos si el movimiento de aceleración es menor de lo que calculábamos. Además, no nos consta que ese dato científico sea rigurosamente exacto. Yo soy de los que no tienen fe ciega en los números.

Steevens asintió con un movimiento de cabeza.

El silencio era tan profundo en aquellos decisivos momentos, que pudo oírse distintamente el ruido seco que hizo el reloj de Steevens al ser cerrado por su dueño.

Cuando, veintiún minutos después, llegó el sol al cenit, habíase perdido a bordo toda esperanza, sin que nadie se atreviese a confesarlo abiertamente. El primero que rompió el silencio fué Weybridge, para declarar sus tristes presentimientos.

—Ya me oiría usted, Steevens — añadió — lo que manifesté a Elstead acerca de la resistencia dudosa de los tragaluces.

—De suerte, Weybridge, que hay que temerlo todo, ¿no es esto? — preguntó el aludido.

—Acaso... — dijo Weybridge sin terminar la frase.

—Pues, yo — declaró el comandante con desdeñoso acento — ni afirmo ni digo nada en redondo. ¡Son tan falaces los cálculos humanos! De ahí que no haya perdido la esperanza.

. . . .

Al llegar la media noche aun se hallaba el crucero evolucionando con lentitud en torno del lugar donde se había sumergido la esfera. El haz de luz del proyector eléctrico exploraba la superficie fosforescente de las aguas.

—Y el caso es — Weybridge estaba en el uso de la palabra — que, si no han cedido los tragaluces, el pobre Elstead estará sufriendo de un modo horrible. De haber ocurrido aquel accidente, nuestro compañero habrá muerto en el acto, deshecho por la irrupción de las aguas. Pero si no ha sido así, si lo que ha fallado es el movimiento de relojería, entonces Elstead estará aún vivo. ¡Qué horror!... ¡Vivo a 8.000 metros de profundidad!... ¡Vivo en el fondo del océano, bajo nuestras plantas, entre el frío y las tinieblas, allí donde jamás ha brillado un rayo de luz, donde no ha puesto el pie ningún ser humano, donde no puede llegar nuestro auxilio!... ¡Qué muerte tan espantosa!... ¡Morir poco a poco, envenenado por el ácido carbónico de la propia respiración!... Porque llegará un momento en que el aparato Myers se agote... ¡Y entonces!... ¡Qué miseria somos!... Y siendo tan mezquina cosa, ¡cuánta es nuestra audacia! ¡Querer bajar al abismo!... ¡Millas y más millas de líquido!... ¡Agua... agua... siempre agua... lo insondable... lo infinito...!

Weybridge accionaba violentamente para dar más fuerza descriptiva a sus entrecortadas frases.

En este momento ocurrió algo. Allá, muy lejos entre las lobregueces del cielo, apareció una estela luminosa como las que trazan las estrellas fugaces, con la diferencia de que el movimiento del punto brillante se verificaba de abajo a arriba, cesando de una manera brusca. El foco luminoso quedó inmóvil como si una nueva estrella hubiera tomado puesto en el firmamento; pocos momentos más tarde, la estrella, o lo que parecía tal, empezó a oscilar, perdiéndose bien pronto entre los reflejos de las otras estrellas y la pálida y brumosa fosforescencia del mar.

Weybridge no pudo contener su asombro. Quedóse con el brazo extendido y la boca abierta. Luego intentó articular sonidos sin poder conseguirlo. Por último, rompió a hablar, y, agitando las manos en alto, gritó al vigía una orden y otra al marinero encargado del proyector.

—¡Lo he visto, señores! — decía. — ¡Lo he visto «subir» por allí, a estribor... Trae encendidas las luces. Sin duda lo encontraremos en cuanto reaparezca en la superficie.

Lo cierto es que no dieron con el valiente Elstead hasta poco antes de amanecer. Y aun estuvieron a dos dedos de echarlo definitivamente a pique a consecuencia de una falsa maniobra. Apenas estuvo izada a bordo la esfera, se procedió a abrir los tragaluces arrancándoles los tornillos que sujetaban los marcos. En el interior de la esfera reinaba profundo silencio. Los saludos y gritos de Weybridge y Steevens quedaron sin contestación.

Temiendo encontrar muerto a Elstead, penetraron los dos oficiales en el estrecho camarote de su compañero. Dieron algunos pasos explorando el suelo a tientas, pues reinaba dentro del misterioso aparato completa obscuridad. Los focos eléctricos del exterior estaban dispuestos de modo que sólo iluminaban en torno de la esfera. La atmósfera era casi irrespirable. Nuestros dos marinos se encontraban ya casi asfixiados, cuando tropezaron con el cuerpo inanimado de Elstead. Sacáronlo a cubierta haciendo inmensos esfuerzos. El médico de a bordo examinó con detenimiento a Elstead, cuya exangüe fisonomía se hallaba cubierta de sudor.

—¡Vive! — exclamó el facultativo — aunque se halla en un estado de postración nerviosa absoluta y además cubierto de graves contusiones.

Elstead fué traslado a su camarote de a bordo con infinitas precauciones. Transcurrieron muchos días, sin que pudiese hablar más que por señas. Cuando pudo, al fin, abandonar el lenguaje mímico, fué para declarar su decidido propósito de renovar el experimento. La esfera sería perfeccionada, de tal suerte, que pudiese su tripulante deshacerse del cable en un momento determinado.

—Mi aventura — añadía Elstead — puede ser calificada de

maravillosa. ¡Creíais que no iba a encontrar en el fondo del Océano sino légamo y arena!... Podéis burlaros cuanto queráis; pero sabed que he descubierto todo un nuevo mundo, al que volveré, repito, en cuanto esté en disposición de emprender el viaje.

Elstead fué contando su historia por fragmentos y sin la necesaria cohesión. Por este motivo es imposible consignarla aquí tal y como fué narrada. Lo que sigue es, sin embargo, una versión exacta.

La expedición comenzó bajo muy malos auspicios. La esfera cabeceaba horriblemente al ser bajada a flor de agua. Elstead llegó a experimentar la sensación de hallarse en frágil barquichuelo zarandeado por furioso temporal. Si intentaba echar un vistazo a través del tragaluz para enterarse de lo que ocurría al exterior, el movimiento más leve del cuerpo originaba el desequilibrio del aparato, y, por tanto, el choque violento contra el almohadillado de las paredes y la caída al fondo de aquella metálica prisión. Elstead llegó a lamentar que las inmensas presiones del abismo líquido no permiteran otra forma de barco explorador que la rigurosamente esférica, a todas luces harto inhabitable.

De improviso cesó el balanceo, recobrando la esfera su equilibrio. Elstead comprendió que había comenzado la inmersión. En efecto, al asomarse a su observatorio, vióse ya rodeado por las aguas, cuyo color azul verdoso, cada vez más obscuro, denunciaba el progresivo alejamiento de la superficie. También veía Elstead una multitud de cosas flotantes que pasaban delante de sus cristales con velocidad vertiginosa, subiendo, según creía el viajero, hacia la luz.



La obscuridad fué acentuándose; el agua llegó a ser tan densamente negra como el cielo a media noche. De vez en vez cosas, transparentes, que parecían despedir chispazos de luz violácea, azotaban el cristal con fuerza y desaparecían con la rapidez del relámpago.

Elstead sintió una angustia hondísima, un malestar indecible. Era la sensación de la caída, de aquella espantosa caída de ocho kilómetros de altura, jamás intentada por ningún ser humano. El audaz marino llegó a arrepentirse entonces de la empresa acometida en servicio de la ciencia. Por primera vez apreció las numerosas probabilidades que tenía en contra de su insensato experimento. Sin querer pensó en el feroz pez-sierra, tan abundante en las profundidades del Océano, y se lo imaginó atacando con su arma incontrastable el frágil mecanismo flotador de la esfera. Un encuentro así, y la muerte sería inevitable. Además, ¿quién le aseguraba que el mecanismo de relojería iba a funcionar en el momento preciso? Ciertamente en los ensayos previos no había dejado nada que desear Pero cuando llegase la ocasión decisiva, allá, a diez mil metros de profundidad, ¿ocurriría lo mismo? Elstead acabó por desechar tan tristes suposiciones. Después de todo, la cosa no tenía ya remedio: había que ir hasta el fin.

Transcurridos cincuenta segundos, la obscuridad más densa envolvía al submarino, apareciendo iluminado por el proyector eléctrico del aparato tan sólo un sector relativamente pequeño. Continuaba el desfile «hacia arriba», y siempre vertiginoso, de peces o cosas de aspecto indefinible. La velocidad con que desaparecían del campo visual no permitían a Elstead apreciar lo que realmente eran. Una vez creyó nuestro héroe distinguir un tiburón. A todo esto la esfera empezaba a calentarse por el frotamiento en términos no previstos por Elstead. Sin duda era éste un dato mal calculado. La temperatura se elevaba rápidamente. Elstead tenía la cara y el cuello empapados de sudor. El viajero notó, además, un silbido persistente bajo sus pies y vió que pasaban delante de los cristales millares de burbujas que subían hacia la superficie abriéndose en forma de abanico. No cabía duda: aquellas burbujas no eran otra cosa que agua convertida en vapor a su contacto con la ardiente superficie de la esfera.

Para convencerse del interesantísimo fenómeno, extendió Elstead la mano y tocó el cristal del tragaluz.

El cristal quemaba como una barra de hierro enrojecido.

A Elstead le pareció que llevaba una eternidad sumergido en el Océano.

Miró el reloj, enterándose con asombro de que apenas habían transcurrido dos minutos desde la inmersión. ¡Y aun le faltaban sesenta segundos, esto es, otra eternidad, para llegar al fondo! Lo probable sería que los cristales de los tragaluces se rompieran en aquel terrible conflicto de temperaturas... Porque Elstead no ignoraba que las aguas de las grandes profundidades son glaciales. La intranquilidad del expedicionario aumentó al sentir la impresión súbita de que la parte inferior de la esfera parecía ceder hacia adentro. Pronto comprendió lo que esto significaba: el final del viaje estaba próximo. Mirando al exterior, comprobó que disminuía el número de burbujas. También iba desvaneciéndose el penetrante silbido que tanta preocupación le había causado. La esfera experimentó un suave balanceo. Elstead se creyó en salvo, pues su principal temor era que los cristales se hubieran quebrado. El peligro de morir deshecho, por la entrada de las aguas en el interior de la esfera, podía considerarse alejado por el pronto. De ahí que Elstead, recobrando su sangre fría, aprovechase los segundos que le restaban para dar fondo, pensando en sus compañeros Steevens y Weybridge y en todos los demás amigos que se habían quedado «allá arriba», a ocho mil metros de altura, mucho más distantes de él que las nubes más altas de la superficie del Océano. Elstead suponía a sus compañeros pensando en él; veíalos en su imaginación contemplando ansiosamente el abismo existente bajo sus plantas y discutiendo las probabilidades de éxito de aquella inaudita aventura... Luego dejó de preocuparse de las cosas terrestres para lanzar una mirada escrutadora al elemento que le rodeaba. Las alarmantes burbujas habían cesado del todo, así como el silbido sospechoso. Las tinieblas eran espesísimas por doquiera, salvo en la parte de las aguas que iluminaba el proyector, donde presentaban una coloración amarillenta. En aquel momento flotaron delante de los tragaluces tres enormes cosas que parecían lenguas de fuego. Sus contornos estaban acentuados por una serie de puntos brillantes y dispuestos simétricamente. La fosforescencia de las extrañas criaturas submarinas crecía al penetrar éstas en el sector de luz de la esfera, circunstancia que permitió a Elstead averiguar que se trataba de peces de una especie desconocida, peces de formas irregulares y fantásticas, provistos de enormes ojos y cuyos cuerpos terminaban bruscamente. Los reflejos del proyector eléctrico habían atraído sin duda aquella extraña muestra de la fauna submarina, constituída momentáneamente en guardia de corps del explorador terrestre.

A medida que descendía Elstead, fueron engrosando las filas de acompañantes. El agua empezó a tomar un matiz grisáceo, animado de vez en cuando por fugaces destellos luminosos semejantes a chispas producidas por el chocar de aceros, y que debían ser las nubes de légamo levantadas por la caída de los pesos de plomo. Todo el tiempo que duró el arrastre de la esfera en sus últimos saltos sobre el lecho del Océano fué imposible a Elstead distinguir otra cosa que una especie de niebla gris densísima, hasta el punto de que la luz del proyector no lograba penetrarla más allá de dos metros.

Aun transcurrieron algunos minutos antes de que las capas de sedimento en suspensión fuesen cayendo al fondo. Entonces pudo contemplar Elstead, a la luz de su proyector, reforzada en los términos lejanos por la fosforescencia de un banco de peces, una superficie ondulante cubierta de légamo de color gris sucio y manchada en algunos sitios por grandes boscajes de plantas submarinas, cuyos tentáculos hambrientos parecían agitarse como movidos por suave brisa. En otro sitio se dibujaban los graciosos y transparentes contornos de las esponjas. Sobre este extraño suelo crecían vegetaciones inverosímiles erizadas como pabellones de bayonetas o completamente planas como baldosas, presentando una hermosa coloración rojiza o verde. Entre esas plantas se movían perezosamente unos crustáceos de forma indescriptible, dejando en pos de sí, cuando desaparecían en la obscuridad, una estela fosforescente que brillaba durante cinco o seis segundos.

De improviso se aproximó a la esfera una compacta muchedumbre de pececillos, dando rápidas y graciosas vueltas, como pudiera haberlo hecho una bandada de estorninos.

Los pececillos pasaron ante el cristal, y al disiparse aquella nube relampagueante, vió Elstead frente a él, pero todavía en la penumbra, un sér extraño y de grandes proporciones que avanzaba hacia el submarino con cierta majestad.

En un principio no pudo nuestro explorador darse cuenta exacta del aspecto del visitante. Tenía, al parecer, ciertos movimientos y ciertas líneas que hubieran podido sugerir la idea de un hombre andando. La sorprendente criatura entró en el sector de luz de la esfera. Deslumbrada por la intensidad del foco, cerró los ojos un instante. Elstead la contempló estupefacto. ¡Y había motivo para ello!

Era aquél un extraño animal vertebrado. Su cabeza, de un color

de púrpura obscuro, recordaba vagamente la del camaleón. La frente era, sin embargo, mucho más elevada, y la caja craneana visiblemente más ancha que la de ningún reptil. El equilibrio vertical de su cara le daba la más extraordinaria semejanza con la de un ser humano. Dos ojos enormes y redondos, proyectados fuera de las órbitas, como los de los camaleones, y bajo un hocico diminuto, una boca enorme, boca de reptil, con labios córneos. En el sitio de las orejas nacían dos especies de aventadores análogos a los del elefante, bordeados por largos filamentos de color de coral.

El rasgo más extraordinario de todos los que ofrecía esta criatura de los abismos no era, sin embargo, lo que su fisonomía presentaba de humano. Lo absurdo, lo incomprensible, consistía en ser bípedo. En efecto, aquel cuerpo casi esférico se hallaba en equilibrio sobre una especie de trípode compuesto de dos patas iguales a las de la rana y de una cola larguísima y gruesa. Los miembros superiores caricaturizaban grotescamente a los brazos humanos; en sus extremos nacían, en vez de manos unos dardos óseos guarnecidos de cobre al parecer. La coloración de este rarísimo ser era variada pues mientras la cabeza, las manos y las patas presentaban un hermoso tinte rojizo, la piel, flotante en torno del cuerpo como un manto, era de un color gris fosforescente.

El misterioso habitante del abismo permanecía inmóvil, deslumbrado por la luz del reflector. De repente puso su mano derecha delante de los ojos, como queriendo resguardarlos de los rayos luminosos. Luego abrió la boca y articuló a la manera humana un grito tan penetrante que fué oído distintamente por Elstead, a pesar de la gruesa envoltura de acero que le separaba de la estupenda criatura.

¿Cómo puede lanzarse un grito sin poseer pulmones? Problema es éste que jamás trató de explicarse Elstead.

El hombre-pez (llamémosle de algún modo) salió del sector de luz penetrando en el misterio tenebroso que le rodeaba por ambos lados. Elstead tuvo un sombrío presentimiento. Seguro de que la luz había servido para atraer al monstruo, se apresuró a cortar la corriente. Un momento después resonaron golpes sordos, dados, sin duda, contra la envoltura del aparato. La esfera cabeceó con violencia.

Entonces volvió a oirse otro alarido igual al primero. A Elstead le pareció que contestaba a aquél un eco lejano. Nuevos golpes, cada vez más fuertes y más repetidos, y un rechinamiento metálico especial, convencieron a Elstead de que el hombre-pez desahogaba su furia contra la esfera, y lo que era peor, contra el cilindro en que iba arrollado el cable.

Firme en su propósito de permanecer oculto a las miradas del sitiador, dejó apagada la luz del interior, intentando, en cambio, penetrar con su mirada la eterna noche del abismo. Al cabo de un rato pudo distinguir, débiles y lejanas, otras formas fosforescentes y casi humanas, que avanzaban con rapidez.

Dominado por el pánico, quiso ahuyentar aquellas temibles falanges, proyectando entre ellas la vivísima luz del foco exterior. En vez de oprimir el resorte correspondiente, equivocóse y encendió la pequeña lámpara que iluminaba su camarote. Instantáneamente cayó al suelo. La esfera había empezado a rodar sobre el lecho del Océano, empujada por alguna fuerza incontrastable.

Elstead oyó como gritos de sorpresa... Cuando pudo levantarse, vió a través del tragaluz que le contemplaban dos ojos enormes y fijos. Al mismo tiempo sintió el ruido de golpes secos dirigidos, no cabía duda, contra el caparazón metálico que protegía el mecanismo de relojería. Elstead se sintió morir... Si aquellas espantosas criaturas lograban detener la marcha del mecanismo, no había salvación posible. Esto pensaba nuestro heroe cuando vió que la esfera se mecía dulcemente.

Lo primero que se le ocurrió a Elstead fué que los espantables monstruos habían roto el cable y que la esfera, libre de sujeción, subía ya hacia la superficie. El ascenso era cada vez más rápido. De improviso, una terrible sacudida sufrida por el aparato le arrojó casi sin sentido sobre el fondo de su prisión. Elstead permaneció cerca de un minuto en un estado de estupor completo. Al recobrar el uso de sus facultades sintió que la esfera giraba lentamente sobre su eje, pareciéndole también que avanzaba en sentido horizontal. Aferrándose al tragaluz consiguió restablecer con su peso el equilibrio del aparato. En el exterior sólo distinguía la pálida claridad del reflector luchando inútilmente por disipar las tinieblas. Pensó que quizá lograría ver más extinguiendo la luz del camarote.

Pronto pudo convencerse de lo acertado de esta medida. En efecto, al cabo de unos cuantos minutos, las tinieblas aterciopeladas se convirtieron en una especie de obscuridad translúcida, en medio de la cual logró distinguir, vagas e imprecisas, como formas que se divisan a través de una humareda, muchedumbres hormigueantes de hombres-peces. No había duda, aquellos monstruosos engendros del mar arrastraban la esfera tirando del cable. ¿Dónde le llevaban? Elstead sintió deslizarse por sus sienes gruesas gotas de sudor. Sacando fuerzas de flaqueza volvió a asomarse al cristal. Vió entonces un espectáculo de grandiosidad muy superior a todos los que él había contemplado sobre la superficie del planeta. Más allá de las ondulaciones de la llanura submarina se extendía un horizonte luminoso, pero de una claridad pálida. La esfera era remolcada en dirección a aquel horizonte, cuya vaga irradiación iba precisándose en formas cada vez más definidas.

El reloj de Elstead señalaba las cinco cuando penetró su esfera en lo que, para designarlo de un modo gráfico, pudiéramos llamar aire luminoso. A partir de aquel momento creyó advertir el prisionero de los hombres peces grandes aglomeraciones de edificios dispuestos en torno de un monumento circular, cuyas líneas imitaban grotescamente las ruinas de un templo gótico. Los edificios carecían de techos y estaban construídos, al parecer, con alguna materia fosforescente. Contemplados en la forma que lo hacía Elstead, presentaban el mismo aspecto de una ciudad iluminada por la luz de la luna y vista desde una colina próxima. Cuando la esfera empezó a ser atraída hacia el fondo y fueron ya menores las distancias, pudo ver Elstead que entre las grandes cavidades de los edificios crecían gigantescas plantas palmiformes, extendiendo sus tentáculos en sentido vertical, y surgían esbeltas y frágiles esponjas, elevándose como brillantes minaretes sobre el amontonamiento de edificios. En los grandes espacios abiertos se agitaba una inmensa multitud. A medida que la esfera disminuía la distancia, del fondo aparecían los objetos mucho más distintos a los ojos de Elstead. Aunque la visión era todavía bastante confusa, podían ya apreciarse ciertos detalles. Por ejemplo: las hileras de edificios estaban delimitadas por gruesos murallones agujereados simétricamente, y en lo que nosotros llamaríamos plazas, descansaban de trecho en trecho cascos de buques semiocultos por las vegetaciones submarinas.

Elstead comprendió que le conducían hacia el edificio o monumento situado en el centro de la ciudad. Millares de hombres-peces tiraban del cable, atrayendo la esfera con movimientos cadenciosos y completamente humanos. Durante esta última fase del descenso observó Elstead que las escalas y vergas de uno de los buques naufragados — precisamente el que se encontraba en la entrada de la plaza principal — se hallaban cuajadas de espectadores, cuyos descompasados ademanes se percibían con toda claridad.

En este momento empezaron a subir silenciosamente en torno de la esfera los robustos muros del edificio, que asemejaba un templo gótico en ruinas. ¡Y qué horribles muros! ¡Un lúgubre amasijo de cuadernas petrificadas, de cables de acero, de espeques de hierro y cobre, de tibias, fémures y cráneos de náufragos! De las vacías órbitas de las calaveras salían juguetеando minúsculos pececillos...

A los oídos de Elstead llegó un rumor lejano. Escuchando con algo más de atención, le pareció que el ruido era producido por sinnúmero de bocinas... Quizá eran aquellos roncos sonidos las aclamaciones con que saludaban su llegada los extraños y fantásticos pobladores del abismo... La esfera fué depositada, al fin, sobre una especie de altar existente en el centro de la plaza. Elstead pudo ver, lleno de asombro, que los hombres-peces se prosternaban ante él, a excepción de uno de ellos, revestido de un manto cuyas escamas superpuestas brillaban con azulados reflejos al ser heridas por la luz del reflector. El individuo del manto permanecía, pues, en pie, abriendo y cerrando la boca alternativamente, como si dirigiese los cánticos de la muchedumbre.

Instintivamente hizo funcionar Elstead la pequeña lámpara eléctrica de su camarote, apagándola y encendiéndola repetidas veces. Estas sucesivas apariciones y desapariciones del explorador ante los maravillados ojos de sus aprensores dieron lugar a frenéticos alaridos de temor o de entusiasmo. Los hombres-peces permanecieron prosternados más de tres horas.

Seguir punto por punto el relato de Elstead fuera quizá fatigoso para el lector. Baste saber que el valeroso expedicionario hizo a sus compañeros una descripción completísima de aquella ciudad submarina y de aquellos sus monstruosos habitantes, desconocedores de nuestro mundo, ignorantes de que existen el Sol, la Luna, el firmamento estrellado, la vegetación verde, criaturas dotadas de pulmones, y el fuego; seres que no ven otra luz que la claridad fosforescente de los organismos submarinos.

Por estupenda que sea la historia de Elstead es aún más asombroso que haya hombres de ciencia tan eminentes como Adams y Tenkins, que la encuentren admisible en todas sus partes. Ellos han sido precisamente quienes me han dicho que no hay nada que se oponga a la existencia en las aguas profundas de seres vertebrados e inteligentes, que respiren el oxígeno del agua y que puedan vivir soportando presiones enormes y temperaturas glaciales; seres de una estructura tan especial que no pueden flotar ni vivos ni muertos; seres que quizá descienden, como nosotros, del gran Teriomorfo, de la edad de la Tierra Roja.

Ellos deben conocer a los hombres como seres extraños y meteóricos, que acostumbran a caer accidentalmente muertos, a través de las misteriosas tinieblas de un cielo líquido. También les serán familiares nuestros barcos, nuestros metales, nuestros utensilios, todo lo que llueve incesantemente sobre el fondo del Océano. Sin duda, algunas veces deben perecer los habitantes del abismo aplastados por la caída de objetos terrestres. Quizá estos accidentes sean interpretados por los hombres-peces como castigo de alguna divinidad superior. Otras veces, los restos de nuestras catástrofes servirán allá abajo de potente estímulo a las facultades inventivas de sus constructores.

Sentadas estas hipótesis, no hay inconveniente en admitir como buena la narración de Elstead, lamentando que por una negligencia incomprensible no haya consignado el audaz oficial del crucero «Ptarmigan», en algún documento de carácter científico, el resultado de su visita al fondo del Océano.

Completaremos, pues, este relato con la ayuda de las indicaciones suministradas por el capitán Simmous y por los tenientes Weybridge y Steevens, diciendo en pocas palabras cuál fué la conclusión de la nunca bastante admirada aventura.

Elstead llevaba, como dijimos antes, más de tres horas sirviendo de objeto de adoración entre las muchedumbres submarinas. Un sentimiento de indefinible angustia le advirtió de improviso el progresivo enrarecimiento de la atmósfera en el interior del aparato. Al mirar el reloj observó con espanto que sólo le restaban cuatro horas de aire respirable. Los cánticos de los hombres-peces continuaban tan inexorables como si hubieran sido el himno fúnebre de su muerte próxima.

Elstead no supo explicarse nunca el porqué de su liberación. El la atribuía a una ruptura del cable a fuerza de rozarse con los bordes del altar. Ello fué que, cuando menos lo esperaba, la esfera dió un salto violento y huyó hacia la superficie del mar, dejando, sin duda, a los habitantes de las profundidades oceánicas maravillados por el nuevo milagro.

La esfera subió con una velocidad muy superior a la del descenso. El recalentamiento de las paredes exteriores llegó a ser espantoso. Elstead temía a cada instante ver volar en pedazos los gruesos cristales de los tragaluces... Nuestro héroe se creyó perdido... Cuando ya le faltaban quizá pocos segundos para llegar a la superficie, sintió que las fuerzas le abandonaban y cayó desvanecido al fondo de la esfera. Aquí cesan, por tanto, los recuerdos de Elstead. Cuando recobró el conocimiento, se hallaba en su camarote del «Ptarmigan», rodeado de sus queridos compañeros.

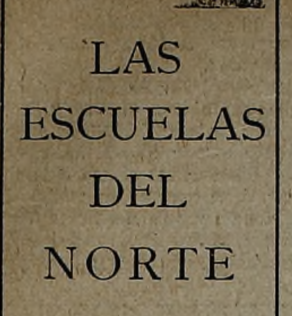
Tal es en substancia la curiosísima historia contada por Elstead.

Sólo nos resta añadir, por vía de epílogo, que el 2 de febrero de 1896, hallándose el «Ptarmigan» en aguas del Brasil, volvió Elstead, después de dotar a su aparato explorador de importantes modificaciones, a ejecutar una nueva inmersión. ¿Qué ocurrió al tenaz marino en esta segunda tentativa? Probablemente no se sabrá nunca.

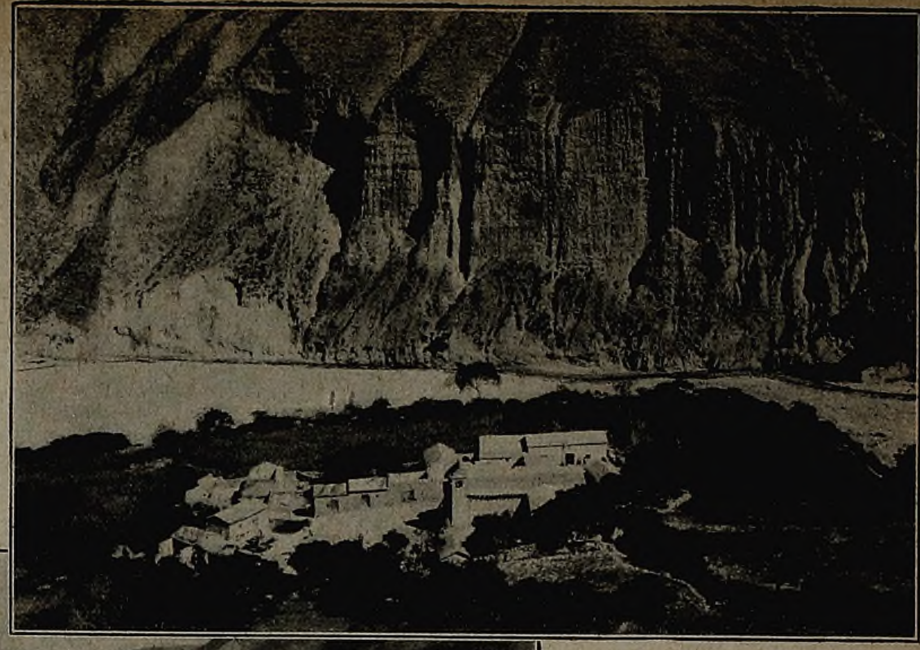
El «Ptarmigan» estuvo durante trece días recorriendo los parajes inmediatos al lugar de la inmersión, sin descubrir el más leve rastro de Elstead. Por último, se pasó a Río Janeiro, siendo telegrafiada la noticia de la desaparición a la familia y amigos de Elstead.

¿Mintió o exageró el pobre muchacho al narrar su odisea subacuática? ¡Quién sabe! Preciso es, sin embargo, no rechazar la historia en absoluto entre otras razones por las antes apuntadas.

H. G. Wells.



LAS ESCUELAS DEL NORTE



Escuela Nacional número 37, en San Pedro.

Santa Victoria.

Pocas veces he experimentado una emoción más honda que, cuando viajando por las serranías de Salta, encontré de pronto izada en lo alto de una humildísima vivienda la bandera nacional.

Bajo sus auspicios funcionaba una escuela de la ley Láinez.

En presencia de ella y del maestro y sus alumnos pasó por mi mente, como en una cinta cinematográfica, todo el laborioso esfuerzo que estos nuevos cruzados de la civilización ponen de manifiesto en la obra de la evangelización escolar.

Indígenas en traje de fiesta.



Tipos de alumnos de la zona calchaquí.

Y he asistido así a la enorme lucha que la escuela sostiene en un medio nada propicio donde, no sólo tiene que ir contra la rutina y las ideas arcaicas, sino hasta con la estrechez de mirajes de gentes de alguna cultura.

Es en las escuelas de campaña donde verdaderamente el maestro modela el alma de sus educandos a base de abne-



Escuela Nacional número 15, en Las Zorras.

gación y estoicismo. Alejado de los centros de cultura por inmensas moles y corrientes bravas, que dificultan notablemente las comunicaciones cuando no las hacen imposibles en ciertas épocas del año, tiene que hacer una vida de aislamiento, de privaciones, e ir escoltado por la tristeza en los grandes silencios que lo rodean.

A su vista no se ofrece otra perspectiva que la de los cerros inmutables, donde la casita-escuela surge como aureolada por un sol de esperanza.

Pero su paciente labor de abeja es precursora del advenimiento de otros tiempos mejores en que la acción directriz de la escuela pueda entrar sin obstáculos en cada hogar y libertar las almas del marasmo que las tiene opresas en una especie de inconsciencia y pueda así cumplirse el sueño del sanjuanino ilustre, padre de la escuela argentina, que anhelaba ver la enseña azul celeste y blanca acaudillando cien millones de habitantes libres y felices en medio del polvo de los pueblos en marcha!

M. TEJERINA BENITEZ.

Escuela Nacional número 35.

Escuela Nacional número 36, en Higueras.

Escuela Nacional número 73, en Iruya.

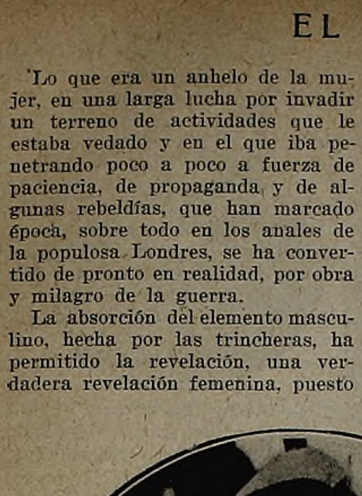
Camino a La Bodega.



EL FEMINISMO Y LA GUERRA

Lo que era un anhelo de la mujer, en una larga lucha por invadir un terreno de actividades que le estaba vedado y en el que iba penetrando poco a poco a fuerza de paciencia, de propaganda, y de algunas rebeldías, que han marcado época, sobre todo en los anales de la populosa Londres, se ha convertido de pronto en realidad, por obra y milagro de la guerra.

La absorción del elemento masculino, hecha por las trincheras, ha permitido la revelación, una verdadera revelación femenina, puesto que sus fuerzas son ahora las que aran los campos, las que guían automóviles y cumplen otra porción de importantes tareas, de las que no se creía capaces a esos organismos delicados.



Diez mil enfermeras norteamericanas desfilando por la Quinta Avenida, de Nueva York.

Una labradora, descansando después de ruda tarea.



Otro grupo de labradoras en tierras de Francia.



Jóvenes inglesas oficiando de carpinteras.

Aprovechando esta coyuntura, la mujer se incorpora de lleno a las actividades de la vida diaria, ocupando un puesto de colaboradora, al lado del hombre, que ahora suple con energía y decisión, mientras otros deberes sagrados lo llaman a éste al lado de los cañones.

Queda ahora un interrogante abierto para cuando se haga la paz: ¿qué problemas sociales acarreará consigo este avance del feminismo, que ya es imposible contener?

Acaso el mismo feminismo nos dé la respuesta.

De todos modos, es indiscutible que la mujer se ha demostrado capaz de ocupar el puesto que reclamaba en el concierto de las actividades de los pueblos civilizados.



Conductoras de ambulancias militares.

El Presidente de la Cámara de Diputados del Uruguay, Domingo Arena, arboricultor, periodista y parlamentario

Hace poco que Gómez Carrillo dedicaba toda una columna de su amena prosa al brujo Burbank, de la Escuela de Botánica de San Francisco de California, porque ha llegado a suprimir las espinas de las flores.

Además, Mr. Burbank parece ser que logra el tamaño que quiere cuando cultiva la fruta.

Yo no voy a regatearle prestigio al arboricultor yanqui, pero me permitiré decir que entre mis amigos hay arboricultores de no poco mérito. He visto a Apeles Mestres, en Barcelona (literato y dibujante, como ustedes no ignoran), aclimatando un algarrobo, el árbol más cerril, en una azotea urbana. Y puedo referirme, sin salir de acá de Montevideo, al presidente de la Cámara de Diputados y director de *El Día*, que viene resultando un fruticultor digno de competir con Burbank.

Hay una considerable diferencia entre el norteamericano y el uruguayo. Y es la siguiente: Burbank es discípulo de la famosa escuela californiana, la más célebre del mundo, mientras que el doctor Domingo Arena es autodidacto; lo que sabe, sábelo por sí. Tiene un instinto extraordinario.

Si la política y el periodismo no hubieran absorbido sus mejores energías juveniles, quizá habría sido un arboricultor tan revolucionario como ese Lutero Burbank que ha conseguido obtener en California ciruelas sin hueso, del tamaño de una naranja...



El arboricultor ufano ante un arbolito que prueba la excelencia de sus teorías modernistas.

*

Sorprendamos al hombre en su *teatro de operaciones*. Es una mañana esplendorosa. El paisaje de Piedras Blancas, pintorescas afueras de Montevideo, a despecho de la sequía, resultaba confortador para el espíritu. Tiene una quietud de égloga. La quinta del doctor Arena detona con una moderna construcción, la más bella y lujosa de todos aquellos contornos. Su propietario nos dijo:

— Yo, hasta hace un par de años, no tenía aquí sino aquella tapera. Y me parecía siempre un palacio. En el edificio nuevo me pierdo. ¡No me hallo! No estoy dentro sino el tiempo imprescindible para escribir algo y descansar.



Enseñando una «higuera domesticada», el árbol que él poda contra todos los preceptos agrícolas.

Empezamos a recorrer *el feudo*. La tierra está bien aprovechada. Los naranjos se alzan a escasa distancia unos de otros. El doctor Arena se detenía de vez en vez para mostrarnos los frutales más sobresalientes.

— Observen: todos mis árboles son bajos. Yo tengo un concepto especial en esto como en todo lo que se relaciona con la manifestación agrícola que cultivo. No les dejo que crezcan mucho, con lo que les procuro una gran robustez al tronco y las ramas. Los vientos — estos vientos pérfidos del Río de la Plata — nada pueden hacerles luego.

Hablaba con su ingenuidad característica, con fuego meridional, con vehemencias de apóstol. Nadie habría podido ver en aquel moderno Cincinato un político influyente. Vestía, poco más o menos, como cualquier vendedor de bananas: guardapolvo de dril blanco y sombrero de segador que preservábale de los rayos solares su blonda cabeza, de pelos ensortijados y rebeldes.

No llevaba cuello. La pechera de la camisa tenía manchas innúmeras, grandes como condecoraciones. Sus pies hundíanse en unos botines enormes e informes. Parecía más feliz que nunca notando nuestra atención. Un gracioso y saltarín mono se le abrazaba al cuello.

*

El doctor Domingo Arena es uno de los políticos más populares. Su bonhomía le mantiene sin adversarios. Es un hombre sentimental y bondadoso, que trata con efusión a amigos y contrincantes políticos:

—¡Hermano Arecó!... ¡Hermano Berro!...

Pero volvamos a concentrar la atención en el arboricultor. Definió el artista:

—Yo soy un hombre que innovo. Los arboricultores europeos me resultan unos abombados. Yo no respeto sus preceptos. Gracias a eso he podido obtener esos ejempla-

res maravillosos. «¡No podéis los naranjos, no podéis las higueras!», exigen. Con lo que las ramas crecen a su antojo y el fruto se malogra. Para la generalidad de mis colegas en arboricultura, el árbol debe tener una gran cabellera ondulante, que se cargará torpemente de frutos. La menor brisa agitará esas ramas dando con el fruto en tierra. ¿No es así?... Según mi sistema, la cosa cambia mucho. Yo dejo al árbol como una copa destapada a los cielos, de donde debe llegarle el agua y ese sol que tanto necesita. Hago del árbol un sistema rígido, un recio armazón al que está como clavada la fruta. Quiere decirse que ésta no se alimenta a través de una rama endeble, sino por un grueso tubo, que la soporta y la nutre cómodamente. Recojo menos cantidad de fruta, pero la que obtengo es de una calidad insuperable. Y logro, además, que no envejezca la planta y no la castigue despiadadamente el viento.

El famoso político acaba de tejer un poema con su descripción arborícola.

Con Juancito, el mono que acompaña las andanzas del legislador y periodista metido a chacarero.



Al pie de la enramada: para que se vea cómo puede resultarse criollo habiendo nacido en Italia.

Domingo Arena ha escrito en alguna parte esto, que da relieve singular a su silueta:

— Allá en mi lejana infancia fuí, entre otras cosas, pulpero. Naturalmente, un detestable pulpero. Un día llegó hasta mi trastienda una gran pipa con gotera. No le di importancia al accidente. Yo, un poco fantasista, no podía hacer gran caudal de semejante miseria. ¡La pipa me parecía tan grande! ¡La gota aparecía tan chica! La dejé correr, pues, desdeñosamente. Pero una tarde, cuando fuí a abrir mi pipa, la encontré vacía. La pequeña gota implacable me la había vaciado sin dejar siquiera charco. Pues bien: mucho tiempo después, cuando me vi arrastrado por la vorágine del periodismo y quise abarcar mi destino, vi erguirse, en el horizonte de mis recuerdos, como un símbolo de tragedia, mi pipa secándose gota a gota. Como ella se agostará mi pobre cerebro, sangrando día a día, y la lenta y desesperante hemorragia no haría charco, pasaría inadvertida, como la de tantos millones de colegas míos, absorbida por toneladas de papel impreso.



En antesalas de la cámara, con el general Gervasio Galarza, el presidente del Senado y otros amigos.

El doctor Arena no ha nacido en el Uruguay, sino en la dulce Italia.

Vino al país siendo muy niño. En Tacuarembó se crió, ganándose el sustento desde muy joven. A los 19 años entraba en Montevideo con un poco de asombro romántico y mucha timidez aldeana. Ingresó en la Universidad, horro de conocimientos, por *carambola*, e hizo adelantos extraordinarios.

Estudiando preparatorio, entró en la redacción de *El Día*. Se reveló cronista extraordinario, fogoso y luminoso. Llegó a tener confianza en su pluma. Cuando Batlle y Ordóñez ponderaba un artículo de otro diario, él se adelantaba impulsivo:

— No se apure, don Pepe. Mañana publico yo en *El Día* otro mejor.

Blixen había entrevisto en Arena la promesa de un gran literato. Pero la política hubo de absorberlo por completo. Y ahora, que prosperó y es personaje, tiene la nostalgia de lo que no fué. Por eso confiesa sentimental:

—De mis lejanas aspiraciones, ya irrealizables, no he alcanzado más que un poco de bohemia, esa misericordiosa bohemia que, tal vez como una protesta permanente contra mi fracaso, he paseado y pasearé por dondequiera que vaya, a dondequiera que me lleven...

El doctor Arena busca la tierra como el medio más seguro de apartarse un poco de los hombres, a los que *tuvo que ir* por necesidad. Ved que lo expresa en esta frase:

—La lucha por la vida me ha desviado desde los primeros años. Aunque soy algo que nunca pude soñar, no soy nada de lo que hubiera querido ser.

¡Ah, el punzante dolor del triunfo!

ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA.

LOS ARTISTAS FUERA DEL TEATRO

Para los que felizmente no vivimos las horas horriblemente vacías del señor don Positivo; para los que en pleno siglo XX tenemos la audacia infinita de escribir poesías; para los que sabemos del dolor y la angustia del más enorme tablado de la farsa — que es la Vida; — hurgar secretos, anotar anécdotas, escuchar confidencias, saber debilidades, retratar, en suma, tipos originales merecedores quizá hasta de un tratado de psicología, es cosa que nos atrae y que nos seduce.

Por eso, la vida del cómico fuera del teatro, desde el partiquino hasta el primer actor, o el que como tal hiciere que es, nos ha parecido tema tan interesante, que bien merece el bordado de una crónica. Bien merece el tejido de unas oraciones que digan de su alegría de vivir y de su dolor de vivir; que digan de sus esperanzas y de sus ilusiones, de sus tristezas, de sus angustias y de sus ratos de descorazonamiento, horriblemente largos y desmoralizadores como un día sin pan...

En el Sabatino. — Una partida de «escoba» reñidísima. Los tenores Tabanelli, Novi, Amorós y el barítono Freixas. En segundo término — el que está con el bastón — el tenor español Bango. Cómicos, partiquines, criados, etc., como diría cualquier programa de opereta.

Porque en la vida de todos aquellos que subieron al tinglado de la farsa, de esa que «alivió el trajinar de los caminantes en posadas aldeanas», ha habido, hay y habrá siempre el doble misterio de la alegría y de la tristeza, que, como dice Martínez Sierra, tienen motivo y causa; pero sin causa y sin motivo, nacen las almas inclinadas al gozo o melancólicas: todo es vibración y todo acaba en lágrimas. Y las cosas bellas, y las palabras que han salido del corazón, y las entonaciones cariñosas, y los silencios que están llenos de alma, y los versos que hacen llorar, y el cielo que está azul, y el sol que es oro, y la niebla que cae como ceniza, todo cae sobre los corazones, y en los melancólicos causa una depresión como un valle en el que está anocheciendo, y en los predestinados al gozo una exaltación como una montaña, sobre la que estuviese el mediodía; pero el valle vibra y la montaña vibra...»

Y he ahí explicado, por símil de nuestro párrafo anterior, por qué es idéntica la psicología de los fracasados y de los consagrados en el escenario. Todos van por la senda del Ideal, soñando desmesuradamente con alcanzarlo, y si unos triunfan y los otros fracasan, débese a la mayor voluntad y al mayor talento.

En todo hombre hay siempre un germen de Quijote. El mismo Sancho lo fué...

*

Buenos Aires, lo mismo que París, lo mismo que Londres y que Nueva York, lo mismo, en suma, que toda ciudad trajinera, inquieta y heterogénea, fascina con atracción de abismo al peregrino ilusionado que corre el mundo tras la gloria, la belleza o la fortuna.

¡Oh, París! — dicen los americanos. — ¡Oh, Buenos Aires! — exclaman los europeos. — Y ni París es la ciudad maravillosa de «La bohemia sentimental», de Carrillo, ni de «Escenas de la vida bohemia», de Murger; ni Buenos Aires la que enriquece a los buscadores de fortuna apenas ponen sus humanas plantas en suelo argentino...

Eduardo Sabatino di Pietro, hijo del dueño del café Sabatino, actor cinematográfico que trabaja actualmente para varios films nacionales.

¡Pero haga uno entender esto a los cómicos! Más fácil sería convencer a una mujer celosa, lo que ya significa un record...

Por lo que en párrafos anteriores hemos dicho respecto a nuestra ciudad vista a la distancia y a través de los cristales aumentados de la propia ilusión, se colige y se explica el porqué el setenta y cinco por ciento de los cómicos de nuestra capital sean extranjeros.

Y así va uno tan tranquilo por la Avenida de Mayo y se topa con el café La Puerta del Sol, abigarrado de parroquianos, todos ellos cómicos españoles del Mayo, Avenida y Comedia; doblamos por Lima, y frente al Mayo nos encontramos con El Fornos, el que desde luego no alcanza a ser ni aun una grosera caricatura del auténtico y famoso de Madrid. Más adelante, yendo por Rivadavia, en el cruce de ésta con la de Libertad, otro cafetín más, conocido entre el elemento de teatros y aun en la policía con el nombre de El café de la puñalada, mote puesto en recuerdo de una «juerga mal acabá», como nos informa un elocuente hijo de Málaga. Su verdadero nombre es Café los amigos, pero este título apenas si se recuerda por ostentarlo un letrero que está sobre la puerta...

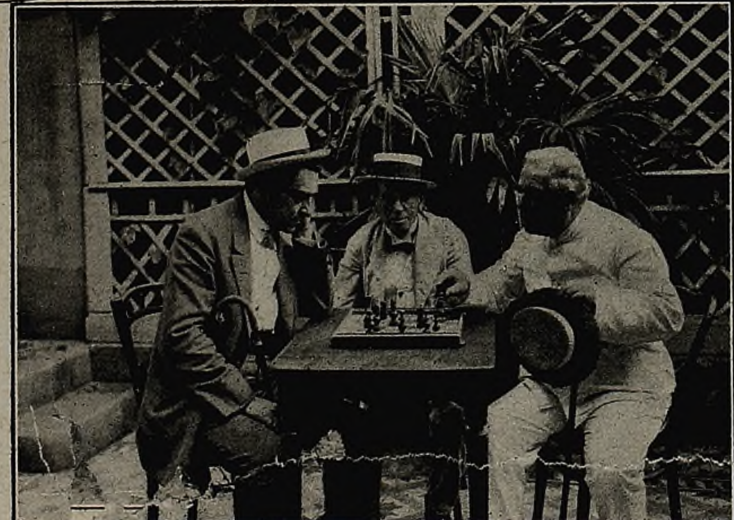


Pierina y «Diana».

Haber hablado de «juerga» y decir que El café de la puñalada es otro de los sitios donde matan sus ocios una buena legión de cómicos españoles, fuera redundancia.

Un andar sin rumbo nos lleva por ahí y caemos en El Sabatino, otro café que queda junto al Politeama, por Uruguay. Es el sitio indicado para, sin más ni más, saber dónde se encuentra cualquier cómico italiano. Pocos son, sin embargo, los actores. Abundan más los cantantes: bajos, tenores, barítonos...

Pero, perdóname lector. Sin querer, llevado por no sé qué viento espiritual, como decía el padre Víctor Hugo, he estado haciendo el recuento de cafés originales y característicos, sin hablarte de la vida del cómico fuera del teatro, que es el tema de esta crónica y que es, sin duda alguna, lo que te interesa, pero es que has de saber que, para una enorme mayoría de «cómicos», el café constituye el complemento de su vida artística, de su vida de sueños, generalmente nunca alcanzados, y de su bohemia, much



El protagonista de «El Ladrón», Rómulo Turolo y Aquiles Rivelli, actores cinematográficos de fuerza, jugando su decimaquinta partida diaria de ajedrez en la glorieta del café Sabatino. El que está de frente es un mero espectador de la partida.

veces santificada por el ayuno forzoso...

*

Y ya que hemos hablado, así como así, en «general» de los cómicos, lo haremos ahora más «particular», si cabe la expresión. Lo haremos de aquellos de quienes se habla en esta crónica humilde. De los consagrados y de los que recién balbucean su arte, soñando, soñando... De los que han bebido el ajenjo del aplauso. De los que han sabido de silencios hostiles. De los que han sufrido de la estupidez de las gentes. Y de los que, con sus blancas almitas infantiles, han llorado de alegría al leer el elogioso comentario de los diarios...

De todo ello tendrá nuestra crónica. Hombres y mujeres. Líricos. Dramáticos. Artistas de films. Tonadilleras y... fracasados...

Empecemos.

*

Palermo. Cae un sol irritante, y eso que apenas son las siete de la mañana. De la tierra mojada de los jardines sube un perfume de hierba fresca. Las avenidas, admirablemente vacías, se extienden en una perspectiva maravillosa.

Pasa una chiquilla en bicicleta a todo correr. La brisa, que tiene aleteos de mariposa, pone en artístico desorden el cabello de su adorable cabecita negra.

Por una de esas corazonadas que tienen todos los hombres — aun los salchicheros — se me ocurre que esa chiquilla debe ser artista.

Ha pasado apenas un minuto, pero fué lo suficiente para entablar conversación con la amable desconocida.

Como me lo suponía «sin saber por qué», es artista. Se llama Lolita Llopis, tiene trece años y es tonadillera.

Yo siempre fuí un espíritu curioso. Me gusta conocer la intimidad de las personas, porque de esta manera conozco su psicología y puedo leer más tarde en sus ojos, de la misma forma que se lee en un libro abierto...

Toda la mañana la pasamos en Palermo la Llopis y yo; ella, haciéndome confidencias infantiles e ingenuas. Dulcemente ingenuas...; yo, preguntándole un montón de cosas, provocando en su espíritu la dorada emoción de soñar despierto.

Lolita Llopis es un temperamento artístico. Le gusta ser tonadillera, pero su ansia es ser «estrella del film». Y tal como me lo contaron te lo cuento. Así, clavado. ¡Diablo! Cuando una «chica» de trece años dice tan seria cosas como esas es porque tiene pasta...

Espíritu altamente lírico, Camila Quiroga, todos los días traduce en rima interior sobre el blanco teclado.

La Llopis es española, de Valencia. Sin ser romántica es sentimental. Y es justo. Es mujer y es española. Sabe de la belleza de un crepúsculo, gusta de las calles silenciosas y quietas, y se emociona ante los cisnes que surcan el agua lo mismo que nuestras ilusiones en la vida.

Y éste es su mejor elogio...

*

Hablemos ahora de uno de los consagrados: Parra.

No es el caso de hacer un elogio a Parravicini. No lo necesita. Se consagró por su talento, por su estudio y por su voluntad. Parra es un bohemio exquisito. Tiene en su vida privada tales rarezas, que podría hacer un libro con sólo sus anécdotas. Pero un libro fino, bonito, un libro que podría servir de catecismo a todos esos pobres que creen que bohemio es tener los zapatos rotos, los pantalones remendados y llevar melena...

Pierina Dealessi, la nerviosa y diminuta primera dama del Apolo, en la dulce tarea de arreglar el gorro de un Billiken. A su derecha, en el sofá, dos «pichichos», con sólo algunas semanas de vida.



El ser amante del deporte no impide ser de temperamento bondadoso y dulce. Un regio ejemplar de cisne, recibiendo migajas de pan de mano de la tonadillera.

Parra es la encarnación de la bohemia. La encarnación más artística de la bohemia. Sentida en propia carne. Vivida en propia vida. Además, Parravicini, que se emociona ante una poesía de Rubén, que sabe de la vida interior de las estatuas y que escucha el silencio porque «sabe sentirlo», es un especulador espiritual. Soiza Reilly, en un lindo manojo de crónicas que publicara con el título de «Cien hombres célebres», dice a este respecto de Parra: «Cursó estudios teológicos, pues sentía irremediable vocación sacerdotal»; pero a mí, no sé por qué me parece que Parravicini hubiera sido el diablo en el convento. Hay, en efecto, en la fisonomía de este actor, profundamente irónico y sutil, un cierto parecido al diablo: lo lleva marcado en la comisura de los labios como una cicatriz que nunca ha de borrarse.»

Pero la vida, la vida que todo lo transforma, llevó a Parravicini hacia otros rumbos.

«Sufrió un cambio enorme — dice Soiza. — Modificó sus creencias. Hijo del coronel Reinaldo Parravicini, que fué director de nuestra Penitenciaría, pudo saborear desde joven los besos del placer. Fué feliz. Heredó de su abuelo don Jacobo Parravicini, primer cónsul de Austria en la Argentina, una bonita suma de esterlinas. Su caudal pasaba de un millón. En un año todo ese oro se derritió en la hogue-



En pleno Palermo. Nuestro repórter, en el colmo de la indiscreción, preguntando la edad a Lolita Llopis y... quedándose tan fresco.

ra de su fogosa juventud. En ese tiempo vivió una vida de sultán. Fué rey de países de ensueño. En Monte Carlo dejó la última esterlina. No se suicidó. Regresó a París. Allí se hizo cantor de estilos criollos. Vino a Buenos Aires. En Puerto Deseado se empleó con el subprefecto. Cuando se aburrió se hizo pirata a las órdenes del célebre capitán Maine, de la barca Fazil Ferrara. Lo tomaron preso. Probó su inocencia. Trabajó como cicerone, como chauffeur y como artista



El popular Parra.

En plena lectura de una tragedia de un autor novel... y mala. Como se ve, el efecto de la lectura es maravilloso... para hacer dormir. Hasta no falta quien a hurtadillas siente ímpetus de desmayarlo de un bastonazo a Traversa para que se acabe de una vez la lectura.

cómico en los cafés cantantes. Fué tirador. En el Casino de Montevideo, por imitar a Guillermo Tell, hirió de un balazo a su ayudante. Después ha seguido rodando. Siempre sin rumbo. Siempre feliz. Riéndose de la vida, de la muerte y de los hombres...»

Tal es Parravicini.

Pocos días hace que los diarios dieron la noticia de la gravedad de Parra. Todo Buenos Aires se conmovió. A Parra se le estima, pero se le estima como actor y como hombre. Y, además, porque Parra es profundamente criollo...

Hoy ya está mejor, por suerte. Y pongamos punto.

*

Bueno, tal como es Parra — como todo Buenos Aires le dice cariñosamente, — tal como es Lolita Llopis; tal son todos los artistas. Malos o buenos. Encumbrados o caídos. Que han sabido de la gloria mareante del aplauso de mil manos, o que han apurado el acíbar de un silbido perdido. Todos son lo mismo. Idénticos en el fondo. En cada uno de ellos dormita una ilusión, palpita una quimera, se mueve una esperanza, hay un ansia de «ser»...

*

Ahí está Pierina de Alessi, la más notable de nuestras damas jóvenes. Diminuta. Nerviosa. Juguetona. Que siente el arte, quizá por aquello de la herencia, pues sus padres lo fueron. Quizá por su propio temperamento. Muy siglo XX...

Días pasados decíame Pierina respecto a cómo ella sentía el arte. «Su» arte. Y me lo decía con unción. Me lo decía en una forma, que si uno no supiera su manera de ser, de pensar, de sentir y hasta de querer, pudiera decirse que parodiaba a Darío por aquella magnífica profesión de fe, cuando decía: «No gusto de moldes nuevos ni de moldes viejos. Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y alma. No le he aplicado ninguna clase de ortopedia. Y he querido ir hacia el porvenir, cantando aires antiguos bajo el divino imperio de la música, música de las ideas, música del verbo...» Esa es Pierina...

Y ahí la tenéis. Una chica grande de 24 años. Rubia como un lindo rayo de sol de atardecer. Con unos ojos profundamente bondadosos. Y aun más profundamente juguetones. Ahí la tenéis, cosiendo la ropa a un Billiken y dándole azúcar a Diana. Saltando a la cuerda en el patio cuando se le antoja. Atravesando la calleja de dos saltos para comprar cualquier chuchería cuando se le da la gana. Sin miedo al «que dirán» de las gentes, estúpido y odioso...

Todos no son así, hay quienes les importa el que dirán...

*

El desfile sería largo si continuáramos.

La Quiroga, con su espíritu altamente lírico, traduciendo todos los días sobre el piano su rima interior.

La Membrives, trasladándose de cualquier parte de Buenos Aires al café de la Comedia, pues en otra parte «no se halla»...



Café «Los Amigos», conocido entre la gente de teatro por «Café de la Puñalada», en mérito a antecedentes bravíos; sitio seguro, refugio y hogar de cómicos y partiquinos, especialmente españoles.

Appiani, buscando afanosamente estampillas raras y discutiendo sobre el valor de tal o cual colección filatélica.

Turolo y Rivelli, dos actores cinematográficos de fuerza, engolfados en sus interminables partidas de ajedrez.

Eduardo Sabatino, otro buen actor cinematográfico, sentado de tarde tras el mostrador, en la conocida casa de negocio, el café de su nombre.

Tabanelli, Novi, Amorós y Freixas, en continuo desafío a la «escoba».

Y diez, y cien, y mil otros más, cuya historia se repetiría con muy poca variante y sin cesar, pero todos, todos, en el fondo, pecando de igual manera, a pesar de haber dejado pasar muchos días en indiferencia por una sola hora que les ha interesado.

¿Cuál es esa hora?

Para los que soñamos, todas las horas son iguales,

Un grupo de actores de la Opera discutiendo en plena calle la bondad de cierta escena de «Madame Sans Gêne».

en todas hay vibración de pecado, porque hoy soñar es un pecado.

Lo mismo que ser pobre...

*

Epilogamos. La vida de los artistas fuera del teatro es el reflejo de su propia vida en las tablas, y la vida de las tablas es el espejo de la «vida»... De la vida múltiple y de la vida enorme. De la vida que nos crea y que nos aniquila. Que nos hace «ser», y que nos hace no «ser»...

*

Y nada más, lector, nada más...

Rufino MARIN.



ELECCIÓN RESUELTA

El viejo boticario
de «La Verbena»
dudaba entre una rubia
y una morena.
Y el joven elegante
que aquí os presento
entre dos bellas niñas
duda un momento.

Por su gracia y belleza
a ambas adora
y no sabe cuál de ellas
más le enamora.
Pero observa que el cutis
de una es más suave
y la prefiere, en cuanto
la causa sabe.

Y razón es quererla
¡no vana excusa!
pues la niña elegida
el REUTER usa.
¡Ved, pues, cómo la duda
en la elección,
queda pronto resuelta
por el jabón!

LOS CABALLEROS ANDANTES DE LA POESIA

Mucho se ha escrito acerca de los trovadores y del movimiento literario iniciado por ellos, sin que ningún autor haya visto con claridad el verdadero carácter de aquellos errabundos poetas-músicos, cuya cuna fué la soleada Provenza, allá por los siglos VIII o IX. La crítica docta nos presenta al trovador como un hombre seriote, dado al estudio y a la meditación, algo intrigante político, y por remate, más amigo de las comodidades del hogar que del libre goce de la libre Naturaleza. Con más certero juicio, el sentimiento popular tuvo siempre al trovador por cosa muy distinta, viendo en él lo que fué en realidad: un héroe novelesco de pies a cabeza. Sí; eran los trovadores aquellos gallardos mozos que, laúd a la espalda y estoque al cinto, íbanse de castillo en castillo y de corte en corte a cantar apasionadas endechas, pastorales y baladas, tenzones y serventesios, subyugando corazones femeninos, engendrando odios, despertando celos o removiendo las fibras patrióticas de los pueblos. Ellos eran no la vacilante lámpara de la ciencia recogida y solitaria, sino la única luz vivaz y fúlgida que alumbró las tinieblas de la incipiente Edad Media.



Un trovador (cuadro de Jover).

Primer poeta de la moderna civilización, apareció el trovador en el único rincón de Europa donde la ausencia del ruido de las armas, común a todo el continente, permitía el tranquilo cultivo de las musas, protegido y estimulado por un príncipe-trovador, el inspirado Bonifacio IX, conde de Poitiers. Este, que en sus años juveniles habíase dado buen tiempo recorriendo los castillos señoriales de Aviñón, Arles, Tolosa y otras ciudades de la bella Provenza, ideó constituir en torno de sí una corte literaria donde se cantase en el pintoresco lenguaje de la región lemosina, apasionada dulzura, todo lo que podía ser digno de ensalzamiento: la mujer, el hombre esforzado, el amor, la caballerosidad y la cortesía.

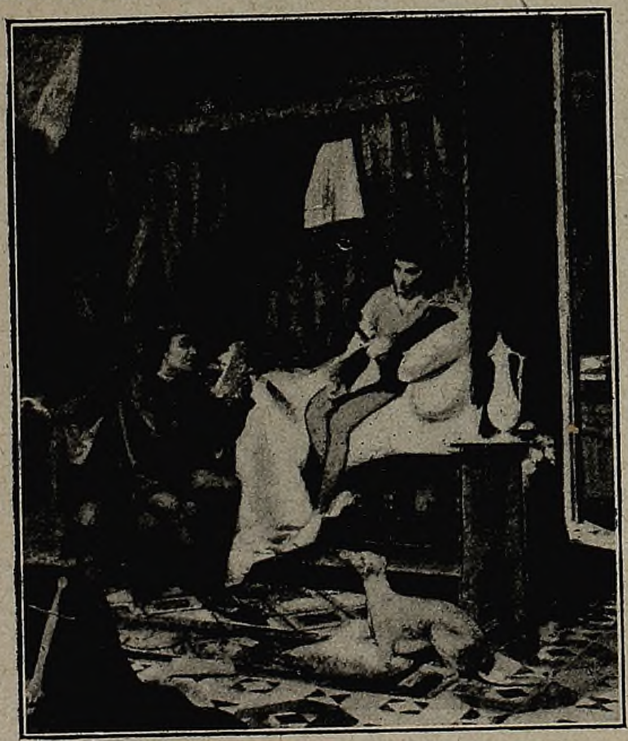
En aquel crisol literario se fundieron y depuraron todas las antiguas formas de la poesía, surgiendo un nuevo arte que durante más de dos siglos fué la exclusiva sensación estética que conmovió a una sociedad ruda e ignorantísima. Formada ya la escuela de trovadores, sólo faltaba que sus adeptos se lanzasen por el mundo difundiendo las dulzuras de la *gaya* ciencia; y fué lo que hicieron los trovadores provenzales.

¿Cómo habían de realizar éstos su nobilísimo empeño en una época cual aquella en que comenzaron su apostolado artístico? De la única manera compatible con los tiempos que corrían: constituyendo una verdadera orden de caballería poética; consagrándose, cual los caballeros andantes, al servicio de una dama, hermosa a ser posible, y en honor de la cual sostenían pruebas de ingenio de igual suerte que los *amadises* defendían las suyas a cintarazo limpio; profesando el mismo culto que ellos a Dios, a Eros y a la valentía, y al par que ellos ganándose de zoca en colodra, guapamente, buenamente, el diario sustento en amuralladas fortalezas o en dorados palacios, según caían las pesas. Fueron, pues, los trovadores, genuinos Quijotes poéticos con todas sus grandezas y miserias, hombres de aventuras amorosas y políticas, encanto de varias generaciones y, por punto general, muy razonables personas.

No se crea por lo que decimos anteriormente, respecto al prosaico adbitrarse el cotidiano condumio los trovadores, que éstos eran pelafustanes que no tenían sobre qué caerse muertos, o que, llegado el momento de la celebridad, desairaban las solicitaciones de la diosa Fortuna; nada de eso. El trovador procedía siempre de familia aristocrática; era una «cabeza a pájaros» de los tiempos medioevales que prefería irse cantando por esos mundos, en busca de sensaciones, a pudrirse mirando las viejas armaduras de sus gloriosos antepasados o a romperse la crisma con moros o cristianos por un quítame allá esas pajas. Y como, por fortuna para ellos, no eran insensibles al vientecillo de la ambición mundana, así que su talento les conquistaba la protección de un poderoso, dejábanse empujar hacia la altura de bonísima gana.

De entre las filas de la legión trovadoresca salieron, en efecto, algunos que llegaron a vestir la púrpura cardenalicia y a ceñir la tiara pontifical: entre ellos contáronse reyes, príncipes y magnates, privados de monarcas, ministros de Papas y magistrados de repúblicas. Se ve, pues, que en los trovadores no todo era cantar a las estrellas a campo raso, cual Tannhauser, o a las hermosas castellanas bajo gótica ventana. Eran gente que estaban al plato y las tajadas: a lo espiritual que sublima el alma y a lo substancioso que entona el cuerpo.

No fué España tierra favorable a la germinación de trovadores, que, por aquel entonces, tenían nuestros compatriotas harto que hacer en dar mandobles para dedicarse a pulsar la blanda lira. Así y todo, mencionan los eruditos como maestros



Ausias March leyendo sus poesías al príncipe de Viana. (Cuadro de J. Cebrián Mezquita).

en el arte de trovar, a Guillermo de Tudela, Arnaldo *el Catalán*, Guillermo de Cervera, el conde de Ampurias, Ponce Barba, Serverí de Gerona, Ponce de Ortafá y los cuatro o cinco trovadores que llevan el apellido March, entre los cuales merece especialísima recordación Ausias, valido y amigo del príncipe de Viana, hijo de Juan II de Aragón. Hase de advertir, sin embargo, que Ausias March, si bien merece la calificación de trovador porque rimaba o trovaba como los poetas provenzales, floreció ya cuando los caballeros andantes de la poesía, por razones políticas y sociales que no son de este lugar, habían abandonado desde hacía un siglo sus errabundas costumbres, convirtiéndose en poetas sedentarios o de «casa y boca».

De los trovadores lemosines llegados a España, al ocurrir la florescencia de la poesía provenzal, y que en verdad fueron legión, hay uno que ejerció gran influencia, no sólo en el desarrollo de la literatura patria, sino en la política de Castilla. ¿Su nombre? Pues el ladino cuanto inspirado trovador Bonifacio Calvo, que entrometiéndose en la corte de Alfonso *el Sabio* dióse tan buena traza, que a poco de su arribo se convirtió en amigo, consejero y favorito del monarca, y en algo más que amigo de una infanta.

Tan entusiasmado estaba el autor de las *Cántigas* con su trovador y con todos los trovadores internados en Castilla al olorcillo de la protección real, que hasta pensó en ofrecerles una villa libre y franca para su estancia y hospedaje. Pensamiento que, dichosamente para los vates andariegos, no llegó a vías de hecho, y que de llegar le hubiese costado al sabio soberano grandes desazones. ¡Imaginad, en efecto, una ciudad gobernada por poetas, dentro de un reino todo prosa!

Y ahí tienes, amable lector, lo que fueron los tan traídos y llevados trovadores, sobre cuya novelesca existencia tejió un gran vate español admirable tragedia, y escribió un gran músico italiano inspirada cuanto siempre lozana partitura.

A. BARRADO.

DE JUNIN



Colegio Nacional inaugurado el 2 de julio de 1917. Los señores profesores y alumnos de las dos divisiones de primer año, al finalizar los exámenes.



Niños de diferentes escuelas que recibieron la primera comunión en el mes último.
Fots. Villalón y Cuenín.

LAS SUBSISTENCIAS. — LOS CIEGOS. — DEPORTIVAS Y MILITARES

La coqueta del Plata, mote hoy un poco cursi, con que nuestros abuelos bautizaron a Montevideo, se anima con estos días caniculares que han sobrevenido para que las playas cobren realce. El año viejo se despidió ruidosamente, y con no poca baraúnda recibióse al 1918. «Año nuevo, vida nueva», dice el refrán. Pero eso no va más allá del prurito de enmienda. Seguimos como siempre.



El ministro de Industrias con los miembros de la Junta Nacional de Subsistencias, que acaba de instalarse en Montevideo.

Los cieguecitos del Instituto Artigas palpando a Noel, que fué a visitarlos esta Navidad cargado de juguetes.

*

Podemos aludir en esta crónica a unas cuantas iniciativas. El gobierno, de acuerdo con el Parlamento, ha creado la Junta Nacional de Subsistencias, con el cometido de hacer por el abaratamiento de la vida. El gobierno queda con facultades casi omnímodas para regularizar el precio de los artículos imprescindibles para el consumo. Puede decomisar, multar, expropiar... El primer acto de la Junta ha sido consentir la exportación de trigo. La cosecha es grande este año. Hay departamentos, como Colonia, que dan veinte veces más cereales que en 1916. De la Junta Nacional de Subsistencias forman parte senadores, diputados, el jefe político, intendente municipal, Oficina del Trabajo, Oficinas de Estadística, organismos comerciales, etc. Los primeros trabajos produjeron en el pueblo muy buena impresión.

Emilio Volpi, que ganó en su bote la prueba individual de seiscientos metros.



Los maestros Revello y Servetti con los alumnos de segundo año de la Escuela de Gimnasia y Esgrima del Ejército.

*

El Instituto de Ciegos, cuyo adelanto fué revelado con una correspondencia a los lectores de P B T, festejó de un modo *feérico* la Navidad.

El pino tradicional se iluminó en forma artística. Sobre su copa, destacaba la estrella de Belén. Mil juguetes y farolillos chinescos pendían de las ramas. Cantaron los cieguecitos trozos clásicos, escritos para la fecha que se festejaba por maestros consagrados. Medio Montevideo fué hasta la hermosa quinta donde el Instituto General Artigas hállase instalado. Había quioscos atendidos por señoritas. De Villa Muñoz salió un camello con Noel y varios servidores, llevando juguetes para los ciegos.

Me diréis que los pobres niños poco disfrutaron de todas esas cosas pintorescas. ¡Quién sabe! De todos modos, se recolectó una respetable cantidad de pesos para el sostenimiento del Instituto. Que era lo que se buscaba, principalmente.



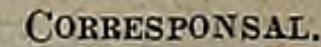
El público presenciando las regatas en Capurro. — Abajo: Los señores Queirolo y Messano, que ganaron la primera carrera.

*

El año ha terminado con una interesante prueba deportiva. Las regatas en la bahía de Capurro. Fueron organizadas por el Montevideo Rowing Club. El público que asistió fué numerosísimo. Los aficionados se comportaron dignamente. Hubo momentos emocionantes de esos que excitan los nervios.

*

La Escuela de Gimnasia y Esgrima del Ejército ha examinado a un lucido plantel de futuros instructores. El maestro Revello, alma de la campaña esgrimística en el Uruguay, tiene discípulos — sacados de entre los clases de los cuerpos de la guarnición — que difundirán muy pronto las enseñanzas que reciben. Esa escuela, de reciente data, va a contribuir a levantar la preparación de las unidades militares, que antaño apenas si conocían rudimentos de gimnasia.



CORRESPONSAL.



Los futuros instructores del ejército uruguayo, que han rendido examen de gimnasia y esgrima últimamente.

DE SAN JUAN



Maestras normales egresadas en 1917.



Bachilleres que acaban de obtener su diploma en el Colegio Nacional.

DE TUCUMAN



Nuevos idóneos mercantiles egresados de la Escuela Nacional de Comercio.

DE PEHUAJO



Alumnas que han obtenido el título de maestras en la Escuela Normal Mixta.

Fots. Suero, Martín y Solís.



Grupo de bachilleres que acaban de egresar, después de brillantes exámenes, del Colegio Nacional.



Los profesores de la Facultad de Medicina, doctores Martínez y Morra, rodeados de los médicos recientemente egresados.



Grupo de alumnos que reciben instrucción en el Colegio San José.



Alumnas del Conservatorio Santa Cecilia que tomaron parte en el festival con motivo de finalizar el año escolar.



Fiesta de terminación de curso celebrada en la Escuela Municipal de Pueblo Ingleses.



Peritos mercantiles recientemente egresados de la Escuela Provincial de Comercio.



El interventor de Mendoza, ex gobernador de Córdoba doctor Eufrasio E. Loza, rodeado de su familia.

Fot. De Francisco.

P B T EN LA ESCUELA

ALUMNOS DE LA ESCUELA N.º 22, CONSEJO ESCOLAR 12, QUE SE HAN DISTINGUIDO POR SU APLICACION Y CONDUCTA

Leonardo Fukelman (2.º inferior A, tarde).

Rodolfo Mailhe (2.º inferior, mañana).

José de Angelis (2.º inferior, tarde).

Almo Veretta (1.º superior A, tarde).

Mario Mancini (2.º A, mañana).

Juan Ballesteros (1.º superior, tarde).

Carlos Corto (1.º inferior, tarde).

Antonio Mariscal (2.º A, mañana).

Faustino Bentona (1.º superior).

Amando Molteni (3.º A, mañana).

Esteban Tomás Rolando (1.º inferior).

Antonio Leal (1.º superior A, tarde).

Eduardo Portello (1.º superior).

Héctor Canese (2.º inferior, tarde).

Nota.—Las fotografías pueden mandarse retirar de la redacción después de publicadas.

MUY IMPORTANTE

Rogamos al público exija a repórters, fotógrafos y a cuantos se les presenten invocando la representación de P B T, la presentación del carnet de identidad, con fecha del mes de agosto último.

De ese modo, evitarán ser sorprendidos en su buena fe, por personas extrañas que, amparándose del nombre de nuestra revista, cometen abusos que agradeceremos sean denunciados a las autoridades.

LA ADMINISTRACION.

DE MENDOZA



Niños del Kindergarten interpretando el cuadro vivo «Los Reyes Magos», en el festival pro Asilo de Huérfanos.



Grupo de niños de la Escuela Patricias Mendocinas, que tomaron parte en dicho festival benéfico.

Fot. Villalón.

DE TUCUMAN



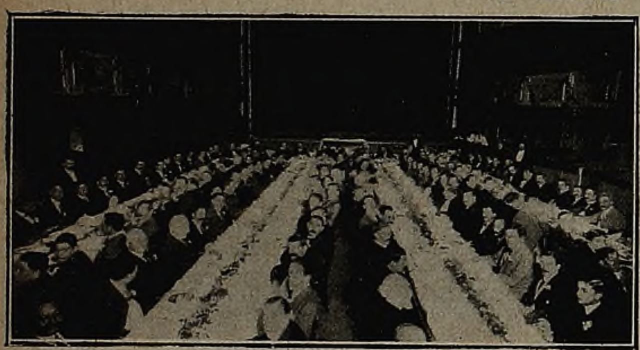
El interventor nacional doctor Juan M. Garro y su comitiva, momentos después de asumir el gobierno de la provincia.



El gobernador Bascary, después de la entrega del mando, saludando al público desde el balcón de su domicilio.

Fot. Martín.

DE LOMAS DE ZAMORA

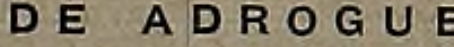


Banquete en el teatro Español en honor del jefe de la agrupación conservadora, señor Felipe Castro.



Enlace de la señorita María Elena Oddic[illegible] con el señor Alfredo Caravatti.

DE ADROGUE





Un intervalo en uno de los partidos de tennis jugados en el mes actual.

DE LOMAS DE ZAMORA





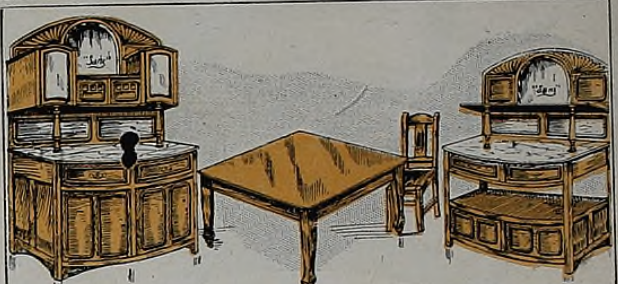
Señorita Clara Fischer, Señor Facundo Quiroga, que acaban de contraer enlace.

Fot. Naftaly.

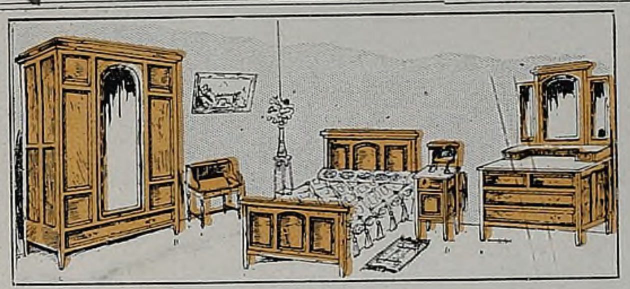
Para Muebleros y Particulares

APROVECHEN ESTA GRAN REBAJA DE PRECIOS HASTA FIN DE MES

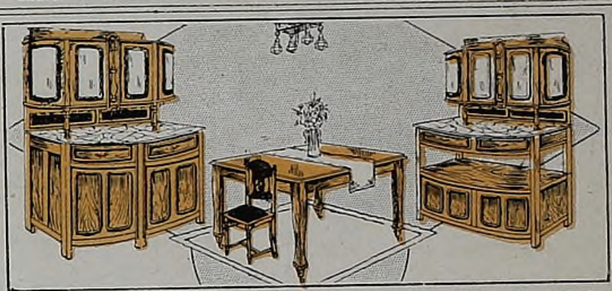
[illegible]ble norteamericano o cedro caoba, importado, 3 cuerpos, [illegible]n formato, para matrimonio, 9 piezas. Col[illegible]a obsequio.............................. **$ 270**



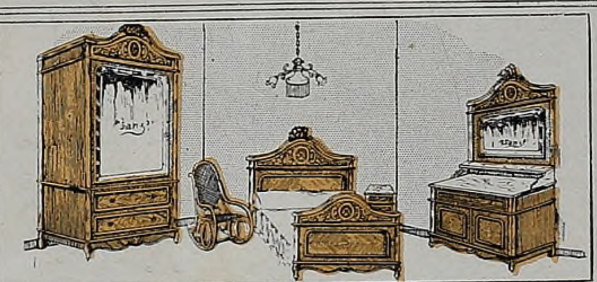
Comedor roble o cedro caoba, c. bronces, las dos piezas .... **$ 200**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 100
Mesa 3 tablas, roble.............................. $ 30



Roble macizo norteamericano, con bronce, 9 piezas, para matrimonio. Colcha obsequio.............. **$ 200**



Aparador y trinchante, roble macizo o cedro caoba, con bronces.............................. **$ 180**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 100
Mesa 3 tablas.............................. $ 30



Luis XV, nogal de Italia, para matrimonio, reclame, 8 piezas, lunas biseladas, mármoles rosa. Colcha obsequio .... **$ 175**



Aparador y trinchante, roble o cedro, con bronces .... **$ 150**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 90
Mesa 3 tablas.............................. $ 30

Dormitorio c. roble o cedro caoba, 7 piezas. Colcha obsequio.............................. **$ 85**



Reclame. Aparador y trinchante, c. bronces....... **$ 125**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 75
Mesa 12 cubiertos.............................. $ 35

CASA SANZ - 826-Sarmiento-844. - Casi esquina Esmeralda

No tiene sucursal. **F. Ramognino.** Embalaje, catálogos y flete gratis.

